



JUAN PABLO SOJO



500437

CP/11

LF

1200 BF

cap III

MEMORIA AFROVENEZOLANA

RECEIVED
DEPT. OF
CULTURE



MINISTERIO
DE CULTURA

SECRETARIA
DE CULTURA



**BREVIARIOS
DE LA
VENEZOLANIDAD**

MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

**MISIÓN
CULTURA**
CORAZÓN ADENTRO

JUAN PABLO SOJO

MEMORIA AFROVENEZOLANA

(SELECCIÓN DE ENSAYOS, RELATOS Y POEMAS)



BIBLIOTECA NACIONAL
DEPOSITO LEGAL

MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA LA CULTURA
CARACAS 2016

Sojo, Juan Pablo, 1907-1948.

Memoria afrovenezolana : selección de ensayos, relatos y poemas / Juan Pablo Sojo. — 1a. ed. — Caracas : Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2016. — (Breviarios de la venezolanidad)

D.L: DC2016000807

ISBN: 978-980-7301-31-2

I. Título. II. Serie.

V868.44

S683

1.^a edición, *Memoria afrovenezolana (Selección de ensayos, relatos y poemas)*,
Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2016.

© MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA LA CULTURA, 2016.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 25, urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

www.mincultura.gob.ve

Diseño: Ideograf.

Distribución gratuita

Hecho el depósito de Ley

ISBN: 978-980-7301-31-2

Depósito Legal: DC2016000807

PRESENTACIÓN PARA ESTUDIANTES Y DOCENTES

La savia de la madre África atraviesa el cuerpo de la nación venezolana en su vena profunda. Somos un país entintado triplemente con los colores de sus razas, todas destellantes bajo la resolana del trópico.

La etnología llama «miscegenación» a la mezcla (*miscere*, en latín: mezclar) de componentes genéticos en una población de diversidad étnica como la nuestra. En la historiografía moderna se ha convenido en adoptar el término, diferenciándolo de «mestizaje» (que comprende a blanco e indio), cuando la mezcla genética integra el componente de origen africano.

Así, Venezuela, más que un país mestizo, es un país *miscegenado*, que quiere decir, signado en su médula por África y su descendencia americana. Hay entonces en nosotros, como nación y como pueblo, una afrovenezolanidad que no puede nunca ser dejada de lado; que como herencia viva sirva de conjuro a toda inclinación racista o endorracista incubada por efecto de la colonización mental que el globalismo impone a los pueblos etnodiversos.

Juan Pablo Sojo, como uno de los pioneros constructores de la memoria afrovenezolana en el siglo XX, merece el homenaje

que este breviario quiere tributarle. Boticario de Curiepe, investigador, articulista, narrador, poeta y dramaturgo, etnólogo autodidacta, fue uno de los primeros afrovenezolanos en incluirse entre las iniciales generaciones de escritores del siglo XX.

Amigo y colaborador de Juan Liscano, participó en la importante tarea de reconocimiento y valoración del patrimonio cultural popular y ancestral venezolano que se llevó a cabo en los años cuarenta, a través del Servicio de Investigaciones Folclóricas Nacionales habilitado por el Ministerio de Educación y dirigido por el propio poeta Liscano.

Ganador del Premio Tamanaco de la popular revista *Fantoches* en 1943, con su cuento «Hereque», publicó ese mismo año *Nochebuena negra*, la que podemos considerar la primera auténtica «novela negra» venezolana (*Pobre negro*, del escritor blanco Rómulo Gallegos, data de 1937). Tuvo como maestros inspiradores a dos grandes escritores cubanos: Fernando Ortiz en la etnología y Nicolás Guillén en la poesía.

La ambiciosa obra de Juan Pablo Sojo, que comprendía el ensayo etnográfico, la novelística, la poesía y la dramaturgia, quedó truncada por su temprana muerte a los cuarenta años. Súmase a ello la misteriosa pérdida de sus copiosos manuscritos, que impidió dar seguimiento a los esbozos de su breve obra conocida.

El presente breviario ofrece una muestra significativa de la triple tarea inconclusa de Sojo: etnográfica, narrativa y poética, que abrió senderos en la reconstrucción de una necesaria memoria afrovenezolana que debe nutrir con orgullo y fiereza nuestra actual identidad como pueblo.

EN LA MUERTE DE JUAN PABLO SOJO¹

Ahora que me he sentado a escribir sobre Juan Pablo Sojo, he comprendido como nunca, la profunda autenticidad de esas expresiones hechas que andan de boca en boca como la de que faltan palabras para expresar la pena. En realidad faltan tanto las palabras en casos semejantes, que todas parecen sobrar. Sobran y faltan palabras cuando se siente hondamente la muerte de algún ser querido. La muerte parece llevárselas todas. Queda tan solo el recuerdo.

Yo no sé cómo escribir sobre Juan Pablo, ahora que se ha ido tan de repente. Si viviera hubiese podido referirme con entusiasmo a sus libros, a sus trabajos etnológicos sobre el negro americano, a sus tareas de folclorista, a sus poemas. Pero ido me da pena escribir sobre su obra. Sé tan solo recordarlo, recordar su ancha y mansa presencia que me acompañó, tantas veces, como buen baquiano, por las tierras de Barlovento, de ese Barlovento suyo donde aprendiera yo a hacerme venezolano.

1 Juan Liscano preparó esta presentación para la «Selección de algunos trabajos literarios, lingüísticos y de investigación folklórica» compilada en *El estado Miranda, su tierra y sus hombres*. Caracas: Ediciones del Banco Miranda, 1959, pp. 211-215. [N. del E.]

Juan Pablo compartía conmigo un buen número de sueños absurdos, no exentos de generosidad. Sueños de redención por medio de una exaltación de los valores culturales tradicionales; sueños de integración nacional por medio del conocimiento del alma popular, sueños de grandes movimientos político-sociales que aceptaran el sentido ecuménico del hombre de la tierra, que se purificaran en ese conocimiento, que interpretaran la significación de nuestros mitos y de nuestras leyendas. Juan Pablo creía profundamente en el pueblo. Se sentía un poco depositario de las verdades populares. Él me ponía en comunicación con Venezuela, con los hombres de la tierra venezolana. Cuando me sentía perdido en mí mismo, cuando me tentaba la aventura narcisista de la belleza estética, cuando el lastre de cultura intelectual me pesaba demasiado y complicaba el ejercicio de mi vida, una buena charla íntima, libre, simple, una buena charla a piernas sueltas con Juan Pablo me devolvía la seguridad perdida, disipaba mis complicaciones de hijo de liceos y universidades. Juan Pablo hablaba con la voz del pueblo. Tenía de él su sabiduría espontánea, su oculto y cálido fervor envolvente, dentro de una aparente reserva. Juan Pablo me serenaba. Cuando tenía con él un intercambio de ideas y de sentimientos, me sentía mejor, sentía que llenaba una función digna. Así como él creía en el pueblo, yo creía en él. Su amistad me honraba. Me honra hoy, aún mucho más, porque la muerte suele investir de mayor significación las virtudes que se tuvieron en vida, en tanto que esconde los defectos que no pudieron ser superados. Yo que siempre miré a Juan Pablo un poco como un símbolo vivo espíritu tradicional y popular, lo siento ahora, libertado como está de su envoltura carnal y física, entregado ya al misterio de la muerte, lo siento ahora,

digo, como integrado a toda la mitología popular y venezolana que me alienta. Si creí en él cuando estaba vivo, creo mucho más en él, ahora que ha muerto. ¡Juan Pablo, amigo mío, que tu fervor humano me asista, que tu fe popular me sostenga!

Juan Pablo no era un literato. Carecía de oficio; carecía de esos trucos y artificios con que suelen defenderse tan bien los escritores y ocultar tras un bello continente el vacío de lo contenido. Juan Pablo no era literato. Escribía por vocación. Escribía por necesidad de expresar una verdad que le ahogaba, vehementemente, siguiendo el pulso de una emoción. Era un instintivo. Una fuerza que brotaba de un medio castigado y de un pueblo sufrido. Su escritura se salva y vale por su veracidad, por su autenticidad. Juan Pablo escribía con gusto. Valoraba en toda su significación la maravillosa gracia de poder escribir. Siempre tenía algo que decir. Como no le preocupaba mayormente la factura ni la forma; como no se empobrecía con vanos alardes de escritura, su expresión literaria era rica, convincente, animada, viviente. Escribía con una facundia extraordinaria. Todo era pasto bueno para su afán de escribir. Si en algún venezolano se justifica la enseñanza primaria de leer y de escribir, ha sido en Juan Pablo escritor por gracia natural. Yo nunca le he visto a Juan Pablo desgano. Estaba siempre dispuesto a echarle mano a la pluma. No se quejaba de las tareas periodísticas. Por el contrario, siempre me hizo el efecto de que agradecía la suerte que se le brindaba de poder ejercitar su vocación de escritor. En pocas palabras: amaba la tarea de escribir. Y escribía bien, precisamente por eso. Yo estudié en muchas oportunidades el estilo de su novela *Nochebuena negra*. Me fascinaba su expresión tan nueva y libre, tan viviente. En una oportunidad escribí: «Juan Pablo Sojo tiene su propio idioma. Su

idioma negro, venezolano, mestizo, nacido de poderosas cópulas, de sombríos coitos, durante los cuales el idioma castellano se entregaba, estremecido y femenino, al cuerpo ancestral del negro». ¡Sí! Juan Pablo era un creador. Su escritura era venezolana, dentro de una proyección universalizante, ya que no universalizada. Cada vez que se habla de lo venezolano, de arte venezolano, de expresión venezolana, de literatura venezolana, yo me digo: Es cierto. Eso existe. Allí está *Nochebuena negra*. Ahora comprendo su inmenso amor por la escritura. Intentaba fundir voces, hablas, lenguas, en la totalidad del Verbo. Andaba descubriendo un idioma. Su intento, frustrado prematuramente, viene a contestar a muchas interrogaciones. Juan Pablo nunca se propuso intentar esa hazaña. De ello estoy seguro. Su acción fue esencialmente espontánea. Pero ya para mí, se torna clara. El tiempo calificará debidamente su esfuerzo creador. Creo en su escritura.

Juan Pablo nunca separó la investigación sistemática de lo popular de su obra creadora de escritor. Ambos intentos andaban juntos. No podía hacer partes de sí mismo. Con el mismo gusto con que escribía sus cuentos, pergeñaba una nota sobre lingüística afroamericana, apuntaba coplas, clasificaba los relatos populares o tejía la urdimbre de un reportaje. Y es que en verdad lo dominaba una idea, la idea simple de servir a su pueblo, a su cultura popular. Para él escribir no era acto de mirarse a sí mismo en el espejo maravilloso de las soledades, acto de reflejarse en soledad de hallazgo. Escribir era hablar para y por los demás, para y por sus gentes de Barlovento, para y por las gentes campesinas de Venezuela. Esas voces que tanto le llenaban de resonancias, le devolvían su propia imagen purificada. Juan Pablo se miraba en los demás. Los demás —las

voces populares— lo traían como un gran río. Juan Pablo nunca se quejó de soledad. Cómo podía estarlo si con él andaba su país. Su soledad era la de los grandes espacios vacíos de su tierra, la de los ríos que corren en silencio aceitoso bajo el sol, la de los bosques poblados de rumores. Su soledad era de otra índole que la sola soledad de los estetas de la introspección. Era una soledad de génesis, de fermento, de alumbramiento, de pueblo que invoca las fuerzas naturales, de pueblo que sufre y mira las estrellas. Nunca le oí quejarse de estar solo o de ser incomprendido. Se quejaba de otras cosas. Se quejaba de sus problemas sentimentales, de su enfermedad, de cosas que pudiéramos llamar sanamente vivas y propias. Se le revolvían por dentro oscuros huracanes. Pero todos sus conflictos eran como naturales. Sabían a vida, a buena pasta humana, a dolor de hombre real, a herida de sentimiento. Las complicaciones de tipo refinado y costosas, no eran suyas. Sin embargo me consta que si sobre alguien sopló la vida furias vehementes fue sobre este árbol moreno y pensante de carne. Lo que sucedía es que Juan Pablo nunca pudo hacer literatura con sus conflictos personales. Esos los vivía, y nunca les otorgó una importancia mayor que la que le merecieran los conflictos de las gentes a quienes quería comprender y representar. Juan Pablo se debía, no a sí mismo, sino a una causa que sentía confusamente crecerle dentro. Esa causa lo alentó siempre; lo superó, lo redimió de la pequeña miserable contemplación de sí mismo. Yo siento en mí la verdad de su causa. Espero de ella la esperanza y la fe.

Juan Pablo Sojo estuvo siempre al servicio de su país. No podía concebir de otro modo la literatura, la escritura. Para él el Arte era tan solo un medio, nunca un fin. El fin era como una oscura y firme confianza en la cultura popular tradicional,

en el pueblo cuyas verdades llevaba vitaliciamente. Coronaba su fe con una suerte de metafísica natural. Amaba la magia, el embrujo y quería creer en ellos y a lo mejor creía sin saberlo. Creía en una vasta interrogante nunca comprendida. Aceptaba un límite que revestía de leyendas, de mitos, de fábulas hermosas aprendidas en su pueblo.

Lo enterraron en esa pequeña aldea mirandina el sábado 9 de octubre, a las cuatro de la tarde. Todas las gentes de Curiepe fueron al entierro. Por turno cargaron la urna, como en un rito. Abrían la marcha los niños de la Escuela Juan Pablo Sojo, nombre de su progenitor, que también como él, se sembró en su tierra. El último oficio se lo dijo un sacerdote extranjero, un inmigrante, un gigante rubio, de piel rosada y ojos azules, que cantaba los latines con una voz extrañamente grave y hermosa. En el cementerio lloraron las plañideras de antaño. Un negro viejo me dijo: «Ahí tiene usted, se murió Juan Pablo en Caracas. Entre tanta gente como hay allá». Yo no supe qué contestarle. Tampoco sabría ahora qué decirle. Como él tan solo sé que Juan Pablo murió, que le acompañamos hasta Curiepe, que su recuerdo me asiste y que creo en él.

JUAN LISCANO

I. ENSAYOS SOBRE LA AFROVENEZOLANIDAD

ALGUNAS SUPERVIVENCIAS NEGRO CULTURALES EN VENEZUELA

En mis primeras salidas como Coleccionista del Servicio de Investigaciones Folclóricas Nacionales, por las zonas de Carabobo, Yaracuy y el litoral guaireño, he logrado reunir algunos apuntes que servirán para aclarar un poco el intrincado misterio que existe con respecto a ciertas supervivencias culturales, más exactamente, como material para el estudio del negro en Venezuela.

Estas observaciones —fruto de no pocos sacrificios— se deben en gran parte a la colaboración entusiasta e inteligente que en las giras mencionadas supieron prestarme los profesores Cruxent y Francisco Carreño, cuyas voces de aliento me animaron en aquellos instantes que la fatiga no dejaba ver mayores posibilidades para la difícil tarea encomendada a mis escasas capacidades por ese pionero de las investigaciones etnoafricanas en nuestro país, el poeta Juan Liscano.

Es a ellos tal vez, y no al que escribe, a quienes cabe el éxito de esta misión, empresa minúscula, casi imperceptible si

consideramos el amplio campo que resta por recorrer a través, sin duda alguna, de años largos de trabajos sistemáticos, realizados con espíritu de cruzada, de reconquista progresiva, legítima, de un patrimonio cultural en vías de desaparecer totalmente.

Ganas me dan de exclamar con el gran Silvio Romero, cuando en 1888 dijo: «El negro no es solo una máquina económica; él es ante todo, en el mayor grado de su ignorancia, un objeto de ciencia». Y estas palabras que sirvieron de inspiración al maestro de la escuela bahiana doctor Raimundo Nina Rodrigues, quisiera traerlas aquí como consigna de todos aquellos cuantos nos interesamos por este tipo de investigaciones, cuyo desarrollo cobra cada día mayor auge en América.

Ya desde entonces, dentro del equilibrio étnico, Silvio Romero se daba cuenta del fallo histórico que el destino había cumplido con el indio: palpitaba el vivo nervio del europeo y el africano, en una tierra que ambos habían conquistado con derechos antagónicos: el derecho de fuerza con sentido expansionista religioso-económico por una parte, y por la otra, el derecho de sacrificio a través del tiempo, con sentido súper orgánico. Acaso —por simpatía racial como diría un lego— parezca dogmatismo el que plantee la tesis de lo no-material frente a una práctica que resultó simplemente lógica en los días de Alfonso El Sabio, inspirada en los primeros ciclos del imperialismo europeo.

Pero no hay ni remotamente peligro de que así sea, ya que no deseo caer en los abismos de encendidos razonamientos filosóficos, aunque lo parezca.

Los estudios africanistas tienen, o han tenido la virtud de simplificar la polémica, trayéndola a un plano perfectamente racional. Pero en mi ayuda, debo traer las palabras de Silvio

Romero: «Cuando vemos hombres como Bleek, refugiándose decenas de años en los centros de África solamente para estudiar una lengua y coleccionar unos mitos, nosotros que tenemos el material en casa, que tenemos a África en nuestras cocinas, como a América en nuestras selvas y a Europa en nuestros salones, nada hemos producido en este sentido! Es una desgracia».

Y más adelante: «Apresúrense los especialistas, visto que los pobres mozambiques, benguelas, monjolos, congos, cabinadas, casangas... van muriendo...», «Apresúrense, por ello, si no tendrán que perderlo todo».

Traigo las referencias de este pionero continental, para decir si nuestros bibibes, loangos, angolas, caralís, gegés, minas, congos..., no tienen posibilidades de revalorizar sus regionales procedencias, ahora cuando irrebatibles investigaciones científicas sitúan cada pueblo de la tierra en iguales, idénticas posibilidades y cualidades, apenas con diferenciaciones de época y medio ambiente.

Como ilustración diremos que en Brasil –de igual manera que en otros pueblos de Suramérica, privó el sentimentalismo romántico por las gestas aborígenes– hoy las nuevas generaciones miran con simpatía el ancestro que vino del continente africano. El complejo de la mujer morisca, del sarraceno, de la *mulatinha* ardiente, en los tiempos de los Braganza, cobra hoy día *pigmentación* romántica, si queremos representar el concepto de una herencia bantú, con el mismo legítimo orgullo que hablamos de herencias guaraníes, caribes o europeas.

En este espíritu, y aclarados nuestros dogmatismos *racistas* –como hablan aún los ingenuos del siglo XX– vamos a entrar en materia, pidiendo de antemano excusas por las limitadas dotes intelectuales del autor del presente trabajo.

PRIMEROS RASGOS SUPERVIVIENTES

Cuando en 1942 iniciamos los primeros tanteos para los estudios afronegristas, contábamos apenas con las simples manifestaciones exteriores del núcleo humano que deseábamos estudiar: acusadas características somáticas, sus tambores, danzas y prácticas festivas.

Más tarde, establecimos la posibilidad de que el tambor *mina*, tuviese un origen yorubano: posibilidad que resultó confirmada en la consulta que envió Juan Liscano a don Fernando Ortiz, uno de los más destacados africanistas de esta parte del mundo. Con lagunas y defectos por la carencia de bibliografía suficiente, pudimos encontrar supervivencias de tipo lingüístico afín a dialectos negroafricanos, algunas de cuyas voces damos a continuación:

Bantú

Malembe: despacito, suavemente.

Ololó y ololé: saludo, reverencia.

Quéquere: centavo, moneda.

Mojimbo: grueso, abultado.

Ganga: nombre de lugar habitado por negros probablemente de este origen. Distrito Brión, estado Miranda.

Songuear: alegría, regocijo, baile, buscar en derredor.

Yoruba

Fuñir: castigar, perjudicar.

Birongo: nombre de lugar, estado Miranda.

Mina: nombre de un tambor y su danza.

Mandinga

Cafunga: en la dulcería popular del estado Miranda, nombre de un bollo de plátano.

Bungo: nasa o trampa para pescar.

Cumba: cintura gruesa.

Curbata: nombre de un tambor.

Carángano: piojo y nombre de un instrumento idiófono.

En estos fenómenos se mezclan el congo y el malinké, que parecen ser por lo demás, la dominante lingüística en el área barloventeña.

Asimismo, en algunas prácticas animistas y en los usos y aspectos de ciertas tradiciones populares, se reafirman las influencias bantús y mandingas.

Este primer paso nos sirvió para establecer las comparaciones necesarias con otras regiones venezolanas que acabamos de recorrer, ampliándose de manera inesperada el panorama por investigar.

Sin embargo, justo es añadir, que la región barloventeña ha sido explorada parcialmente, y que ella sola abarcaría tema para numerosas conferencias y nutridas páginas de libros. Y bien comprendemos que no nos alcanzaría la vida para cubrir las áreas que ofrecen al estudioso en Venezuela, un mundo de revelaciones y extraordinarios hallazgos en la materia. Nuestra misión se concreta apenas en intentar un débil bosquejo, donde tal vez, más tarde nosotros mismos lleguemos a espigar para una obra en preparación.

APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LAS SUPERVIVENCIAS

Una de las más grandes incógnitas que se nos presenta, es la siguiente: ¿En realidad, qué tipos de negros prevalecieron culturalmente en Venezuela?

De esta inquietante encuesta que se plantea en sentido general, derivase esta otra fase de la cuestión: ¿Siendo el elemento etnoafricano aquí, el mismo que en las Antillas y Brasil desarrolló sus prácticas religiosas, por qué razones se borran aparentemente entre nosotros las Deidades del Santuario yorubano?

Voy a permitirme contestar en parte este peliagudo problema, con la timidez del que apenas ha realizado los primeros tanteos en esclarecerlo.

En Haití, Cuba y Brasil se ha podido establecer el tipo de culturas negroafricanas, principalmente por las manifestaciones religiosas, los sincretismos que aún prevalecen en esos pueblos; unido a esto, sus aspectos materiales, lingüísticos, el folclore. Bases establecidas por la escuela de Bahía del malogrado profesor Raimundo Nina Rodrigues.

En las naciones mencionadas —y repitamos una vez más— el negro logró mayores concentraciones, se aisló y mantuvo, a través de la catequización, el culto de sus viejos Orissas. Pudo así relacionar la acción benefactora y las cualidades de los santos, con sus propios dioses. Si la Virgen de las Mercedes, la Purísima Concepción, el Santísimo Sacramento y el Señor de Bonfim, representaban la pureza, la blancura inmaculada, nada más adecuado al africano que relacionarlo con Obatalá, el orissa de la blancura o pureza. Santa Bárbara es la abogada de las tempestades, y su símil, naturalmente, tenía que ser Shangó, el dios del trueno y el rayo. Nuestra Señora de la Piedad, Nuestra Señora

del Rosario y la Virgen de la Regla, resultaban patronas de los navegantes y de la fecundidad, era lógico que se las representase con Yemanyá, diosa *hidrolática* que regía las lagunas y arroyos.

Cada uno de estos santos, presidía las fiestas en ingenios y plantaciones, acostumbándose el negro a adorarlos en diversas épocas del año. De ahí, la gran cantidad de sincretismos que subexisten en dichas naciones.

Mientras en Venezuela —por leyes reales de la colonia— dábanse al esclavo solo unos cortos días por una vez al año para festejar a su manera en honor de San Juan, San Antonio o San Benito. Ese solo santo, a quien dedicaban sus danzas y cantos en esa única oportunidad, resultó para ellos un aglutinador de sus originarios cultos, como lo vemos prevalecer en la supervivencia de distintos colores rituales observados por ejemplo, en las festividades a San Juan Bautista o Evangelista. De manera que siempre, a través de un mismo santo, cantasen y bailasen a Shangó, a Yemanyá y Oxún, a Obatalá, al propio Elegbará.

Esto trataremos de demostrarlo seguidamente.

COLORES RITUALES

En Barlovento, en las fiestas a San Juan Guaricongo, o San Juan Congo, privan los colores rojos; igualmente en Farriar, estado Yaracuy. Estos colores corresponden a Shangó en Cuba y Brasil.

En Puerto Cabello, además del rojo, privan los colores blanco y amarillo, correspondientes a los colores de Obatalá y Ogún.

En Caraballeda y Naiguatá, además del rojo, predomina el morado o bermejo en los pañolones de las mujeres, correspondiente a Oxún u Oxumaré, deidad acuática yorubana. El blanco y amarillo, parecen ser también los colores rituales de Yemanyá.

En estas áreas se rinde culto a San Juan Bautista o Evangelista, a quien se llama asimismo en Puerto Cabello, «San Juan de la Risa».

NOTICIAS SOBRE LOS GEGÉS EN VENEZUELA

Según el profesor Nina Rodrigues, gegé es denominación brasileña aplicada a los negros ewe, uno de los pueblos más característicos de la región sudanesa, llamados con razón por el conde de Ponte, junto con los haussas y nagós, «naciones las más guerreras de la Costa del Este».

Es muy posible que en la introducción de africanos del Brasil a Venezuela, ya por arribadas, por contratos o por fugas —como lo consigna el barón de Humboldt al describir las colonias de zambos y negros de la región de San Luis de Guaraguaico— viniesen negros gegés, los cuales se caracterizaron, como los Haussas, por feroces levantamientos en Brasil a comienzos del siglo XIX. Esto adquiere visos de probabilidad, en nuestra reciente gira a la población yaracuyana de Farriar.

Un poco de historia dará mayor fundamento a nuestra hipótesis:

A fines de 1734 salió el P. Salvador de Cádiz por orden de los señores Obispo y Gobernador de Caracas, acompañado del P. Tomás de Pons, a recorrer las costas y valles de Morón, Urama, Alpargatón, Catria y Canoabo, para predicar y reducir apostólicamente a los negros levantados que infestaban aquellas costas; y después de cuatro meses que gastaron en la empresa, con imponderables trabajos y riesgos de la vida, que solo Dios sabe, lograron reducir y poblar solamente 168 de los dichos negros, zambos y mulatos que estaban levantados y con ellos fundaron Canoabo.

Al efecto, se dictó Real Cédula que reposa en la Biblioteca

Real de Madrid, bajo la signatura 3 561, D 160. En ella se habla de «las gravísimas ofensas a Dios» que hacían estos.

He aquí un dato histórico que adquiere asimismo invalorable preponderancia, cuando la noche que pasamos en Farriar, oímos cantar a los negros la letra siguiente: *Ololó Gegé! Ololó Gegé*², al son de los tamunangos o bengachepés, tambores monopercutivos prevalecientes en la zona.

Hemos pensado que esta simple alusión a un pueblo africano, puede ser la clave para discriminar el origen de otros pueblos y delinear con segura base los tipos de cultura preponderantes, si tomamos en cuenta los agrupamientos sin orden ni concierto que se hacían con el africano.

En la región barloventeña, podemos observar que al lado del tambor mina yorubano, repica la curbata, de probable ascendencia mandinga, mientras en la sala del santo resuenan alegremente los ambipercutivos, prensados con cuerdas, de aparente origen bantú, esto es, exactamente al pie de San Juan Congo, denominación del área de estos tambores.

Caracterízanse además los gegés, por conservar su filiación, con sentido religioso de tipo islamita, como observara Nina Rodrigues en Brasil. Incluso, la conservaban en el apellido: Joaquín Gegé, el esclavo revoltoso de Soares, es un ejemplo.

No obstante, con elementos étnicos de otros pueblos sucede cosa parecida entre nosotros: Francisco Gangá es nombre de un levantisco mulato barloventeño conque tropezamos en las páginas del Boletín del Archivo General de la Nación, y en

2 Es característica esta fórmula, en que no podrá argüirse onomatopeya, pues la voz «ololé» u «ololó» (saludo) invariablemente precede al sustantivo. [N. del A.]

un pueblo de la misma región fue muy conocida una familia llamada «los Ñañaños» (ñañigos).

ALGUNAS PROCEDENCIAS DE NEGROS EN VENEZUELA

En los agrupamientos de que hice mención, se constata el porqué en Caraballeda, cuando se le canta y baila a San Juan Congolé, surgen voces emocionadas por el ritmo, marcando una nueva variación de la danza, diciendo:

Magallá, magallá simbá

Magallá le-le-ó simbá

Magallá cua-cuá-ó simbá!

Este es el canto llamado de la «simba». «Simba», según pudimos estudiar en la obra de Ratzel, es instrumento de sonajería y percusión de origen bantú. ¿En este canto hay alguna referencia a los macuá o cuá, originarios del Viejo Calabar al Norte de Fernando Póo, según Henry Dumont?

En la toponimia geográfica venezolana, podemos encontrar nombres que no dejan lugar a dudas: Carabalí, en los estados Carabobo y Lara; Ganga, estado Miranda; Aramina, estado Miranda; Caraballeda, posiblemente de Carabalí-Alleda –pueblo del Calabar de este mismo nombre– en el litoral de La Guaira; Calbarito, seguramente del inglés *Calbary*, en el estado Miranda.

En cuanto a investigaciones de otro orden, voy a mencionar a los congos, de cuya resistencia física se hizo eco el barón de Humboldt cuando ascendía el majestuoso Ávila, y al mencionado Francisco Gangá, que en los días coloniales montaba briosa mula y recorría los pueblos de Barlovento gritando mueras a los señores.

El profesor José M. Cruxent logró hallar en un viejo archivo colonial, los siguientes nombres de naciones: Bibibe, Caralí, Lengüi; los tres, parecen ser oriundos del Calabar, según las obras de Dumont y don Esteban Pichardo.

A esta lista debemos agregar a los loangos. Primeramente, los negros de este origen (Costa de los Esclavos), que son bantús, dejan rasgos en Naiguatá y Caraballeda. Allí encontramos dos coplas llamadas «de loangos»; por otra parte en Farriar, tienen un tipo de tonada genérica, llamada exactamente «loango». En ambas referencias, es posible encontrar la forma o estilo quizá con que los africanos de ese origen cantaban a San Juan.

Mas, un dato fidedigno lo tomamos de la información directa de los señores Miguel Salvador Liendo y Francisco Román Cobos. De acuerdo con ellos, en 1906 venían periódicamente a la población de Curiepe, estado Miranda, unos «negros loangos», quienes cantaban y bailaban en casas y pulperías donde efectuaban copiosas libaciones. Estos «loangos» venían de Aricagua, población litoralense. El señor Cobos nos da una versión de esos cantos:

Cuando voy po la calle, Juana,

voy esongando,

pa que digan los paes:

Peo pao va esando!

En una colección de autos populares pertenecientes a mi padre, ya se hace mención a los negros del Popo, o sea los llamados minas-popos, en una copla:

*Bailando guachicangó³
con los neguitos del Popó,
que me dieron a bebé
aguardiente con colifló.*

Este documento tiene alguna validez, pues mi padre, muerto en 1929 a la edad de 68 años, pudo mantener fresco en el recuerdo los nombres de varios pueblos africanos que hoy, acaso, puedan ser solo hallados en los archivos. En sus autos populares hay referencias también a los «carangulí», a los «congos»; así como a numerosos vocablos africanos.

DATOS PARA INVESTIGAR LAS DEIDADES YORUBAS EN VENEZUELA

Mis informadores Cobos y Liendo –nombrados anteriormente– son los primeros en suministrarme el nombre de *balatá*, expresión aplicada por los negros «loangos» en 1906 para designar el balatá. Y es fácil comprender que esta suposición carece de base firme, por dos razones: Primero, que los mencionados informadores desconocen por completo el nombre de las deidades yorubanas, y segundo, que solo en 1914 –ocho años después de la fecha que ellos dan– fue que se hicieron plantaciones de esta especie como sombra en los cacaotales de Barlovento.

Recientemente, el señor Lope Corro, de Naiguatá, recordó «haber oído mencionar a los viejos» el nombre de *Batalá* y, según supone, querían referirse a balatá; suposición igual a la anterior.

3 Según Lisandro Alvarado, llamábase así un antiguo baile de negros. [N. del A.]

Esta investigación sobre el dios andrógino africano, queda detenida en ese punto, cuando una simple metátesis parece gozar del común criterio de los informantes.

Un valioso informador de Naiguatá, el señor Francisco Ríos, blanco, ochenta y seis años de edad, residenciado desde la infancia en esa población, luego de mostrarnos la imagen retocada de San Juan Bautista, regalo de don José María España a los negros de la hacienda Longa, España, nos dio una copla del tambor, que oía cantar en sus mocedades a los exesclavos:

Ololé Monago!

Ololé Bará!

Como sabemos, *ololé* u *ololó*, es «saludo», «reverencia» en dialectos congoleses. Así se colige que los negros, en agradecimiento por el decreto abolicionista, saludaran a Monagas y dieran gracias al dios Bará.

Estos informes del señor Ríos, fueron confirmados por su esposa —descendiente de esclavos— quien oía cantar esta copla a su abuela, de la cual la aprendió.

En Caraballeda, la señora Ernestina Arvelo, de setenta y tres años, nieta de Cesárea Urbina, esclava, nos suministró la letra de la tonada de «El mono Changó»:

Dicen que mi Changó es mono

Ma Changó no es mono ná

Ma Changó lo que tiene

que no lo saben bailá!

Evidentemente, aquí aparece de súbito el nombre de Shangó, «dios del trueno y el rayo» yorubano.

EL CANTO Y LA DANZA EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS SUPERVIVENCIAS

El maestro de Bahía ya sentó las bases con respecto a la denominación de los bailes y cantos de los negros. De sus investigaciones se puede llegar a las siguientes conclusiones:

Las danzas de los negros toman el nombre del tambor o instrumento que ejecutan, del Dios a quien las dedican, del pueblo originario o del motivo del baile.

Aplicando su criterio científico, encontramos en Venezuela, en las áreas de tambor investigadas hasta ahora, lo siguiente:

En Barlovento

Baile del tambor mina.

Íd. de redondo o culepuya: culepuya da idea del baile.

Íd. de quichimba: es nombre de tambor no investigado.

Íd. de la culebra o sambarambulé: pantomima que debe su nombre a Sàngala-muleke.

Songueo: tonada genérica de tambor, posiblemente del fonema «sanga», bantú, que significa baile, risa, alegría.

En Puerto Cabello

Campanaé: otra tonada que parece venir del nombre de un tambor de forma cónica. En Caraballeda encontramos este tipo de monopercutivo bajo el nombre de «campanita».

Últimamente la misión Aretz-Ramón y Rivera, hallaron un conicoide en Zuata, estado Aragua.

En Farriar, Albarico, El Chino y Agua Negro (Yaracuy)

Sangueos: tonada genérica igual que en Puerto Cabello.

Loangos: nombre de una tonada que es, asimismo, un pueblo africano.

En los estados Lara y Portuguesa

Tamunangue: auto popular que con toda posibilidad, tomó su nombre del tambor llamado «tamunango», encontrado en las áreas del estado Yaracuy.

En el Zulia⁴

Chimbangles o chimbánqueles: baile de los tambores del mismo nombre.

En Naiguatá

El Ololé Bará: tonada de tambor que es, indiscutiblemente, un canto a esta deidad yorubana.

En Caraballeda

Maché: nombre genérico de una antigua tonada, que podría tener relación con el vocablo Hausa «macheche», que significa: salvador, libertador.

La simba: tonada. «Simba» es nombre de un instrumento bantú.

El mono Changó: canto, sin duda, a este *orissa* africano.

Con este método, fácil resultará al estudioso establecer los orígenes de esas manifestaciones culturales, para en futuro no muy lejano, determinar cuáles son las poblaciones negras prevalecientes en Venezuela.

4 Área no investigada. [N. del A.]

BIOGRAFÍA DE LA FIESTA DE SAN JUAN EN VENEZUELA

La fiesta de San Juan contiene un poderoso aliento universalista, pues se remonta a los orígenes religiosos de la humanidad. Es la celebración del solsticio de verano, una fiesta de la cosecha que se pierde en las oscuras adoraciones védicas, el culto del fuego, el rito de la danza, las supervivencias fitográficas⁵ del hombre. Está relacionada al signo de los astros y a los símbolos más antiguos de Asia, África y Europa. Los *sibs* zoólatras entraron en ella al cabo de los siglos y el catolicismo ortodoxo, —guiado como todas las religiones— por la sincretización de los cultos paganos, adoptó esta fecha trascendental bajo el patronato de un santo en su calendario. Se adoraba el agua, se adoraban las cosas y los seres, siderales o terrenos; el árbol, la flor, el pájaro, la piedra; la serpiente se representaba en la fuente, la ondulación de esa inmensa galaxia llamada Camino de Santiago, cuyo derrotero seguían los magos egipcios y caldeos cubiertos de cucuruchos deslumbrantes. Se adoraba la serpiente o el fuego en el solsticio de verano. Se adoraba el agua de los lagos y los ríos. El Ibangué, como el Nervión en la ría del Cantábrico; las aguas del Amur, como las del Tanganica. Los lagos tienen algo de azogado misterio lunar. Los ríos reptan

5 Por *supervivencia fitográfica* deberá entenderse toda la herencia descriptiva de las diversas plantas y sus usos: medicinales o religiosos. [N. del E.]

como la cobra sagrada y el poderoso boa. Surgió Juan el Bautista junto a las aguas lustrales del Jordán, y su mano levantó el cuenco que habría de bañar en la gracia de los cielos y la tierra a Jesús el Catecúmeno.

ADOPCIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA

El negro y el indio vinieron a ser en América, los nuevos bautizados. Aún siendo víctimas del bárbaro sistema esclavocrata, les dieron la primera carta de nacionalidad en la partida de bautismo. Este sacramento religioso vino a ser un acontecimiento trascendental en la vida de los indígenas africanos y americanos, cuyo espíritu inclinado a adorar lo objetivo, tuvo necesidad de rendir culto a algo que representara el acto católico. Sus propios dioses les eran arrebatados junto con la libertad. Los religiosos europeos (doctrineros) se dieron cuenta inmediatamente del asunto, porque les resultaba un poco difícil borrar un sedimento aprehensivo entre los recién cristianados, que pensaban como el Moreno del *Martín Fierro*:

Cuentan que de mi color

Dios hizo al hombre primero:

mas los blancos altaneros,

los mismos que lo convidan,

hasta de nombrarlo olvidan

y solo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,

y el negro blanco lo pinta;

blanca la cara o retinta,

*no habla en contra ni en favor:
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.*

Urgía remediar el inconveniente entre la larga lista de mártires y aureolados en la Gracia Divina. Allí estaba la para entonces reciente encíclica de Paulo III, (de mediados del siglo XV), en que se debían tener como racionales a los «idólatras» convertidos. San Benito, San Juan Bautista, la Virgen del Cobre, la Virgen de la Coromoto o la de Chiquinquirá. Si no lo preveían los religiosos, los efectos psicológicos de las prédicas y actos exorcistas de la Iglesia surtían su efecto favorable. Se manifestaron las apariciones, los trances místicos u oníricos. San Juan el Bautista, en su vida, práctica y relación cronológica vino a llenar ese «objeto» o divinidad que, los negros en particular, necesitaban adorar. Por su parte los africanos hallaban un icono en quien extravasar sus propias creencias. Se conciliaron así el Jordán con la Cobra Sagrada. El Bautista con el rito vudú; triunfando a la larga el catolicismo.

EL ESPAÑOL Y EL CRIOLLO HACENDADOS

A través de todo ese lapso de intensa mixigenación triétnica venezolana que parte del 1600 hasta el día del decreto abolicionista del 1854, la fiesta de San Juan Bautista celebrada durante los días 23, 24 y 25 de junio, se prestó a maravillas para los intereses de la Iglesia. Por otra parte, a los hacendados les convenía mantener a sus esclavos satisfechos. El buen trato, la alimentación fuerte, la concesión de tres días de holgorio durante el año, que aprovechaban aquellos para dedicarse a sus

«danzas bárbaras y al desenfreno y la vehetría», según cuenta el bueno de fray Pedro de Aguado, redundaban en beneficio de las producciones del añil, del tabaco, la caña, el café y el cacao. Estaba dentro del recto sentido calculador y el cumplimiento de la doctrina cristiana cuyos celadores de sotana hacían cumplir tan rígidamente en las Provincias de Indias.

Pero a partir del decreto de Monagos —medida abolicionista que por no ir acompañada de una mejoría en el terreno económico, no tuvo la eficacia social esperada— las fiestas de San Juan Bautista vinieron a ser una costumbre típica de nuestro pueblo, la cual hoy tiende a desaparecer si no se coartan el sedimentarismo y la decepción creados por el sistema providencial del cultivo de la tierra, cuyo principal efecto, la migración hacia la ciudad (llena de esnobismos, comodidades, sistemas modernos de vida) transforma rápidamente el alma criolla, adaptándola a las culturas exteriores.

Sin embargo, aún está por discernirse si la observancia religioso-económica de los hacendados criollos y españoles, o el aporte que el negro trajo consigo —la cultura africana en lid gallarda, aunque desproporcionada, con la europea (la india resultaba una cultura matriz)—, merecen de por sí el crédito de esta costumbre; aunque sería ir por las ramas si a ambas no se atribuyera.

NOCHEBUENA SANJUANERA VENEZOLANA

En realidad me he adelantado en este trabajo a un libro que preparo sobre el negro en Venezuela. Solo a una exigencia —para mí altamente estimada— del compañero Juan Liscano, director del Papel Literario de El Nacional, se debe el que publique

aquí algunas de mis observaciones y estudios en esta materia. Esta salvedad lleva consigo la explicación de la necesidad en que me he visto de extraer del material en el que trabajo lo relacionado con la celebración de los tres días dedicados a San Juan en nuestro país.

Estas festividades conservan una gran riqueza típica, invaluable e inexplorada, en nuestras costas, acentuándose, claro está en la región barloventeña.

Desde el 23 de junio comienza a repicar el «mina» a las 12 *meridien*, cuando las campanas de la iglesia dejan volar en el aire traslúcido y fiestero su campanada doceava. Repica con su voz aguda la «curbata» y luego de un espacio, el ronco «mina» responde ardorosamente al reclamo. Los «laures» –rítmicos golpes sobre la madera del tambor– son como una lluvia de verano, alegre e interminable promisor de cosechas. Toda la población siente en las venas el calor que templó el ánimo. Las sombras de preocupaciones desaparecen dando paso a la euforia que vibra en el aire y aletea graciosamente con las mariposas de San Juan, el taumaturgo, que ha de traer en su peregrinación por el mundo, la realización de los deseos. Todo es agitación en las casas. Se adoba la carne de cerdo, se condimenta el guiso, los «ahogados» picantes; se muele el maíz y el arroz para el carato y la chicha; se miden los garrafones de aguardiente, avivándose los hornos, labóranse las flores de papel, y las naturales se meten en agua; aplánchase las colchas de vivos colores para el altar; las morenas manos de las venteras engrasan los azafates que llenan de granjerías espolvoreadas de azúcar, canela o papelón quemado. Es la nochebuena de San Juan. Todo es movimiento en las calles y las casas. El tambor retumba en el espacio y el ancestro. La morenita graciosa de

clara piel de ajonjolí, da el último respunte al blanco faralao de la roja falda. Su corazón late intensamente, porque ya ha encendido una vela a la risueña imagen del Bautista y mañana, a medianoche de la nochebuena, sabrá si su amado la quiere «de verdá verdá»...

En el río las lavanderas se agitan apresuradas en terminar la ropa blanca del dotol, de «doña clara» y del jefe civil. Golpean rítmicamente con el puñado de tela laxo, las peñas pizarrosas en donde se dibuja la tira trenzada de la jabonosa espuma. Usan un paño amarrado a la cabeza, a manera de turbante, que recuerda el remoto paso de Ibn Batuta –sabio profesor del Islam–, por el África, durante el siglo XIII. En Caraballeda, La Sabana, Caruao, Naiguatá y Juandíaz cantarán las bailadoras:

Ala lá, la, la, lá

Ay sámbala baló bumbé:

el hombre no má!

Ay sámbala baló bumbé:

el hombre no má!

Mientras tanto remonta el río la canoa con los víveres y licores del velorio de nochebuena.

EL BAILE

San Juan durante los tres días de su fiesta viste hábitos rojos, color de un símbolo africano. Roscas de pan dulce, en formas de media luna, figuras antropomorfas y sexuales, penden de los relieves de su sagrario. Flores de papel en donde privan los tonos

blanco y rojo; frescas macetas de amapola, berberías color púrpura, ixoras encrespadas, rosaspáez; malabares luminosos como las risas de las morenas; resedas de suave olor; frutos maduros y dehiscentes⁶: mazorcas de maíz, caimitos, anones; catigüires capitosos, topocho y dominicos «amapueyados»; cajúas ricas, patillas y melones hinchados de néctar; naranjas, piñas, curujúes color de oro; nueces de kola sembradas por los abuelos; mameyes y cotoperías, racimos de rojas macagüitas, familia de la palmera que da el «marfil vegetal», cotopalos y pomagás. Toda una feria de aromas y colores se mezclan al pegajoso ritmo untado con el melado del canto y las luces y los gritos del baile colectivo.

El «mina» y su «curbata» resuenan en el solar frente a la casa. El santo en su altar iluminado por las velas penitentes, en medio de las primicias agrícolas, sonríe ante los ojos en éxtasis de las mujeres mestizas, indias, blancas, mulatas. Las llamas de las velas parpadean cuando un negrito costeño entona en el solar su copla jubilosa:

Alalalá la lalalá, lá!

*Yo quiero cantá, señora,
como cantan en Juandía,*

Y la multitud danzante responde:

Cómo cantan en Juandía!,

6 Dehiscente: fruto que se abre naturalmente cuando llega a la madurez. [N. del E.]

continuando el moreno:

Alalalá la lalalá, lá!

Porque ya tengo a mi lado

la prenda que más quería!

—¡Hipa!, gritan de todas partes. El ron cintila en los vasos al trasluz de los faroles rojizos. Se mezclan las «cuadrillas» de bailadores, entrelazados en numerosas parejas, cogidos los brazos a la cintura. Un zambo de espigado porte y su compañera, una agraciada mulatica de ojos «rayados», sujetan de una mano un morado pañuelo de seda, dando pasos airoso al son del tambor; grupos de muchachos tomados de los hombros en formación de escuadra, saltan locamente atropellando cuanto encuentran; allí, al pie del madero ancestral, como fiel símbolo de una raza fuerte y generosa. Mas Sebastiana se mueve sobre sí misma, tirando con ambos puños las puntas de su paño bordado, luciendo el blanco turbante amarillo, restregando el arenoso suelo con sus finas alpargatas bajo el ampuloso faralao de su falda azul. Dondequiera rojos relampagueos de faldas dejan ver las limpias «batatas» de las mozas, que aguzan los ojos de los hombres y el vuelo de la copla intencionada:

Ayer tarde fui a la ruda

y le pregunté al romero,

si el amor no tiene cura

no se pué gastá dinero!

A mí me salía un orzuelo

en una muela cordal;

que para podé mirá

acaba la vista el cielo...!

TAMBORES Y COSTUMBRES

En el patio anterior de la casa del santo, se baila el tambor redondo. Sus tres voces acordadas: bajo, tenor y alto, cosquillean con frémito en el ombligo y la médula de los danzantes. Petronilita entra a la «rueda» y el negro Morocota «chacea» las cotizas *sanguinando* el suave vaivén del *mojimbo* de la chica. Ella «finge» una «jincá» y la «rueda» ruge a toda voz. Morocota cae en el engaño y cuando viene a percatarse ya es tarde... Entra un indio al palenque y la ducha bailarina deja caer el pañuelo floreado; aquel se inclina y ella gira, gira, gira, como una zaranda en donde todo es ruedo de faldas y refajos trenzados. El indio no sabe qué hacerse y se declara en derrota. Se renueva el baile con la entrada de otra mujer: una *culisa* vestida de vivo verde. Vuelven a repetirse las escenas anteriores, hasta que sale ganancioso un «macho», que la invitará a tomar mistela, carato y un buen vaso de anisado.

La «quichimba» solo resonará en los lugares más oscuros del pueblo. Es el tambor relegado socialmente. Allá irán las mujeres de «mala vida», el «guapo» de oficio, el paupérrimo que ya no le importan jerarquías. Descansará el «quichimba» en su suelo desnudo y sobre él, a horcajadas, se sentará un hombre humilde que lo hará «cantar» hasta la madrugada. El «quichimba» está lejos de las luces y las frutas y las flores del santo. Sus luces serán los luceros o el reflejo azogado de la luna. Hasta él no llegan las muchachas que bordaron faldas encendidas para el «mina», y que al filo de la medianoche irán a ver si floreó la yerbabuena virgen como ellas, los pozos profundos y los estanques donde reside un misterio: si copian sus rostros, vivirán durante el año; en caso contrario morirán... Las mozas echarán

agujas pares en platos llenos de agua, por ver si los amantes son fieles; esmeralda y plomo derretido en las poncheras; huevos en vasos de agua; y se despuntarán los cabellos para que les crezcan. Los ríos, las aguas, guardan un «misterio» ese día. Los hombres irán a tomar el baño al amanecer, con la devoción de un rito. Los novios regalarán a sus muchachas, roscas de pan dulce que semejan corazones, flores o sexos. Las «venteras» harán buenos negocios ofreciendo sus granjerías, en donde se mezclan las reposterías negra, india y blanca; el complejo del plátano y el coco, el maíz y el trigo: «besitos», «greñas», «suspiros», «cuquitas», «pandehornos», «tunjas», «almidoncitos», conservas de batata, piña, coco y naranja; bollitos de plátano, arroz con dulce y «tequiche». Para el consumo hogareño se fabricarán las sabrosas «cafungas», a base de cambur morado, plátano verde y coco; las bolas de «fufú» en donde se mezclan el banano, el coco y el ajonjolí; el «berengue» (versión negra del merengue) preparado con «pintones» y cacao. Un numeroso repertorio creado por la ciencia repostera y culinaria de las ingeniosas cocineras criollas; repertorio que se exhibe golosamente la nochebuena de San Juan.

El día 25 de junio se realiza el «encierro» del santo, el cual se saca en andas por las calles al son de los tambores «redondos», hasta llevarle a la iglesia, donde se le guarda. Se repican las campanas y al final, el «mina» resuena nuevamente hasta avanzada hora de la noche. El canto del «encierro» es el «Malembe».

Malembe, malembe

malembe no má!

San Juan se viene,

San Juan se va.

El año que viene

San Juan volverá...

PANTOMIMAS Y REPRESENTACIONES

La región barloventeña cuenta además con un gran acervo neofolclorista. Son algunas representaciones que se acostumbraban en estos días, originadas en Curiepe, y las cuales recorrieron los otros pueblos vecinos. Estas eran una especie de «menestres» denominados «Los negritos». En ellos figuraban: El Negro Congo, la Negra Pola o Moroco, el Negrito Periquillo y el Coro. Los negros y mulatos acentuaban el pigmento con hollín, y tenían sus diálogos, cantos y músicas, y empleaban muchas veces dialectos perdidos en los tiempos:

Malabí maticú lambí!

A bailó el boroboró...

Malabí maticú lambí!

A bailó el boroboró...

—Malabí, como dice el nego

de la Sierra Sabancó...

Otras veces se recordaba la lejana patria:

Un neguito de la Guinea

me dijo un día

—Ajó?

Que si los dos queríamos tené

una mima mujé...

—Verdá?

Y yo le dije con mucho afán

que no convenía;

porque las «medias» nunca son buenas

si son rompías...

—Muy bien!⁷

La sola celebración de las fiestas de San Juan, se llevarían un libro. ¡Un verdadero mundo pintoresco y pleno de tradiciones!

7 Estos cantos y representaciones son de la colección de Juan Pablo Sojo (1865-1929), padre del autor. [N. del A.]

BARLOVENTO, UNA INVITACIÓN A LA NOVELA

Barlovento es tierra óptima. Como se ve, no solamente es explotable desde el punto de vista de la feracidad de su suelo, ni política ni económicamente. También la literatura tiene campo propicio e inagotable; es más, tiene un venero infinito. Con la novela de Rómulo Gallegos, Barlovento adquirió súbitamente una actualidad y un interés creciente, y aunque la obra de Gallegos en realidad nos presenta un Barlovento imaginario, barnizado de esa fantasía literaria, de ese reflejo colonial e histórico que identifica todas las regiones venezolanas, nos deja una exótica reticencia, una fuerte impresión del ambiente sureño hábilmente especulado por la pluma yanqui de Waldo Frank... Claro que por diversos motivos el autor de *Pobre negro* captó el ambiente matriz o basamental de esta legendaria región, lo cual es bastante. Falta ahora la obra más densa y verosímil que presente verdaderamente en su trágico y típico semblante la humanidad cándida y repelosa, alegre y melancólica de este venezolano de provincia.

Escritores nuestros como Fabbiani Ruiz, Oscar Rojas Jiménez, José Miguel Ferrer y otros, sin seguir la huella del maestro Gallegos, han ensayado el cuento, la novela y el poema, presentándonos cuadros a lo vivo en toda la feraz desgarradura de esta tierra. Últimamente venimos leyendo con interés las impresiones de viaje que en *El Universal* publica el historiador Andrés Pacheco Miranda. También sabemos de escritores de la provincia que

dejaron o guardan trabajos muy dignos de que vean la luz pública; trabajos que merecen conocerse porque a mayor abundancia de datos —si la obra en sí no absorbe todo el mérito—, indiscutiblemente los que trillan esas rutas podrán darnos un libro más meduloso y documentado.

En nuestro continuo afán de curiosear el alma provincial, resultado de cuyas indagatorias hemos publicado innumerables trabajos, hoy vamos a anotar algo del léxico popular de la región y algunas consejas o tradiciones bases especulativas para el cuento y la novela. En todos los pueblos, caseríos o «sitios», hallaremos en boca del nativo intonso, frases como las siguientes: «Ahilado», trozo de hacienda cacahuera, arboleda. «A jecho», *a peso*. «Ajumar», ahumar. «Antiquina», asimismo, exactamente. «Ambilar», «ambilado», embromar, embromado. «Arrancapepa», bachaco grande negro. «Boca fría», toda serpiente venenosa. «Birriondo», macho en celo. «Cabecino», inteligente. «Caligüeba», tarantera, epilepsia. «Coyomo», camaroncito de río. «Cochao», contracción por plátano salcochado. «Conversa», conversación. «Cónchale», interjección. «Culepuya», tambor llamado «redondo», formado por tres instrumentos denominados «tiple», «bordón» y «pujao». «Fuñido, fuñir», tercio roñoso, embromar. «Guatanero», en la cacería o pesca sujeto que carga las piezas cobradas. «Jalar», talar el monte. «Jecho», fruto hecho. «Lambido», individuo entrometido, vivo. «Lembe», golpe dado con la mano abierta. «Malembe», baile de tambor. «Macuto», mara, carriel de fibras. «Majarete», por manjarete, dulce popular. «Marañero», tramposo. «Mestiza», bollo dulce de plátano y coco. «Mina», tambor formado por tres elementos «boca», «curveta» y «láures». «Macagua», clase de serpiente venenosa, llamada también «terciopelo», «amarilla», etcétera. «Macan»,

«macaneo», brega, trajín. «Mazamorra», atol de plátanos o maíz tierno. «Mamorra», comida. «Mochoroco», pez de río. «Mástigo», mástil donde penden los racimos de banano. «Endenantes», por ahora rato. «Pan pelao», pan de maíz seco fermentado con cenizas. «Pichagua», cuchara de tapara. «Paguara», machete de hoja ancha, en otras partes «taguara». «Pimpina», o múcura. «Piñazo», puñetazo. «Pintón», plátano maduro. «quichimba», tambor *sui generis* echado en el suelo. «Requeneto», pequeñín. «Rozas», arboleda talada y quemada. «Rumbambaya», baile de cuatro y maracas. «Folías», cantos a la Cruz de Mayo. «Sitios», campos denominados o villorrios montañosos. «Sorocho», lo que está medio asado, todavía crudo. «Sangrepesá», cambur morado. «Taritari», bachaco rojo. «Tololé», baile sanjuanero, original de tambor. Y siguen una lista interminable que publicaremos otro día. Por supuesto, figuran muchos vocablos usados también generalmente en otras regiones del país, algunos de ellos deformados y los más con distintas interpretaciones en cada lugar.

Vamos ahora a enumerar algunas consejas o tradiciones de la región, rogando de antemano a quienes las conozcan mejor colaborar con nosotros para presentarlas de manera acabada. Sin embargo, nuestra buena intención se vería compensada si estos apuntes pudieran servir en algún modo a los escritores que actualmente trabajan en alguna obra de ambiente barloventeño.

DE LOS TRES, UNO

Sugiere-se a un punto de Barlovento, denominado el Alto de Muruguata o Mesa Grande, donde se cuenta que a la hora de la oración, seis de la tarde, algunos arrieros han sido sorprendidos por una voz cavernosa y espeluznante: «De los tres uno...».

Es un fantasma solitario, igual a los demás fantasmas, que señala con su mano trémula y sin carnes el sitio donde yace desde muchos años un gran tesoro de onzas españolas. El fantasma se muestra a la vera del invisible camino, y su figura lechosa se destaca entre la densa oscuridad de los árboles que rodean el sitio. Entonces el arriero se acuerda en medio de su pavor, de la «Magnífica», oración infalible, así como de la «contra», bebedizo que abrasa su garganta de brío y lo «cierra» contra el maleficio... «Hermano, dice dudando de su propio valor el arriero; no me asuste ni me espante...».

Y allí el pobre hombre sabe que para conseguir aquella fortuna enterrada, tienen que ir tres, él y dos de su confianza; pero no sabe, ni nadie lo ha sabido nunca si de los tres uno quedará en el sitio... o si solo uno cargará con el dinero y el resto morirá allí mismo. Es misterio. Solo se sabe que cuando por allí pasó la romería dolorosa del año trece, tras de ese pueblo que huía, guiado por Bolívar rumbo a Cumaná, quedaron rezagados un sargento y dos soldados, quienes arriaban unas espiadas mulas cargadas con algunos cofres de dinero. Allí en el Alto de Muruguata, o Mesa Grande, se detuvieron y tras una consulta de la que uno de los soldados no era partidario, pues se trataba de disponer para sí aquel tesoro confiado a sus cuidados, sargento y soldado decidieron despachar al soldado fiel y allí mismo le dieron muerte, enterrándolo junto a los cofres. Más adelante el otro soldado mató al sargento en las playas de Machurucuto y cuando creyó volver hasta donde estaba el fruto de su crimen fue sorprendido por una patrulla de canarios quienes lo pasaron por las armas. Esta es la historia que todavía cuenta con un gran número de adeptos quienes tienen campo propicio para corroborarla.

EL MATACÁN

Corre una historia entre los cazadores. Desde los lados de las dos Araminas los caños de Merecure pasando por Mondragón hasta las montañas de El Guapo, cunde la versión impresionante de un venado grande y poderoso, de lomo hinchado y cara barrosa o negra, cuya cornamenta ramificada y puntiaguda es un reto airado al aventurado cazador. Por supuesto, el hombre del pueblo nada sabe de esto. Hay que ir a los «sitios» o campos, donde un campesino ya avejentado y sonriente nos contará cómo es la cosa. Se trata de que un día salieron de cacería, como de costumbre, cuando nuestro hombre se halló frente a frente con El Matacán. El balido o berrido peculiar de este selvático animal repercute a leguas. Muchos han visto al mismo «león jú», el rabo entre las piernas, huyendo a tambor batiente. El balido es viril y agudo, a su alrededor trasciende el olor de su almizcle, rancio, afrodisíaco. El poderoso venado luciendo su elevada alzada y levantando desafiador el testuz erizado de cuernos, forrea y hace surcos en la tierra blanda con su pezuña hendida... Nuestro cazador –que no sabe aún con quién se las está viendo– se echa al hombro la escopeta y apunta... Sale el disparo y el animal apenas mueve las orejas y lanza su frenético berrido, mientras sus grandes pupilas –que han cantado los poetas en sus congéneres hembras– se inyectan al rojo. El cazador, sereno, sin nerviosidades, vuelve a hacer otro disparo; carga varias veces el artefacto de fuego, y sigue acercándose a medida que dispara su escopeta contra el extraño animal, y son una y veinte veces que yerra. Entonces la fiera que ya en su imaginación tomó proporciones colosales, arremete contra su humanidad y solo sus piernas y

agilidad para subirse a algún árbol lo salvan de aquella furia infernal..., porque el bicho se pierde como un bólido dejando un ancho surco en los matorrales y un penetrante olor a azufre y almizcle que enloquece por varios días al infeliz cazador. Nos han contado que cuando se llevan perros, estos al oler a El Matacán, emiten aullidos y se regresan hasta el amo, completamente espantados...

EL ÁNIMA SOLA

Esta es otra versión muy interesante. Dicen que los lunes, días que se le prenden velas a los muertos, a media noche, por las solitarias calles del pueblo viene una blanca e interminable romería... Solo un murmullo creciente, algo así como un largo *miserere*, donde se confunden cien mil voces nasales y dolientes, se oye a través de las ventanas, de las puertas, de las paredes... Vienen bajando del camposanto, lentamente, procesionalmente; nadie, ningún osado se atreve a mirar a la empedrada rúa envuelta en los misterios de la noche, por donde atraviesan las ánimas en interminable oración... Los que escuchan esto, se tapan los oídos. Algunos siguen oyendo temerariamente, santiguándose. Y distinguen claramente después que pasa la romería de ultratumba, un silbido penetrante, agudizante y monstruoso que taladra los tímpanos y enloquece al osado que lo escuche... En diversas ocasiones nos han contado que nocher-niegos viniendo a muy altas horas de la noche a sus hogares, han caído privados en el propio dintel de sus casas, perseguidos por este extraño silbido que parece lo llevan a dos pulgadas del oído. En una ocasión una de esas señoritas pasadas de años, cuya única virtud es la sin hueso y habilidad que tienen para

curiosear lo más mínimo en los pueblos, tenía por costumbre asomarse a la calle sigilosamente tan pronto oía cualquier paso o ruido al alcance de su infalible ventana. En aquella forma había descubierto cuántas cosas sensacionales y ocultas que pronto cundían a todos los vientos en el villorrio. Una noche, nuestra dama oyó un ruido extraño y tumultuario. Era día lunes. Con toda malicia entreabrió el postigo y pronto se sorprendió al ver tan larga romería de gentes vestidas con largos mantos blancos y rezando o quejándose, que no distinguía bien. Allí se estuvo dos horas largas, y cuando todos hubieron pasado y ya pensaba retirarse sin catar el porqué de aquella extraña procesión, su atención fue llamada por una solitaria figura que acercándose a su ventana parecía sollozar. Nuestra dama intrigada preguntóle el motivo de todo aquello y la figura solo contestóle «que era una promesa», y «que le guardara aquello hasta mañana», alargándole un par de grandes velas. La dama en cuestión despidióse de la extraña transeúnte y tomando los velones cerró la ventana, cuyos velones guardó en uno de esos viejos cofres o arcas de cedro. Al día siguiente, tras contar su extraña aventura e ir a sacar los velones para mostrarlos a las amigas, solo tocaron sus dedos la frialdad desnuda de dos tibias, contacto suficiente para privarla y quitarle su insana costumbre.

En los lunes de los pueblos, a altas horas de la noche, cuando se escucha un silbido lúgubre y largo, las viejas se santiguan, los perros aúllan medrosos y los oídos se algodonan previamente. Es que pasa el Ánima sola.

EL ENCANTAO

Asimismo se pronuncia y asimismo se cuenta de este raro fenómeno que aureola de leyenda mitológica nuestras lagunas y ríos. Los agricultores que se dedican a la pesca en los caños, lagunas y ríos, cuentan de hombres extraños, surgidos súbitamente de las aguas cuyo aspecto general es de indios, con penachos y taparrabo. Sus facciones son adónicas y gustan con preferencia salirle a las mujeres, a las adolescentes cuyas primicias apuntan bajo el humilde percal. Las hembras, lindas, fascinantes, la salen a los hombres, a quienes invitan a su casa..., antes haciendo afluir enorme cantidad de pescado, hecho que sorprende al hombre, quien coge las de batir barro por salvación. Dicen que algunos de estos extraños seres, acostumbran ir a los ranchos por «sal, tabaco y papelón». Cuando es hombre y va a menudo, no tarda en desaparecer misteriosamente la muchacha de la casa... «¡Se la llevó el Encantao!», exclaman; y ya veremos bordear el caño, río o laguna por las mujeres viejas del rancho, lanzando maldiciones «al Encantao» y echándole sal a cambio de la raptada... Otro día se aparece la secuestrada, quien se «halló de pronto en el camino de la casa», y cuenta que «mientras se bañaba se abrió el pozo y se halló en una gran cueva, donde los asientos eran serpientes enrolladas y donde sonriente la esperaba su raptor...». En muchos pueblos barloventeños cunde la especie de «varias desaparecidas» en esta forma. Aún más, conocemos a una rústica familia, quienes perdieron a una hija que acostumbraba bañarse sola en un desde entonces histórico pozo, que diz «reciben noticias del ser querido, quien les dice se encuentra actualmente en aguas de la Laguna Tacarigua...». Generalmente entre los pescadores

de arpón, chinchorro y anzuelo, corre la creencia que «el Encantao ayuda a voluntad la pesca, haciéndola abundante o nula; muchas veces secando los pozos o desviando el curso de las aguas». Y de aquí que mucho antes de lanzar sus redes o artefactos de pesca, riegan granos de sal y tabaco en ramas, para que «el Encantao les sea propicio».

No sabemos qué de verdad o ficción haya en todo esto. Pero sí sabemos que el Encantao es un ente temido y venerado en las aguas dulces de Barlovento.

EL ÁRBOL QUE CAMINA

Los aserradores de árboles o comerciantes en maderas, conocen la especie o infundio del árbol que camina... Sabido es que en maderas preciosas Barlovento es otra Guayana. Y precisamente la sombra acostumbrada en los cacaotales, aparte de los floridos eritrynas, son el cedro y con mayor profusión la caoba. Diez o quince años atrás, en los días de postguerra mundial, el comercio de la madera adquirió proporciones gigantescas. El precio del metro cúbico de las más valiosas especies que tanto abundan en Barlovento se cotizaba al máximo; mientras el cacao, principal cultivo de la región, descendía a una valoración vergonzosa, lo que obligó a muchos hacendados a vender sus arboledas de maderas preciosas en pie, sin tomar en cuenta el destrozo que ocasionara el derribarlas a la hacienda. Y allí el continuo derrumbe de grandes árboles, cuyas voces al caer desgarraban el alma arisca del campo, y dondequiera se improvisaba un aserradero donde se le hacía la vivisección a aquellos gigantes selváticos. Allí había que decir con el poeta Antonio Arráiz: «¡olía a carne de árboles...!»,

porque el aire se saturaba del olor de las diversas savias, de la sangre generosa de los árboles corpulentos. Pero aconteció que bien pronto las haciendas fueron clareándose, y todo adquirió aspecto de grandes eriales en formación. Ya no quedó nada que hacer en las arboledas de cacao. Había que buscar maderas en la montaña. Comenzaba la persecución del árbol. Las cuadrillas de «buscadores» invadían en todas direcciones el monte, cargando monstruosas sierras, torniquetes, gruesos cordeles... Eran los ejecutores de esa terrible hermandad enemiga de la herejía vegetal, cuyas víctimas pletóricas eran los cedros, caobas, apamates, pardillos... Y las voces de dolor de la fragante entraña desgarrada por el hacha, precedía el trueno de la caída, cuyos retumbos se sucedían uno tras otro. La ambición implacable de los aserradores estaba muy lejos de la comprensión panteísta de Knut Hamsun. Y entonces fue que comenzó a cundir la especie del «árbol que camina». Esta novedad fue traída al pueblo por los aserraderos que se arriesgaban montaña adentro, duraban tres y cuatro días en la búsqueda y luego regresaban al pueblo para volver por más tiempo a la montaña. Ellos acostumbraban marcar los árboles, que después echarían al suelo.

Y un día se tropezaron con una caoba gigantesca. Algo excepcional, nunca visto en sus vidas de aserraderos. Aquel enorme espécimen produciría holgadamente dos o más metros cúbicos de preciosa madera, que luego de aserrada en forma rudimentaria arrastrarían los bueyes hasta el río. Y en estos cálculos marcaron dicho árbol y dejaron abierta la «pica» por donde llegaron hasta él... Mas el día que volvieron con todos los instrumentos de tortura, solo hallaron arbustos pequeños y tupidos bejucales. Extrañados, no se desanimaron

por ello. Siguieron adelante. Su misión era encontrar árboles, derribar árboles, vender árboles...

Y cuando ya cansados llegaron a un claro de la montaña, claramente distinguieron al mismo caoba con sus anchurosas ramas y toda su corpulencia, meciéndose suavemente en una no muy distante colina. Pero para llegar hasta allá tuvieron que atravesar el lecho de una antigua quebrada, donde, entre paréntesis, habían algunas huellas de «mano de plomo»..., pero el maderero no le teme al tigre. Ascendieron la colina y con tamaña sorpresa el misterioso árbol había desaparecido!... Y así otros días y otros madereros, se topaban sucesivamente con el tal árbol cuyas señas coincidían en las explicaciones que se daban los hombres.

Cualquiera puede averiguar entre los madereros de Barlovento, lo relacionado con esta extraña historia que da pie para suponer que la montaña se vengaba...

LAS SERPIENTES «PUESTAS»

Aquí vamos a rozar el curanderismo. Y es una historia cuya evidencia arraiga en los campos de Barlovento. Una creencia que ha ocasionado y ocasiona muchas víctimas, presas de los colmillos ofídicos...

Un compadre tuvo un pique con otro. Lo amenazó. El otro se encogió de hombros. Un día el amenazado halló en el camino de su rancho, una macagua armada... Trata de matarla y esta se escabulle. El amenazado cavila. Se lo cuenta a su mujer. Conviene consultar al día siguiente al Viejo Emeterio, hábil curandero y brujo, no de los que «echan», sino de los que «quitan». Mientras tanto atracan las puertas del rancho,

se encaraman en el catre y apagan la luz de la palmatoria, que es de noche ya. Se duermen. Amanece y los ladridos de los perros y el canto de los pájaros y aves de corral los despiertan. El hombre se despereza, pensando volver como siempre al conuco a continuar su jaladura, y cuando se echa al suelo embutido entre sus largos interiores de liencillo, algo lo muerde en el jarrete... Da un salto y cae gritando. Acude la mujer, los hijos. Matan la serpiente que trata de huir por un hueco de la pared. Viene el curandero, con su pañuelo misterioso, sus escapularios y su «contra». Pero el «picao» se muere, después de cortos días de agonía. Fue «una serpiente puesta», esta es la versión, el «diagnóstico» ineludible.

LAS HAMACAS

Costumbre bastante generalizada en casi todos los pueblos venezolanos es la de conducir los enfermos, o mejor dicho trasladarlos de un lugar a otro dentro de una hamaca. Solo queremos explicar cómo se hace en Barlovento, este importante servicio de «asistencia social» tan popularizado. Allí cuando arriba al pueblo una hamaca conduciendo de la población vecina el enfermo grave en pos de los servicios médicos, o del boticario, o del «curioso», los vecinos espectadores se fijan en la cobija que trae... Sí, es bastante importante y significativo este detalle. Cuando el color de la cobija que cubre la hamaca es el rojo, el enfermo viene vivo todavía. Si es el negro, tan solo es un cadáver que conducen los hamaqueros...

Estas son una parte de las costumbres, consejas y tradiciones de esta sugerente región venezolana, así como del léxico popular. En lo relativo a esto último, vemos cómo se deforma

el lenguaje, ya sea por la facilidad de las mutaciones, ya por ascendencias raciales, pero en todo el significado exacto, que expresa efectivamente lo que se quiere. Tomando en consideración esto y si analizamos el contenido de todas esas versiones, hallamos que la mixtificación a través de la historia ha condensado todo ese arsenal folclórico, cuya complejidad solo nos deja reticencias de leyendas castellanas traídas por misioneros españoles; de retazos de la mística aborígen, sedimentos bárbaros del Tanganica y el Congo, mezclados con soplos de la Tetralogía Escandinava... Y así podemos explicarnos el haber hallado en algunos ranchos, viejos tomos de antiguas ediciones de «Carlomagno», leyendas de la Selva Negra y otras historias que leían las viejas manumisas semiinstruídas a la «niña» de la mansión colonial. Por otro lado se acentúa la presencia totémica de la mística indígena, cuya ascendencia no han podido borrar los siglos, y la candorosa imaginativa en boca de la esclava, cuyos ojos aún tenían la visión melancólica y dulce de las riberas del Zambeze.

En una novela que preparamos desde hace tiempo, y si logramos tener suerte, dar a la publicidad, contamos otras versiones cuya fuerza candorosa y tradicional forma se puede decir del alma llena de sugerencias de esta región venezolana, lo que nos hace exclamar que Barlovento es una invitación a la novela en las rutas de América...

COMPLEJOS CINEGÉTICOS⁸ DE CUENTOS DE ANIMALES Y SU ORIGEN AFRICANO

Establecer entre nosotros el origen africano de los cuentos de animales es tarea ardua que se dificulta por la carencia de textos suficientes con quienes plantear observaciones comparativas. Después de la *Antología* de Blaise Cendrars y del Alós brasileiro, con algunos estudios realizados además por el señor Arthur Ramos, ningún documento fundamental se encuentra para llevar tales trabajos en forma metódica y científica. No obstante —sin recurrir a la imaginación, pues acostumbramos en estos aspectos una parquedad sistemática— vamos a tocar este escabroso asunto de los cuentos de animales, dentro de conceptos que seguiremos considerando de posible realidad, hasta tanto no nos demuestre lo contrario algún vidrioso imaginativo, o nos veamos en la necesidad de rectificar cuando se establezcan definitivamente entre nosotros los estudios sobre folclore.

Los cuentos de animales arrullaron la infancia venezolana; ellos modelaron las almas de próceres y bandidos, de campesinos y señoritos mantuanos, de héroes y traidores. Desde los humildes tugurios rancheros donde el cuatro y el arpa vierten su tinajero de coplas, el cuento criollo viaja en bongos, se detiene en los repechos del vivac, desanda los caminos a lomos de recuas, vuelve y regresa de los quilombos hacenderos con su clara

8 Cinegético: perteneciente o relativo al arte de la caza. [N. del E.]

carcajada de lluvia sobre tambor, hasta guarecerse en los severos rincones coloniales, donde el clave pauta la aparente continuidad de una paz hogareña, monárquica, de generaciones adolescentes.

Los labios de la *nana*, de la *abuela*, de la *aya* negras o indias, zambas o mulatas, vibran de ternura, suaves, dulces en su léxico mestizo, ablandado con el cariño de la masita de pan y leche deglutida por la boca del infante en su primer gustor de la vida, al dar comienzo al *cacho*, al *caso* o al cuento, ahora ante auditorio de párvulos que le nacieron de sus cuidados y desvelos. Todas las virtudes, pasiones y vicios de un pueblo en que interviene una trinidad étnica, resaltan en estas narraciones más elementales que simplistas. Los héroes —a veces justos, a veces ruines— son Tío Conejo, Morrocoy, Tía Zorra, el Perro, el Gallo. Los rufianes —no tan rufianes en muchos casos—, Tío Tigre, Tía Culebra, Tío Caimán. Los héroes recurren a su astucia e ingenio ante seres mejor armados para la defensa y el ataque, planteándose así un razonamiento filosófico contra la ley del más fuerte.

En oportunidades interviene el hombre o la mujer en trato naturalísimo con los irracionales, en que se acusa el antropomorfismo de rumiantes y carnívoros. Otros, revelan una fuerte lican-tropía, que culmina hasta el agotamiento en sus metamorfosis; aspectos indubitables de su origen legítimo de los *sibs* o grupos primitivos del continente africano.

No podríamos diferenciar, en realidad, un *caso*, un *cacho* de un cuento, aunque es muy factible la existencia de diversidad en sus estructuras. Nos referimos al cuento de animales, que seguiremos llamando sin su característica genérica. Quien posea mediana memoria, recordará cómo al comienzo de estas narraciones se pedía «licencia» para echar un *caso*, nombre que en muchas ocasiones se transformó en *cacho*, mutándose así la

s en *ch* o quizá en *sh*, que incluye una mestización de dialecto. Si he podido observar, como predeterminante en narraciones de animales donde interviene agudamente esa malicia que podemos definir como «llanera», la acepción concreta de *cacho*, tirada, chivatería, engaño del supuesto tonto al más vivo, como en la apuesta ganada por el lento Morrocoy a Tío Venado.

Nos inclina a creer en tal definición de *cacho*, la costumbre de aplicarlo al término de estas narraciones, en la forma siguiente. El narrador finaliza su cuento y se pone de pie, exclamando:

—*Este cuento se ha acabao
y cacho quemao pa' los que estén sentaos!*

Los oyentes le imitan levantándose de sus asientos como autómatas. El último en hacerlo, será blanco de las rechiflas de sus compañeros. Se cierra así la historia, hasta dar comienzo a otra con la petición de ritual.

Entre *caso* y cuento, parece no existe otra diferencia que su nominación. Ambos son llamados indistintamente en una forma o en otra.

Prevalecen en los cuentos de animales los complejos cinegéticos de las diversas regiones del país, siendo las especies más numerosas el tigre, el venado, el conejo, el morrocoy, y por ello tales protagonistas absorben casi toda la zoografía del cuento venezolano.

Sin embargo, es bueno tener presente que las narraciones en que interviene el quelonio, acusan fuertes características de un más legítimo origen africano, o afroasiático, para adelantarnos con las mejores teorías del momento. La tortuga es personaje principal, la heroína en la mayor parte de las narraciones de

otros países de América donde se han conservado mejor las tradiciones negras. En las Antillas, el rol que desempeña el conejo entre nosotros, lo interpreta la Araña Anansi. Esta protagonista es muy poco conocida aquí, aunque he tenido la suerte de encontrarla en dos narraciones. En una, se transforma en Gallo, con la misma inteligencia, las argucias y el ingenio de la Araña; donde intervienen iguales elementos e idénticas situaciones ante el vado de un río, acompañando en la aventura al Perro y al Chivo (Cabra). En la otra narración, muy corta, actúa como ella misma.

La Araña y el Catarro, se encuentran en la plaza. Se saludan, se abrazan. La Araña pregunta: ¿Qué tal de vida? — Respondiendo aquel: Muy mal! Imagínate que me la paso de pañuelo en pañuelo! — Luego, pregunta él a su vez: ¿Y tú, cómo vas? — La Araña levantando las patas, exclama: ¡No tengo suerte! ¡No tengo suerte! Me la paso fabrica que fabrica mi casa, y a cada momento me la destrozan!

Aún con peligro de salirnos de la materia tratada, no está demás incidir sobre el *totemismo* influyente en los principales personajes de los cuentos de animales. La Araña, por ejemplo, se tiene entre nosotros, como augurio de buena suerte, de felicidad en el hogar. Una araña en un hombro, o en el sombrero, significa éxito, y por tal virtud se evitará matarla. Costumbre observada en el mundo de nuestras supersticiones vernáculas, sin tener que ver con el *Código del totemismo*, formulado por S. Reinach en 1900, en cuyo artículo 11, de los doce de que consta, dice: «El animal tótem predice el porvenir a sus fieles y les sirve de guía», correspondiendo esto con el primero, que prohíbe: «Ciertos animales no deben ser muertos ni comidos (...)».

A veces los casos se mezclan a las leyendas y consejas, o son simples aplicaciones al origen de las cosas. En la primera acepción circula un caso ya tradicional en muchos pueblos venezolanos, el cual se remonta a los años iniciales de la esclavitud⁹. Se refiere a un negro fugitivo, *cimarrón*, el cual lograba escapar de sus persecutores implacables transformándose en báquira, hormiga, gavilán, mato de agua y sobre todo en zorro *guáchiro*. Es un caso en que media el fenómeno de la licantropía.

El otro explica la creación de las comejeneras en los árboles. Un hombre llamado Cico, pasaba todo el tiempo panza arriba en su catre mientras su mujer, Francisca, y sus tres hijas, hacían las labores del conuco y el hogar. Fastidiadas las mujeres le hicieron levantarse, aprovisionándolo de toda clase de comestibles para que fuese a «tumbar un buen pedazo» (tala y roza para el conuco). El hombre sale y se queda por allí flojeando. Agotados los alimentos, grita desde un árbol, con voz ronca: ¡Francisca! —¿Quién me llama?, responde ella—. Es Papa Dios quien te habla, Francisca! —¿Y que quíe Papa Dios conmigo, señor? —Papa Dios quiere que le mandes tu hija mayor, pa jacela su mujer! —¿Cómo? ¡Usté quíe eso, Papa Dios? —Sí, Francisca, de lo contrario les mandaré siete años de ruina y se van a morí tuiticos!

Ante semejante amenaza, Francisca mandó a la hija mayor. Al día siguiente repitióse la cosa con la segunda. Pero al tercer día, caídas las mujeres en el engaño, Francisca fue bajo el árbol y le increpó a su marido: ¡Miren que tú eres bien sinvergüenza, Cico! ¡Permita Dios que ahorita mismo te güelvas puritico comején! Con la maldición, Cico transformóse *ipso facto* en tamaña comejenera.

9 Esta narración fue publicada en este Diario [El Nacional], bajo el título de «José Larito, negro que no quiso ser esclavo». [N. del A.]

Las formas de licantropía perviven de manera absurda entre cazadores, quienes hablan de feroces venados con gruesos morrillos y temible cornamenta, de báquiras y cerdos cimarrones de colmillos desproporcionados y ojos que echan fuego, sobre los que pesa una diabólica maldición de vivir convertidos en tales especies, por alguna travesura cometida cuando eran hombres. Estas narraciones constituyen el acervo de los «contadores de cuentos» a la luz del vivac en las correrías cinegéticas; casos que el hombre urbano toma como una curiosidad, pero que en boca del campesino adquieren relieves de veracidad absoluta.

He oído contar ocurrencias como esta: Una señora de la costa arriba de Río Grande (río Tuy), lloraba desconsoladamente la desaparición de un gallina muy ponedora, que, además, hablaba «como cualquier cristiano». ¿Es esto un fenómeno de la especie? No podría asegurarlo, aunque sí denota algo muy corriente en estas cuestiones, el antropomorfismo en las consejas de animales. El loro deja de ser así un repetidor de frases.

Respecto a las transformaciones de hombres en animales, es vulgar la creencia existente en lo más soterrado del espíritu del pueblo, al evitar bañarse en Viernes Santo; de las maldiciones de la madre o de la madrina, y de la piel velluda y el rostro deforme del recién nacido por haberse asustado la madre con algún animal peludo.

Estas transformaciones, virtud o magia de que disponen algunos privilegiados que la voz popular menciona atemorizada, no siempre se realizan en animales; en otras, el hombre que huye, merced a una oración infalible y secreta, se convierte en árbol; oportuno camuflaje en épocas de reclutas y fugas

de la cárcel, pero en lo que apreciamos un culto aflorado por la fitolatría.

Volviendo a los cuentos o casos de animales, entre nosotros se conservan algunos con gran porcentaje de sus características originarias. Tal el del «Pez Espada», en donde abundan elementos incluso lingüísticos que acusan su procedencia yoruba:

Con mi palanquillo, sirena, Unangolá

Con mi palanquillo, sirena, un pejespá.

En dialecto de origen –según opinión de «El Niño», documentador vernáculo de don Fernando Ortiz, a quien consultamos a su paso por Caracas– *Unangolá*, significa «príncipe poderoso». Esta letra del caso en cuestión, va con una melodía simple, de cinco notas naturales, la cual a decir de nuestro consultado, es igual sino parecida a una melodía de un canto negro de Cuba.

Merece un detenido estudio este aspecto cultural africano en nuestro país.

II. RELATOS

ALLÁ EN LAS CUMBRES

El mensajero dejó reposar los pies, no el corazón.

I

María Belén levantó la frente, inclinada sobre el pesado mogré que cubría sus piernas. Un negro fornido, de blanco casacón y calzones cortos, sonreía calladamente ante ella. Bajo sus botas de montar asomaban los pies, unos dedos gordos y abiertos. En sus manos gruesas sostenía un mandador y una chistera deslustrada.

—¡No José Juan! ¿Usted tan temprano?

La risa colmó su boca con bamboleo gangoso. Avanzó un paso y le entregó un sobre lacrado.

—Algo güeno será niña.

—¿Por qué esa molestia? —arguyó la muchacha—. Con enviar uno de sus peones bastaba...

—¿Quién sabe que pué sé, niña? Vine personalmente porque, según el cura, está dirigió a mi persona...

—Efectivamente. No José Juan.

Dejó la ropa sobre la canasta. Tomó una espátula de hueso de la consola y rasgó la nema. El papel amarillento crujió entre sus dedos. Mientras leía miraba él ansioso las expresiones de su bello rostro. En el rebelde azafrán de sus cabellos, florecía una roja trinitaria rondada por menudo aherrojo silvestre. A través del ancho ventanal, la clara luz del mediodía llenaba la habitación, mezclada a débiles soplos y silbos de pájaros hacenderos.

Ella habló simplemente:

—Mañana llegan don Fernán y su esposa.

—¿Don Fernán y doña Ulogia?

—Sí. Mandan que avise usted al padre Lucas y al encargado de las cuentas.

Nosotras nos ocuparemos de la casa.

No José Juan titubeó un poco. Cierta zozobra agitó sus párpados hinchados. Rascóse la rapada cabeza. Estiró entre el pulgar y el índice sus labios, produciendo al soltarlos, un chasquido de duda.

—Caramba, niña... Esta güelta del amo me encocora... ¡Ta malo eto! ¡Ta malo eto, niña!...

Casi a rastras los pies se dirigió a la puerta, encajada aquella negra chistera arrugada.

María Belén se estuvo inmóvil. Comprendía lo del mayordomo. El regreso del amo significaba el azote, el castigo bárbaro y cruel de muchos infelices. Volverían a oírse ayes desesperados en las noches y el aullido de perros de presa husmeando

las carnes de los fugitivos. Ño José Juan sabría entonces qué hacer con el mandador de cinco puntas: cruzar de costurones sanguinolentos las desnudas espaldas. Nuevamente resonaría su voz airada y tonante; todo, por complacer órdenes recibidas de su señor. Sin embargo, una vez lo encontró la vieja Damiana, limpiándose las lágrimas en la manga de su casacón.

¿Era el amo quién precisamente se complacía en esto?

Dejó escapar un suspiro y tomó asiento en el taburete de tijeras. Miró sus manos suaves, largas, la esmeralda que fulgía en uno de sus dedos. Allí estaban las ropas en la canasta. Vestiduras ya usadas por la señora. Cortaba aquí y allá para ajustarlas a su talle, desprendía encajes y adornos y aún así, por la sola calidad de las telas, llamaba la atención en las misas domingueras del pueblo. A su paso reptaba la calumnia, el odio de las esclavas; se encendían llamaradas de pasión en el pecho de los hombres, y la misma aura de rencor que emanaban los amos la envolvían a ella.

Jamás encontró una explicación a aquello. Vivía en la casona desde muy niña. El recuerdo se borraba en su memoria. Había recibido educación esmerada con la hermana del padre Lucas, fallecida hacía algunos años. Habitaba un cuarto espacioso del ala izquierda del edificio, con muebles y cortinas en ventanas y puertas. Ño José Juan tratábala con ejemplar respeto y la negra Damiana era casi su esclava, presta a servirla en sus menores gustos. Comía en la mesa con los señores. No le permitían el más pequeño trabajo doméstico, ese que hacían los siervos familiares a diario. No obstante, sentíase aún más desgraciada. Era una favorita de los amos, cuyo «favoritismo» no sabía a qué atribuir. Las sospechas malintencionadas de las gentes, se quebraban en su pecho agitado por todas las dudas.

—¿Quién sabe que pué sé, niña? Vine personalmente porque, según el cura, está dirigió a mi persona...

—Efectivamente. No José Juan.

Dejó la ropa sobre la canasta. Tomó una espátula de hueso de la consola y rasgó la nema. El papel amarillento crujió entre sus dedos. Mientras leía miraba él ansioso las expresiones de su bello rostro. En el rebelde azafrán de sus cabellos, florecía una roja trinitaria rondada por menudo aherrojo silvestre. A través del ancho ventanal, la clara luz del mediodía llenaba la habitación, mezclada a débiles soplos y silbos de pájaros hacenderos.

Ella habló simplemente:

—Mañana llegan don Fernán y su esposa.

—¿Don Fernán y doña Ulogia?

—Sí. Mandan que avise usted al padre Lucas y al encargado de las cuentas.

Nosotras nos ocuparemos de la casa.

No José Juan titubeó un poco. Cierta zozobra agitó sus párpados hinchados. Rascóse la rapada cabeza. Estiró entre el pulgar y el índice sus labios, produciendo al soltarlos, un chasquido de duda.

—Caramba, niña... Esta güelta del amo me encocora... ¡Ta malo eto! ¡Ta malo eto, niña!...

Casi a rastras los pies se dirigió a la puerta, encajada aquella negra chistera arrugada.

María Belén se estuvo inmóvil. Comprendía lo del mayordomo. El regreso del amo significaba el azote, el castigo bárbaro y cruel de muchos infelices. Volverían a oírse ayes desesperados en las noches y el aullido de perros de presa husmeando

las carnes de los fugitivos. Ño José Juan sabría entonces qué hacer con el mandador de cinco puntas: cruzar de costurones sanguinolentos las desnudas espaldas. Nuevamente resonaría su voz airada y tonante; todo, por complacer órdenes recibidas de su señor. Sin embargo, una vez lo encontró la vieja Damiana, limpiándose las lágrimas en la manga de su casacón.

¿Era el amo quién precisamente se complacía en esto?

Dejó escapar un suspiro y tomó asiento en el taburete de tijeras. Miró sus manos suaves, largas, la esmeralda que fulgía en uno de sus dedos. Allí estaban las ropas en la canasta. Vestiduras ya usadas por la señora. Cortaba aquí y allá para ajustarlas a su talle, desprendía encajes y adornos y aún así, por la sola calidad de las telas, llamaba la atención en las misas domingueras del pueblo. A su paso reptaba la calumnia, el odio de las esclavas; se encendían llamaradas de pasión en el pecho de los hombres, y la misma aura de rencor que emanaban los amos la envolvían a ella.

Jamás encontró una explicación a aquello. Vivía en la casona desde muy niña. El recuerdo se borraba en su memoria. Había recibido educación esmerada con la hermana del padre Lucas, fallecida hacía algunos años. Habitaba un cuarto espacioso del ala izquierda del edificio, con muebles y cortinas en ventanas y puertas. Ño José Juan tratábala con ejemplar respeto y la negra Damiana era casi su esclava, presta a servirla en sus menores gustos. Comía en la mesa con los señores. No le permitían el más pequeño trabajo doméstico, ese que hacían los siervos familiares a diario. No obstante, sentíase aún más desgraciada. Era una favorita de los amos, cuyo «favoritismo» no sabía a qué atribuir. Las sospechas malintencionadas de las gentes, se quebraban en su pecho agitado por todas las dudas.

Nunca don Fernán le dirigió un gracejo, ni su mirada contenía malicia en ese sentido. Muy poco la hablaba. Una vez su mano se posó en su hombro, con leve ternura, al despedirse. En sus ojos encontraba acaso una profunda tortura interna, mirada de mártir más que verdugo. Y le inspiraba lástima en su corazón, transformada en inmensa simpatía. Un cariño puro, cristalino, lleno de silencioso respeto.

¿Era él autor de aquellas órdenes despiadadas? Las sombras de la duda danzaban en su mente.

Una noche después de cenar, los amos encerráronse en su habitación. Recordaba muy bien cómo se alzó la aguda voz de doña Eulogia y dijo:

—«Mucho he aguantado Fernán..., incluso que tengas a “esa” como la tienes. Pero no puedo tolerar que por la “Bizca” se rían de mí!»

Don Fernán trató de calmarla, sin resultado. Doña Eulogia lloraba histéricamente. El amo salió al patio, llamó al mayordomo y a poco, los gritos de una pobre esclava taladraron la calma nocturna. La «Bizca», era Josefa la lavandera. La tarde que trajeron a su hijo achicharrado en la quema de una «roza», enloqueció de dolor y dio fuego a las ropas de los amos. En castigo, le aplicaron un chuzo encendido contra los senos.

Los sentimientos de doña Eulogia diferían entonces, con respecto a ella, de los de su marido; pero los disimulaba muy bien, sus continuos regalos desmentían el brillo altanero, despectivo de sus ojos. Su palabra amabilísima, vibraba con leve retintín metálico a sus oídos. Manifestábase excesivamente cuidadosa en evitarle tareas caseras que igualaran momentáneamente su condición a la de los demás siervos. Impuso a todos darle el trato de «niña». Dedicaba horas en enseñarle modales de

sociedad, que jamás tendría ocasión de practicar entre tantos seres desgraciados que la rodeaban. Sus atenciones iluminaban de agradecimiento el rostro de don Fernán. Mas, cuando iban al pueblo a visitar la familia del alcalde y personas principales, comprendía que solo era su acompañante, mucama distinguida de una distinguida dama.

Vacilaba su cabeza. Con lentitud se dirigió a la ventana. Las sombras de la noche caían densas sobre la vasta vegetación. Un grillo cantaba su romanza en las enredaderas del patio.

Abajo veía circular blancuzcas siluetas, oscilar luces rojizas y un murmullo sordo venía desde la ranchería de los esclavos. Hora de mezquina felicidad para ellos, acucillados alrededor del arroz, el pescado, los plátanos cocidos. Luego, encenderían el tabaco o chuparían un cachimbo para espantar la ronda de jejenes y puyones, la ronda de los malos presagios en regreso con la vuelta de los amos.

Un débil resplandor iluminó el cuarto. Bajo el marco de la puerta, la vieja Damiana sostenía en alto su farol, tratando de localizar a la muchacha.

—Niña, ¿dónde ta uté, niña?

Avanzó un poco.

—¡Gua, guá! ¿Poqué tan condilta, miamol? ¿No vaja a comé?

—No. Solo quiero una taza de leche.

La negra anciana alumbró el rostro de la muchacha, recorrió con sus apagados ojillos una a una sus líneas, se detuvo en aquellas pupilas claras, calmosas, sombreadas por rizosas pestañas. Refunfuñó un instante. Dio vuelta y se alejó.

María Belén encendió las bujías de la habitación. La vieja servidora entró de nuevo, y depositó en la consola la taza humeante.

—¿Algo te pasa, veldá mi niña?

—Siéntate, ma Damiana. —Le arrimó un butacón—. Cuéntame un «caso», de tantos que tú sabes...

—Pero... ¿no vaj a tomá el alimento?

—Deja eso ahí, y siéntate.

La esclava obedeció, tomando una postura humilde en el lujoso asiento de madera tallada. Su mano escuálida geografiada de venas, descendió hasta dejar con delicadeza el farol en el piso. María Belén tendió una alfombra, echóse a sus pies, cruzó los brazos y se apoyó en sus rodillas.

—Ma Damiana... ¿quién soy yo?

Los dedos sarmentosos de la negra recorrían sus trenzas hirsutas.

—¿Algo te pasa, veldá?

—Mucho, ma Damiana. ¡Mucho! —El llanto desató en su pecho aquel nudo de vacilaciones y angustias.

—¡Ay! María Belén. María Belén... —La voz cascada de la vieja, sonaba cariñosa, con inflexiones de intensa ternura—. ¿No era un «caso» que ibamoj a contá, puej?... Ten paciencia. Mañana vienen loj amo. Ya no vaj ta mi niña tan sólita...

—Tú me viste nacer, ma Damiana; sabes quiénes fueron mis padres, y por qué estoy en esta casa... ¡Pero no quieres decirme!

—¡Ay! María Belén, María Belén...

—¡Es todo lo que me dices siempre!

La anciana suspiró.

—E una historia mu lalga, mija... Algún día le contaré.

—¿Me lo juras?

—¡Po ejta mima crúj, mujel!... Ahora vamoj a contóle el «caso» ma bonito, pa que mi niña se duelma.

Sus sollozos se calmaron. La luz coloreó dos lágrimas en

el rugoso rostro de Damiana, que apresuradamente borró con el puño de su cota.

—Voy a contóle el «caso» de «Cuelpo sin Alma».

Su voz se encendió en el espíritu de antiguos narradores, perdida en remotas remembranzas del paisaje originario:

—Había una vej...

II

Al amanecer, el tañido de la campana voló sobre la cuenca del valle. Los gritos estentóreos de Ño José Juan dominaban la algarabía de los esclavos. A lo lejos latigueaba el ladrido de los canes y percutía, dulzarrona, la voz del cuerno.

—Alguien se fugó anoche —exclamó María Belén incorporándose en su lecho—. ¡La Virgen lo ampare!

Pero enemigo del esclavo era el esclavo. Capturar un prófugo, quería decir alcanzar la libertad; los amos declaraban libre al apresador o al denunciante pagándole encima, en reluciente oro, el valor en que había sido comprado.

María Belén tenía fe en la Virgen, y así el fugitivo lograría burlar la cobarde codicia de sus perseguidores, hasta ocultarse en la montaña donde moja la danta su pesado cuerpo en el ojo de agua azulenca y solo se oye el canto de la guaca. Allá, en los «cumbres», la remota región boscosa, humeaban ya otros ranchos y los hombres vivían agradecidos de la nueva tierra...

—¡La Virgen los ayude! —Tenía fe en ella. Sus amargas cuitas iba a depositarlas en su altar, con el ramo de flores de costumbre. Vistióse y bajó al patio. Docenas de ojos brillaron de odio. Ño José Juan sacudía el mandador contra las lajas, daba órdenes, yendo aquí y allá desacompasadamente; metíase a los

oscuros ranchos, relumbrosos los pómulos abotagados. A la puerta de uno medio derruido, vociferó:

—¡Uté también! ¡Salga como pueda! ¡Alíniase aquí!

Una sombra con figura humanoide, se arrastró de dentro del trabuco. Un cráneo seco y largo, unas cuencas que parecían vacías en un negro rostro demacrado; los brazos en funciones de piernas, pues estas yacían encogidas, muertas; un busto esqueletoso sobre el extremo de una paralela de huesos, repantando penosamente hacia el patio.

—¡Dios mío!

—¡No se asuste, mi niña! —Ma Damiana estaba junto a ella, con la taza de café. Instintivamente se pegó a sus faldas.

—¡Uuuuhm, muchacha! —exclamó la vieja—. Déso jace mucho tiempo! Era uté una migajita cuando Bonifacio se ju yó... Lo cazaron llegando a los «cumbes». Sus güesos no aguantaron el cepo, a según poj tá mu jojotico tua vía.

El café le supo amargo. Cortó en las enredaderas un ramo de trinitarias y subió a su habitación por la andaluza. Poco después, se dirigió al pueblo.

El sol de la mañana calentaba las piedras enmohecidas de la estirada calle, hilerada de chatas casuchas, blancos polluelos prontos a cobijarse bajo las alas de la iglesia, imponente con su torre cenicienta levantada contra el fondo azulado de la montaña. Varias aguadoras cruzaban las esquinas con sus rojas botijas. A la izquierda del templo, amarilleaba una fachada de tres ventanas y mirador. Vivían allí el alcalde y su familia. Entró por el abierto portón de la nave mayor y fue a posternarse ante la Virgen empotrada en una exedra del muro. Dijo su oración y sus peticiones. Quitó las marchitas flores del jarrón y en su lugar dejó aquel enrojecido y fresco manojo. Disponíase a

salir, cuando entró el padre Lucas, voluminoso, rozagante en su bata parroquial.

—¡Hijita, temprano vienes! ¿Ya te vuelves?

—Sabe usted, padre, que hoy llegan don Fernán y doña Eulogia.

—¡Hala! ¡Hala! Estoy ya enterado. Tan pronto diga misa, me tendrás por allá. Que sea un buen desayuno, ¿eh? —En los verdes ojos del cura hubo un guiño.

Sintióse inmutada. Tanto se había aproximado el gordo sacerdote, que sentía el calor de su rostro sobre el suyo. Tuvo la impresión de que sus pupilas miraban todo su cuerpo...

—Bendición, padre Lucas —gritó la voz del chiquillo. A esta sumáronse otras:

—¡La bendición, padrino!

Cinco o seis pequeños, llegados en parvada prendíanse a la sotana del párroco. Eran niños pardos, con el pelo greñado u ondulado. Grande resultaba el parecido entre ellos, más que nada por sus ojos verdosos idénticos.

Una oleada de rubor le subió a la cara. Un impulso de asco, odio y miedo la hizo salir sin despedirse.

Los trabajadores estaban en el patio. Algunos espatarrados en el suelo, otros jugando a los bolos, descortezando cañutos de caña, o simplemente conversando en baja voz. Las mujeres agrupábanse a la sombra de los mamoneros y jobos. La gruesa efigie del mayordomo le salió al paso:

—¡Qué broma, niña! Me faltan cuatro: el indino que juyó y loj trej que fueron a sanguiálo... A lo mejó, taban de acueldo!

—No es suya la culpa, Ño José Juan.

—Asinao lo comprendo, niña. Pero loj amo siempre tienen razón.

—Le hablaré a Don Fernán.

—¿Pa qué esa molestia, mi niña?... A lo mejó, cualquié día yo también pue que dé una opultunidá a ejto perro para conseguí la libeltá! Los fofos párpados del mayordomo se levantaron y su mirada cabrilleó siniestramente.

III

Don Fernán de Bruguera, llegó muy mal de salud. Cuando María Belén le ayudaba a salir de la litera, percibió sus ojos hundidos, aunque siempre claros, mirándola con cariño y con lástima. Su voz sonaba quebrajosa, ronca. En cambio, doña Eulogia parecía más joven y hermosa. Su belleza resaltaba al par que su locuacidad.

—Tontuelo —decía a su marido. Ya te pasará todo.

Le acariciaba la descuidada y castaña barba, aupándolo con resentido afecto:

—Es que eres muy pusilánime, Fernán. Con nada te afliges.

Como de costumbre, trajo algunas cosas a María Belén; un abanico nuevo, un cesto de labores usado.

—Te noto más delgaducha, muchacha. Tienes una cintura adorable...

—Gracias, doña Eulogia —y le hizo una reverencia, muestra de los modales que le enseñara.

—¿Qué aqueja a don Fernán señora?

—¡Pst! Le dicen que está enfermo del corazón. Los tales médicos son unos embusteros. Recomendaron un clima caliente y, aquí estamos. Ojalá pasen pronto esas niñerías a Fernán...

El amo reposaba en su muelle lecho, rodeado de frascos y pomos de medicina. María Belén hizo días las noches para atenderle. A ratos asomaba la señora su rostro y le llamaba mimosa, recomendándole tranquilidad.

El padre Lucas, llegaba en su mula apenas anocheecía, conversaba al enfermo y se iba luego a tertuliar con la esposa en el comedor. Damiana les traía torta, bizcochos, chocolate. Antes de marcharse, entraba nuevamente en puntillas, miraba a don Fernán amodorrado en sopor continuo y se despedía en la puerta del cuarto, tomándole las manos a doña Eulogia.

No podía ocultar un sentimiento de repugnancia hacia él. Oíale asentar su gordo trasero en el butacón, acariciarse la papada floja con sus manos sedosas y velludas, y presentía aquellos ojos verdosos clavándose en su cuerpo. Una noche creyó sentir el roce de su barba glabra en la mejilla. Lanzó un pequeño grito y se estrujó ese lado cual si tuviese una mancha. Don Fernán abrió los ojos, asombrado. Había sido una horrible pesadilla. La voz llena del sacerdote, resonaba en aquellos momentos en el comedor.

—¿Qué tienes, hijita? —Murmuró el enfermo. Aquel «hijita», hizo espumar el vaso de sus penas, de sus encontrados pensamientos. Inclino la cabeza y dejó rodar libres, las lágrimas.

—¿Lloras, María Belén? ¿Por qué? —arguyó él, tratando de incorporarse. No le dejó ella hacerlo. Ahuecó las almohadas, subióle las sábanas, con delicadeza enjugó su rostro enflaquecido.

¡Está usted sudando, don Fernán!

—Es que se acerca la pelona, muchacha.

—Al contrario. Me han dicho que cuando un enfermo suda se aproxima la salud.

—Son tus buenos deseos...

Vertió una cucharada de un líquido en el vaso, dióle a beber y comenzó a darle aire con su abanico nuevo. Poco después, dormía reposadamente. El sueño iluminaba su faz con suave bonhomía, esa tierna dulcedumbre que flota sobre el rostro

de un santo. Tentada estuvo de hundir sus dedos en los lacios gongorochos de su barba color de miel, mas, la voz del cura venía desde el salón y la dejó en suspenso.

—Lo que pierde no son los palabras, sino la intención de la mente. Puede pecarse de hecho, sin premeditación, y el alma será salva. No nos condenan nuestras acciones, sino los pensamientos. ¡Ay de aquellos corroídos en los vicios de la calumnia!... El domingo será este mi tema, ¿le parece bien, doña Eulogia?

Cubrióse los oídos fuertemente. En el fondo de su corazón, suplicó: —¡Dios mío! ¡Ilumina mi conciencia! ¿Sería todo un mal pensamiento? Si he pecado, ¡perdóname!

IV

Don Fernán de Bruguera, sintióse una mañana sin el peso que oprimía su pecho, libre de los mareos y el sopor que le hacían yacer en los lindes de la muerte. Volvía a disfrutar de lucidez, con acopio de renovadas energías y amor a la vida.

Empolvado, en punta la bruñida barba, perfumado el pelo de aceites y muy ajustado el jubón bajó de sus habitaciones con firme y descansado paso. Doña Eulogia regresaba del baño en la linfa glauca del río, olorosa a benjuí y a rosa, entre los vuelos de su bata blanca. Dos esclavas adolescentes, cargaban el cesto de los menesteres. Quedóse inmóvil, mirando a su marido descender con seguridad la escalera, sonriente, como en sus mejores días de noviazgo. Fueron uno y otro al encuentro, al efusivo abrazo salpicado con besos un poco teatrales de doña Eulogia.

María Belén los halló tomando el desayuno, muy juntos, bajo el techado de palmas del pabellón. Sin hacer ruido,

descorrió las cortinas que sujetó en el alzapuños. Solo entonces notaron ellos su presencia. El fresco mañanero entraba desde el paisaje verdeante tras las rojas enredaderas.

—¡Oh! —dijo él, mirándola con alegría.

—¡Niña! —remarcó la señora. Se te pegaron las sábanas.

Iba a contestar, pero intervino el amo:

—¡Pobrecilla! Ha sido un mártir conmigo. Ya era tiempo de dormir un poco, ¿verdad?

No supo qué decir. Miró los faralaos de su pollera azul y los colores encendieron su aceitunado tez. Los amos rieron de su encogimiento. Dio vuelta, el ruedo recogido y corrió hasta las trinitarias. Reía también, con risa suelta y feliz. Oía las animadas carcajadas de ellos. Sentía la risa cascabelear entre las hojas, en el cielo límpido, en la fina garganta de los pájaros. Y se iluminaron las tinieblas de su alma. Con ágil salto, desgajó un preñado ramillete de flores.

—¿Qué hacéis, alma de Dios?, gritóle el amo.

—¡Son para la Virgen! —respondió, sin dejar de reír. Plena de alegría, acercóse a los dos.

—¿Es posible que vayas sin desayunar al pueblo? —inquirió doña Eulogia—. Además el padre no ha de tardar. Ofreció venir en la mañana. Encontrarías cerrada la iglesia.

Un trote de bestia los hizo mirar hacia los corredores. La sonora voz del doctrinero escuchóse ordenar a una esclava avisáse su presencia. Don Fernán se puso en pie para recibirle.

—¡Hala! ¡Hala! —gritó aquél, abrazándole. Veo que estáis resucitado!

Reparó en los restos de comida:

—¡Hombre! ¿Cómo es posible? Si habéis devorado un pollo entero? Y veo un pernil de cerdo bastante rebanado...

—Más dos vasos de leche —agregó la esposa con irónica gracia. Y celebraron el buen humor del visitante que arrellanóse en la butaca con holgado ademán. Sus ojos recorrían, plácidos, el cimbreante cuerpo de María Belén a través de cuyas faldas un vivo rayo de sol modelaba las sombras de sus piernas. Ella, sin notarlo, caminaba indiferente, con su carmíneo manojó que la Virgen ya no habría de recibir.

Una seca tosecilla de doña Eulogia hizo tomar al cura una actitud inocente y recatada.

La aparente mejoría del amo, resultó solo un sueño. Una madrugada comenzó a quejarse. Acudieron todos a su lecho y halláronle moribundo. En medio de su agonía, ante el silencioso llanto de las mujeres, sus labios se entreabieron y murmuraron, tartajosamente:

—Ma... María... Belén...

Y expiró.

Temblorosa, la mano de la muchacha le acercó una vela, mientras doña Eulogia, desmelenaba su cabeza, presa de dolor histérico.

V

Todo había cambiado desde la muerte del señor de Bruguera. Doña Eulogia consideró que una mesa común bastaba en la habitación de la muchacha, y retiró la consola. Su carácter autoritario se agriaba día por día. A la consola, siguieron las cortinas, la cama de caoba, substituida por un catre vulgar. Apenas la señora le dirigía la palabra. No pasaba

noche sin que atormentasen a un esclavo; y las fugas se hicieron más frecuentes. El padre ofreció remediar el asunto, en la próxima arribada de negreros contrabandistas. Una mañana sorprendieron a la «Bizca» tratando de dar fuego a uno de los ranchos. La azotaron, dejándola atada al poste. María Belén intercedió en su favor:

—¿Cómo te atreves? —gritóle doña Eulogia. ¡Tú, que no tienes quien intervenga por ti! ¿Qué derechos haces valer para ello? ¡No eres más que una esclava! Tu puesto está allá...

Corrió a los brazos de Damiana. Desde entonces, cobijóse en el mísero tugurio de la vieja y; ahora, tiznada y haraposa sin aquellos lujosos ropones de desecho, era igual a todas, aún a la misma infeliz que purgaba a la intemperie un delito irresponsable.

Una tarde, llevaba la jarra de refresco a la señora y al cura, único y asiduo visitante de la casa. Sorprendióse al mirar las enredaderas cortadas de cuajo. Las lozanas plantas esparcían su sangre florecida sobre el patio. El lujoso recipiente deslizóse de sus manos rompiéndose en mil pedazos. El estrépito atrajo la presencia de la viuda.

—¡Insolente! —gritó, desbocada su incontrolable cólera. Llamó al mayordomo y la señaló con el dedo.

—¡Azótela! —dijo.

Ño José Juan, dudó un poco. Avanzó con pausa y tomóla de un brazo. Se dejó llevar sin resistencia. Parecía ingrávida, una ligera mancha en la media luz vespéral. Hicieron alto tras los muros de mampostería. El negro levantó el látigo. Ella inclinó la espalda... Pero el golpe terrible no llegó. Sintió el grueso resuello del mayordomo cuando exclamaba con voz insegura:

—Niña... Pegále a uté, sería como golpiá mi alma...

Y se alejó cabizbajo, puesta aquella chistera como una prolongación de su cráneo, a la espesura de la hacienda.

VI

La noche es hermana del esclavo.

A veces su enemiga. Si aúllan los perros y se meten en los mismos huesos aquellos lúgubres lamentos de la «Bizca», atada bajo el relente.

—Ma Damiana —dijo María Belén entre sollozos. Tú, que me viste nacer, dime: ¿acaso tuve yo una madre? ¿Quiénes fueron ellos? ¿Me trajeron ellos aquí? Mi padre... mi madre... Dime, por favor.

Con la inamovilidad de un menhir, pegada a la pared la vieja servidora guardó silencio. Su sombra bailaba a impulsos de la rojiza lumbre. Luego, habló:

—Ya no los tienes, María Belén.

Nuevo silencio se hizo.

—Entonces, yo soy como un cuerpo sin alma... —dijo la muchacha, con voz de angustia que ya no espera nada. La anciana barruntó:

—Lo negó semo doj bece desgraciao... Removió en el pulgar la mortecina brasa del cabo. María Belén, echada entre los trapos de su lecho, levantó los ojos sin lágrimas hacia ella, que terminó en tono exorcismo:

—Po sej negos... y no tené un doló distinto al de lo blanco.

Dicho esto, apagó el candil y se estiró en su camastro.

—Ma Damiana —inquirió la muchacha desde su oscuro rincón. ¿Quedan lejos los «cumbes»?

—¡Ay, mijo! Eso ta lejo, ¡mu lejo!... Pa viví allá, se necesita corazón y mucha voluntó. Los angustiosos quejidos de la loca, penetraron las tapias del cuartucho. La vieja suspiró profundamente:

—¡Hacia allá ta la libeltá!

Se agrandó un instante el punto rojo de su tabaco en arabesco que osciló hasta el piso, y desapareció con ligero ruido. Movió el cuerpo, y a poco, su respiración se hizo acompasada.

María Belén salió al patio. Caminó, sigilosamente pegada al bahareque de los ranchos, deslizándose sobre las recalentadas lajas sin dejar de mirar atrás. Sus pies descalzos tocaron el desnudo suelo, próxima ya a negra masa de árboles que circula la posesión. De pronto se detuvo. El lastimoso llanto de la «Bizca» llegaba a sus oídos como salido de la tierra. En el cielo diáfano desprendióse la dorada brasa de una estrella, prolongándose en el espacio infinito con su lumínica raya deletérea. Palpitó su corazón vivamente. Una misteriosa fuerza la atraía hacia la loca y, con cautela, se acercó al botalón. El cuerpo de la mujer estaba desgonzado. La cuerda cruzaba bajo sus sobacos y sus pies. Movía los brazos en el vacío como leños secos. Deshizo los nudos con furia, rompiéndose las encías y los dedos. Tiró las ligaduras y atrajo a la infeliz que cedió dócilmente. A ratos emitía una aguda risita, obligándola a callar tapándole los labios a la fuerza.

Entraron en la cocina.

Un débil fuego vagaba entre las topias. Ató trapos a una caña, que humedeció en aceite y los encendió. La llama ardía perezosamente, alumbrándole los rostros. Empujó a la «Bizca» al pabellón. Arriba, tras las ventanas iluminadas de la casona, oíanse las risas alegres del cura y doña Eulogia. Desafiaban así las murmuraciones de sus siervos.

La idiota arrebató de sus manos la improvisada tea. Sus crenchas zarzaparrillosas parecían incendiadas en fuego del infierno. Sus ojos estrábicos fulguraban como cuajarones de sangre.

La dejó sola.

Echó a andar, resuelta sin volver la cabeza.

Atropellaba los pasos al sentir armarse en la hojarasca la venenosa interrogación de las serpientes. El rumor de las aguas, la orientó en dirección de los cerros.

Desde la oculta montaña, por sobre la cañabrava y los casupales del río, el afligido grito de la guacoa, la gélida quejumbre de las perezas y soisolas, parecían exclamar:

—¡Ay! María Belén, ¡María Belén!

El grillo agreste, bajo las costras de los árboles; la fatua luz de los cocuyos escribiendo su nombre en la densa pizarra de la noche querían decirle:

—¡Ay! María Belén, ¡María Belén!

Su corazón, también suplicaba, ¡detente!

—¡No! ¡Allá está la libertad!

Y corrió hasta perder las fuerzas.

Medio desmayada, miró clarear las sombras. Era un reflejo anaranjado, danzante, aquelarresco. Sus plantas rotas, no tropezaban más los troncos carcomidos ni los bejucos erizados de espinas rasgaban la desnudez de sus carnes. El terreno elevado, se alejaba de los bajumbales encharcados, pútridos y resecos. La claridad iluminaba la planicie cubierta de rala hierba. Hizo alto. Alucinó sus ojos, contemplar allá, al fondo del valle, una intensa

lumbrarada retorciéndose, gigantesca con sus extraordinarias lenguas flamígeras, amarillosas, sanguinolentas.

Ascendía hasta ella, un sordo rumor de voces...

Y las rosas dentadas de los perros, y el zumbido dulzarrón del cuerno, emitían en las plantaciones sus aullidos, sus clangores, maldiciéndola y llamándola...

La roja floración de llamas era una nueva enredadera tendida al estrellado cielo.

Entonces se arrodilló y dijo su oración más pura.

UN MARIDO COMPRADO POR SU PESO EN ORO

Corrían los días del 1784. La floreciente villa de San José de Curiepe, amanecía a uno de los más trascendentales momentos de su vida social. Situada en un valle ubérrimo, rodeada por los verdes y elevados festones de grandes árboles que ponían límite a las ricas haciendas cacaoteras, se levantaban las recias casas de mampostería y ladrillo donde llevaban vida reposada y holgona acomodados señores con sus familias y numerosos esclavos. La topografía del poblado no podía ser más pintoresca y de acusados rasgos solariegos. Las calles estiradas y empedradas, con aceras de pesadas baldosas oscuras, formadas por residencias aisladas, en medio de árboles frutales. Cada manzana constituían cuatro espaciosas casonas que ocupaban las esquinas. Entre ellas se destacaban la hermosa residencia del conde de Méndez, en el lugar hoy denominado el cerro de Méndez. Después la de don Agustín Monserrate; las de don Juan de Anderson, don Fernando de la Madrid, el capitán de Milicias, Mendoza, las familias Longa, López, Bruguera, Escobar. Alrededor de cincuenta recias casonas, con aleros volados y palomares que alegraban con sus arrullos y vuelos el callado ambiente de la villa. Circundando el pueblo se agrupaban casitas con techado de paja donde habitaban las familias de los trabajadores de las haciendas. De aquellas casas quedan aún intactas las de don Fernando de la Madrid y don Agustín Monserrate, construidas con rojos ladrillos en la calle

denominada Caracas. También la de don Juan de Anderson, de gruesos pilares y bastante deteriorada, en la calle de la iglesia. Hasta diez años atrás se conservaron los muros de la residencia del capitán Juan de Mendoza, en la esquina mencionada con el nombre de «Jacobo Franco», casa de dos pisos habitada después por el señor López en el 1876. Así mismo las ruinas de la casa del conde de Méndez, las de la familia Bruguera, y hoy día las ruinas de una misión de padres jesuitas, convertida después en almacén de la Guipuzcoana, y más tarde en iglesia por el recordado padre Jiménez. Continuemos el relato.

Era un día plácido del 1784. Como siempre –y era costumbre de todos los domingos– don Juan de Anderson se envolvió en una amplia bata de seda y se hizo llevar en parihuela por sus esclavos de confianza al río. En el «paso» denominado desde esa época «La Fragua» –por estar allí cerca una casa de herraje propiedad de un canario casado con una mulata– depositaron los servidores del señor de Anderson su pesada carga y este hundió su voluminosa figura en las cristalinas aguas. Terminado el baño volvió a la casa, caló los ajustados pantalones de terciopelo, su casaca azul, calzando relucientes zapatillas con hebillas metálicas. Cubrióse con la peluca y empuñando los guantes y el bastón con viroles de plata, se dirigió a la casona de don Fernando. El quitasol se lo llevaba el esclavo Francisco. Pisando con la majestad de una persona de distinción, inclinaba ligeramente la cabeza, sonriente su rostro empolvado al saludar a las hermosas señoras y conocidos que encontraba a su paso.

La casa de don Fernando de la Madrid, era el *rendez vous* de aquella pequeña sociedad colonial. Allí estaban esperándole los hermanos de la Madrid, Fernando, José y doña Petra, junto al señor Bruguera, el capitán Mendoza y varias damas distinguidas.

Iban y venían esclavas jóvenes con bandejas y licores. Frasqueras de mistela y vino dulce para las señoras. Buen ron de Jamaica y vino viejo de polvorientos «cuarentones» que guardaba celosamente don Fernando en el sótano, para los caballeros. Las damas tertuliaban, cargadas de joyas, envueltas en crujientes ropas, mientras las agraciadas morenas las abanicaban dulcemente con un donaire que atraía furtivas miradas de los hombres intrincados en un ruidoso «tute». El moblaje de la casa era de una sencilla sobriedad. Pesados butacones de caoba, con el escudo de la familia en el espaldar. Mesas de gruesas y labradas patas. Estantes, consolas oscuras con tenebrarios de bronce, donde blanqueaban velones fundidos por la industria doméstica de marquetas de cera traídas de la Península. Una pesada araña de cristales que tintineaban imperceptiblemente movidos por la brisa del mediodía. El piso pulido, de listoncillos de madera. Las paredes casi desnudas, albeantes de cal, lucían algunos cuadros al óleo. El ostensible humo de los cigarros, sobre todo el de don Juan de Anderson que era empedernido fumador, llenaba el salón y se colaba hasta el corredor donde las señoras parlaban y reían con esa frivolidad y largueza en que las féminas se caracterizan. Ahora todas se habían agrupado en redor de María de la Luz, una esclavita pizpireta que narraba un cuentecillo escabroso de esos que hacían moda en la época. Como siempre, salía a danzar la reina de España en el asunto, y el desparpajo de María de la Luz —mulata linda e inteligente— acicateaba la atención de sus oyentes interesadas en la manera de salir la Soberana de aquella supuesta intriga amorosa. Por la ancha puerta del salón, don Pepe de la Madrid y el capitán Mendoza, ambos jóvenes solteros, miraban insistentemente el grupo de mujeres, con el no velado temor de que se refirieran a algún desaliño de sus propias personas.

El capitán de Milicias alisaba sus ropas a menudo, reparando hasta el brillo impecable de sus espuelas de montar. Pero no era precisamente este temor lo que le hacía volver a menudo el rostro aguzado, donde su fino bigotillo negro apuntaba como tenacitas de alacrán. Eran los ojos de aquella mulata. María de la Luz se destacaba como una rosa morena entre rosas blancas. Los senos apenas esbozados y erectos. El busto erguido. Los flancos, así sentada como estaba, marcaban una redondez maravillosa. Su piel tersa, su pelo hirsuto, tirando a azafrán. Todo su cuerpo triunfante entre el sencillo traje de volados, en medio de las señoras, le atraía como un imán. Perdía mano tras mano en las cartas, cuestión que atribuía al sabroso licor jamaquino en que era fuerte, como buen militar.

En esto se desenvolvía la tertulia, mientras llegaba la hora del almuerzo, cuando tocaron tres veces el aldabón de la calle.

—¡Alabados sean por siempre los Reyes y Vuestras Mercedes!

Las damas se pusieron en pie y contestaron con una reverencia. Doña Petra avanzó al dintel en que plantado estaba el conde Méndez, sombrero al pecho y en actitud gentil. Mas doña Petra —un poco campechana y por ser el visitante, como se dice, de la casa— púsole una mano en el hombro y lo atrajo hacia el grupo de mujeres. El rostro del conde transparentaba una emoción tremenda. Respiraba con angustia comprimida al dar la mano a cada una de las damas. Hablaba rápido, sin poner atención. Simples palabras protocolares. Doña Petra, regocijándose por dentro, pues sabía que cuando el conde se movía de su casona era que la noticia valía la pena, rodó ella misma un pesado butacón y pronto le rodearon llenas de ansiedad. Don Juan de Anderson y el señor Bruguera se habían acercado, pero el conde con su pequeña estatura, estaba materialmente bloqueado entre

polleras y abanicos. Sin embargo, la noticia era de tal magnitud que pronto los demás presentes fueron partícipes de ella. Para el efecto tuvo el señor de Méndez que levantarse, ya más reposado, aunque rojo como un pavo casero, y decir lo siguiente:

—Acaban de desembarcar en canoa bajo toldo, ¿qué les parece? ¡Se salieron con la suya!

—¡Cómo!, rugió don Juan de Anderson; ¿Domingo Moscoso y Manuel Parceró?

—Exactamente, remarcó el de Méndez. Añadiendo con voz meliflua y diabólica: por esas calles de Dios los he tropezado ahora mismo, vistiendo casaca, fina peluca, de guantes y paraguas aragones...

Don Fernando estiró el cuello, sintiéndose ahogado entre los encajes de su camisa. El capitán Mendoza palpó nerviosamente la empuñadura del sable. Mas, don Juan de Anderson, con toda la fuerza de su corpachón, gritó:

—¡Un par de negros con guantes y pelucas!... ¡Con guantes y pelucas!... ¡Adonde vamos a parar!

María de la Luz a todas estas se mantuvo entre el grupo de esclavas con la mirada baja. Su pecho era un volcán de sentimientos encontrados. Uno de aquellos negros, Manuel Parceró, era hermano de su madre. Que vistiera todos aquellos objetos de uso exclusivo de los blancos distinguidos, era cosa que no entendía. El deseo de dejar traslucir su alegría se le cortaba en el fondo de su alma ante el temor de cargar sobre sí el odio de los amos, aquellos blancos orgullosos de su piel y sus costumbres. En su ensimismamiento no se dio cuenta que estaba sola. Todos se habían agrupado en el ancho portalón de la calle para ver pasar los negros vestidos de señores. Cuando oyó lanzar una gruesa palabrota al señor de Anderson:

—¡Me c... en mi abuela! Pero si traen bastón...

—¡Con virolas de plata, mi señor de Anderson!, terció el de Méndez malignamente.

El grueso hacendado en el colmo del desatino, se arrancó la peluca y tomó su costoso bastón de dorada puntera, lo apoyó contra su gorda rodilla, partiéndolo como una caña. Bastón y peluca rodaron por el suelo. Sumisamente María de la Luz los retiró de allí. Sin embargo, los comentarios se calmaron. Un silencio muy significativo hubo entre los exaltados contertulios. Una dama dio un chillido más que dijo:

—Vienen para acá... Vienen para acá... ¡Qué horror!

Como aventados por un brisote cuaresmal se precipitaron al interior. Las damas compusieron sus facciones y alisaron sus trajes al tomar los asientos abandonados. Los hombres fueron al salón y se mantuvieron de pie, en atenta espera. Tres golpes de aldabón hicieron brincar como un resorte a doña Petra. Volvió a arrellanarse y ordenó a un viejo esclavo con voz no muy segura, que atendiera a la puerta. Era un viejo «luango» y cojo, sin familia, apenas con el afecto de María de la Luz. Era de los que habían venido en la sentina de los barcos, y la mano del negrero y del esclavócrata se había cebado en su cuerpo. Por eso tenía aquella cojera que lo hacía casi inútil.

Pronto estuvieron los dos morenos frente a las damas. Afuera se escuchaba el murmullo de las gentes del pueblo, agrupadas a la entrada de la casona. Pulcramente vestidos, a la usanza de las personas de calidad de aquel siglo, estaban los visitantes. Domingo Moscoso era un tipo atlético, entre su casaca verde y sus pantalones de un color más oscuro. Manuel Parceró, de cuerpo fino y elegante, daba la impresión de que el traje y aquellos adminículos de etiqueta se habían hecho para él. El capitán y el

conde, acercándose al grupo de mujeres, diéronse cuenta de la gallarda apostura y el cortés lenguaje que empleaban los recién llegados, cosa desusada en aquel ambiente de españoles de segundo orden, no muy veteranos en cuestiones sociales. Sin ofrecerles asiento. Parceró manifestó llanamente lo que les traía allí. Por autorización real venían a tomar posesión de unas tierras, como libres que eran. Moscoso y Parceró originalmente eran de los esclavos del rey. Ambos trabajaron en posesiones de la Corona en Barlovento, situadas cerca de Tacarigua de Mamporal. En las horas libres que tenían, cultivaron las tierras que hoy reclamaban, con el fruto de las cuales habían comprado su libertad; pero al obtenerla, se suscitó el pleito con las autoridades del lugar –allí presentes– quienes les pusieron reparos para usufructuar en paz sus posesiones levantadas a fuerza de sudor y trabajo. El señor Teniente Justicia Mayor, capitán Mendoza, como el señor Oidor de la Corona en el Cantón de San José de Curiepe, don Fernando de la Madrid, se opusieron cerradamente a reconocerles sus derechos, hasta no tener directa autorización de la Corte. En medio de la burla y el escarnio de que fueron objeto al manifestar que irían hasta España con el pleito, una noche de 1780, lograron que unos contrabandistas los trasladaran a la isla de Curazao, donde se vieron en peligro de perder la libertad que tan cara les costaba. Mostraron a las autoridades los oficios que les daban calidad de libres, e impidieron que los piratas los vendieran. En dicha isla trabajaron durante seis meses, reuniendo lo suficiente a costa de penurias, para pagar el pasaje hasta la Península, viajando en la bodega de un buque. En España no solamente habían logrado lo que buscaban, sino que también estudiaron y aprendieron oficios en el puerto de Cádiz. Ahora estaban allí ante don Fernando y el capitán, nuevamente. Don

Juan de Anderson, a regañadientes, dejóse ver con su voluminosa panza. Era el más resentido con aquellas larguezas del rey, pues codiciaba las tierras de los morenos y hacía un año había introducido una petición a tal objeto.

—¿Qué autorización carga usted, Parceró!, exclamó don Fernando, y omitió el «don» adrede.

Sin decir nada Parceró sacó un pliego que don Fernando se apresuró a desenrollar. Los ojos de los circunstantes se clavaron en el sello lacrado que campeaba en el encabezamiento del documento. Allí estaba la corona real marcada al fuego. Era una Real Orden, con el número 177, donde hablaba del pago del pasaje de «dos morenos nombrados don Manuel Parceró y don Domingo Moscoso», en el Puerto de Cádiz para embarcar en el bergantín *La Sacra Familia*; ordenando mantenerlos en la posesión de las tierras que les hubiesen dado en la villa de Curiepe. Estaba fechado en San Ildefonso el 19 de agosto de 1784. Abajo un aval de puño y letra del rey.

Todos se miraron las caras, en silencio. Había una atmósfera tensa en medio de ellos. Don Fernando enrojecía y por dos veces más leyó el documento. El capitán Mendoza dio un paso marcialmente y tendió una mano a Parceró, luego a Moscoso. El conde de Méndez hizo lo mismo, no así don Fernando que parecía aferrado al papel que le quemaba las manos. Las señoras se mantenían en un hito en sus asientos, especialmente doña Petra que parecía derrumbada en su butacón. El Oidor se aclaró el pecho y exclamó como ausente:

—Luego..., son ustedes personas de...

—Personas de calidad, sí señor, le interrumpió Moscoso.

Parceró pasó el incidente por alto y continuó:

—Ahora que están ustedes en cuenta de todo esto, vine aquí también para comprar la libertad de mi sobrina María de la Luz...

Doña Petra abrió desmesuradamente los ojos, llena de angustia. Pero aquel agregó:

—Deseo, si ustedes me lo permiten, que ahora mismo se tramite lo necesario para hacerla efectiva. Aquí traigo el dinero, en oro de vellón...

Doña Petra apenas vio la bolsa de terciopelo en la mano de Parceró, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué me hago yo ahora!... ¡Llevarse a María de la Luz es condenarme a muerte!... ¡Yo no me valgo sin ella! ¡Dios mío!

—Señora..., mi proposición está autorizada por la Ley...

—Sí, lo sé, lo sé. Pero usted no comprende. Ella es casi una hija mía... Es la que me viste, me peina, me baña. Conoce mis achaques, sabe mis gustos, en fin, sin ella me quedaría sin mi propia sombra... ¡Oh! Me muero...

La antes erguida dama se desgonzó en un soponcio. Se agitaron abanicos, corrieron esclavas en busca de cepillo y palanganas de agua. María de la Luz, desatada en lágrimas, trajo un frasco de sales y se las daba a oler. Don Fernando ordenó llevarla a sus habitaciones, cosa que hicieron las servidoras inmediatamente. Invitó entonces a Parceró y a Moscoso a pasar al salón. Poco después fue llamada la mulata, que dio su consentimiento, rogándole al tío libertara también al viejo esclavo. Cuando los morenos visitantes de aquel medio día de noviembre abandonaron la casa de los Madrid, la mesa bien servida resultó escena de uno de los almuerzos más silenciosos y pesados en aquella sociedad colonial.

Del suceso que hizo eco en toda la Provincia de Caracas, hubo de transcurrir apenas un año, para dar paso a otro no menos sonado que hubo de suscitar una revuelta jurídica por disensos matrimoniales. Era que se cumplía inexorablemente la fusión racial en Venezuela. Las trabas legales servían más bien para que arreciara la unión sexual entre blancos, indios y negros, según pudo apreciarlo Depons. La mezcla triétnica era una marea en ascenso incoercible, y al principio no mediaron muchos reparos en los resultados que poco después habrían de exacerbar los prejuicios, el problema que en su fondo ha sido y es solo cuestión de clases, se subsanaba con diferentes leyes elaboradas *ad hoc*, previamente calificándose la condición social de los cónyuges. Se cumplía así el destino de este pueblo de América futurista.

Estamos pues, en el año de 1785. Don Domingo Moscoso y don Manuel Parceró, metieron el hombro a sus posesiones. Les fue fácil conseguir créditos suficientes, como validos de la Corona que eran y en el corto espacio de un año contaban como poderosos terratenientes, pues a la natural inteligencia con que los había dotado la Naturaleza para los negocios, se agregó la gran alza del precio de los frutos para entonces. Las haciendas estaban ubicadas a corto trecho de Tacarigua de Mamporal. Compraron la libertad de numerosos esclavos, enganchándoles luego como trabajadores a jornal. Les mostraban el vivo ejemplo de lo que puede el ansia de superación, estimulándolos a libertarse también económicamente. Poco a poco se formó un caserío, en el cual se levantaron dos grandes casas. En una habitaba Moscoso con su familia y en la otra Parceró, que mantenía relaciones amorosas con una española vecina de posesión. Parceró montaba de tarde

en su mula y hacía visitas reglamentarias a la dama, la cual tenía un hermano renuente, mortificado por la íntima amistad de su hermana con un negro. Pero a ella no le preocupaba mucho la disidencia de tal. Gustaba en verdad de Parceró en quien notaba cualidades de nobleza, hombría de bien y honradez a toda prueba. Más todavía cuando él les ayudó en una precaria situación económica que atravesaron, salvándolos de hipotecar la hacienda. Pero el mayor orgullo de Parceró, residía en su sobrina María de la Luz. A veces la llevaba a casa de su novia, trajeada de vaporosas ropas blancas, montada en una yegua del mismo color. María de la Luz era un encanto de mujer. Ahora sonreía con cierto mohín y mostraba movimientos desenvueltos. Sentíase dueña de sí misma. Su tío la cargaba de joyas y gustos. Cuando iban a las fiestas patronales del Cantón, asombraba los ojos golosos de los blancos, pero ella se amurallaba tras su abanico y oía detenidamente los paternales consejos del viejo cojo y «luango» que ella libertara. Sobre todo, no le pasaba desapercibido el interés que mostraba por ella el capitán Mendoza. Pero guardaba un gran recato, mezcla de duda, de miedo y timidez.

Fue un acicate para el militar el mirar aquella delicada flor morena vistiendo tan primorosamente, que dejaba opacas a las de su propia raza. Su timidez natural, su gracia, esa especie de languidez sensual al caminar sobre las baldosas, resultaron estímulos decisivos para poner sitio a la plaza. Pero María de la Luz no se rendía. A tanto llegaron los intentos amatorios del capitán, que don Manuel Parceró dejó de llevar a su sobrina a las fiestas. Acostumbrado a derribar las más altas fortalezas, a Mendoza parecióle un desaire sangriento el rechazar sus pretensiones de aquel modo, mucho menos tratándose de una mulata..., hasta ayer no más esclava de doña Petra. Al efecto, juró vengarse robándola

de la casa del tío para hacerla su concubina, condición a que de todas maneras la tenía sentenciada desde un principio. La cosa llegó a oídos de Parceró, quien previendo lo que podía resultar, cercó su casa con fuerte empalizada. Hizo montar guardia a algunos hombres de su confianza, armados hasta los dientes. Envío un expreso con la queja a la Capitanía General y esperó los acontecimientos con resuelto ánimo. Mientras tanto, Mendoza tramaba la forma de apoderarse de aquel tesoro codiciado. Ya había elegido cierta noche de junio, cuando más fuertes repicaran los tambores de San Juan y los negros estuviesen más bebidos, sobretudo los de Parceró, para llevar a cabo su idea. Estudió al detalle la construcción de la casa, las entradas secretas de la empalizada y cuántos hombres la custodiaban. Y le sería fácil hacerles llevar un «cuarentón» de vino, y luego suscitar una tremolina en el baile de tambor con sujetos pagados, para atraer la atención de los guardianes y llevar a feliz término su empresa.

En esta espera se hallaba, cuando llegó un comisionado de la capital de la Provincia. Fue citado Parceró. Se hicieron averiguaciones, se llamaron testigos y, Mendoza que creyó un éxito su aventura, tuvo que confesar su culpa y retractarse cumplidamente ante aquel moreno que le ganó en inteligencia.

Mas, el destino juega a veces distinto a como aparenta. En el pecho de María de la Luz se había prendido la brasa del amor por aquel audaz y altivo peninsular. Ahora, de todos modos era vigilada y se creía más esclavizada que antes. Su tío mostraba en ese punto una rigidez firme. No quería ver a su sobrina rebajada, de concubina de un blanco. Pronto se dio cuenta del estrago que hacía el militar en el corazón de la muchacha. La puso en confesión y ella manifestó entre lágrimas el profundo afecto que sentía por aquel hombre. Ante esta declaración rotunda y terminante,

Parcero se sumió en honda meditación. Pensó que si llegaba a un entendimiento con Mendoza, este por el mismo orgullo del hombre herido en sus sentimientos, le recibiría despectivamente. Lo que acabaría de matar a su sobrina. Además, se rebajaría. Antes que nada estaba su orgullo, el de su propia raza... Siguió pensando. De pronto, una idea luminosa le vino al cerebro.

—¿Y si le ofrezco dinero?... es decir ¿si lo compro con oro?

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Había bastante oro en una arcón como para empedrar una calle.

—Sí. Tenía bastante oro para comprar el necio orgullo de aquel español... Necesitaba salvar a su sobrina, consumida por un amor correspondido tal vez de diverso modo...

Sin detenerse más en este punto, cogió papel y pluma y escribió la más original proposición que pueda existir en los anales de la colonia. En ella se expresaba en términos corteses al capitán, y hacía diversas consideraciones alrededor del caso. Continuaba con un velado sondeo de los sentimientos de aquél hacia su estimada sobrina y, concretamente, como dirigiéndose a un tercero en discordia, manifestaba que «estaba dispuesto a pagar *lo que pesara en oro* un esposo para María de la Luz, siempre, naturalmente, que le fuesen conocidas sus condiciones de ser persona de calidad».

Seis días después venía la contestación a sus manos. Decía el capitán que, en realidad sus sentimientos para su sobrina habían sido firmes y constantes, como «bien nacido que era», y por ello llenos de nobleza. Sin aceptar la proposición que le hacía —por considerarle injuriosa a su honor— pedía respetuosamente permiso para visitarla, adelantándole que ante testigos juraría casarse a breve plazo.

Parcero, sin dejar traslucir nada de todo esto a la muchacha, se acarició durante largo rato el mentón. Luego rió con sorna de aquello que consideraba una hipócrita argucia del capitán, hábil en disfrazar la fuerte sed de oro que envenena a los peninsulares. Y resuelto a llevar el asunto hasta el final, preparó viaje a San José de Curiepe, con dos mulas cargadas de oro, en compañía de cinco hombres de absoluta fidelidad.

En la casa descrita al comienzo de este relato, que formaba la esquina de «Jacobo Franco», en una báscula española fue pesado el capitán de Milicias, el cual acusó «seis arrobas corridas», que les fueron entregadas en oro amonedado y reluciente. Un mes después se realizaba el enlace con todo rumbo.

El regalo de bodas del capitán Mendoza consistió en el oro con que le habían pesado, esta vez enfundado en saquitos de seda con los monogramas de los cónyuges. La historia ha guardado sus palabras, al dirigirse a don Manuel Parcero, del brazo de su prometida:

—Mi amor por María de la Luz, vale más que eso. ¡Todo el oro que usted tiene, don Manuel, no alcanza para comprarlo!

El ingenioso ardid de aquel abuelo venezolano, salvó de la manera más excéntrica el prejuicio racial.

Donde habitaron Parcero y la joven pareja desposada —quienes han dejado numerosa descendencia— es hoy el sitio denominado «Mendoza», en Barlovento, apellido de aquel español altivo que aportó su sangre a la morenez pujante de la nacionalidad.

JOSÉ LARITO: NEGRO QUE NO QUISO SER ESCLAVO

Uno de los tantos pleitos por *redhibitoria* –término jurídico que se refiere a anulación de venta al comprador por haber ocultado el vendedor algún vicio grave de la cosa vendida– pleitos corrientes en los días coloniales, tuvo lugar a mediados del año de 1778 en un pueblo de Barlovento, después que don Julio Chuao, mestizo rico de la zona, leía aquel documento de venta en una de cuyas cláusulas estipulaba su otorgante lo siguiente: «... y le vende la predicha hacienda por precio y cantidad de diez mil pesos de a ocho reales cada uno de plata acuñada y corriente, junto con *catorce* esclavos de su servicio nombrados Timoteo, Manuela, Estefana, Domingo, Jacinta, Remigio, Isidro, Rosa María, Gregorio, *José Hilario*, Pablo, Lope, Sinforoso y Clara, cuya cantidad ha recibido *a toda su satisfacción* del comprador de lo que le otorga bastando recibo en forma y carta de pago»...

Allí estaban los esclavos en el patio de la hacienda. Solo había contado trece, una y otra vez. El llamado José Hilario, a quien familiarmente apellidaban José Larito, no aparecía. Don Julio, con el pliego en la mano gordinflona descansada sobre el abdomen abultado, se acercó a la hilera de servidores y les preguntó por turno sus nombres respectivos que marcaba con la uña del pulgar en el papel. Nada. No le engañaban ni su vista ni su fría lucidez mental. Volvióse vivamente al escribano, sujeto flaco de nariz ganchuda y tez de blancura amarillenta, enfundado en verdoso traje bastante arruinado por el uso. El

escribano levantó el apéndice nasal como el pico de un loro y sin dejar hablar al indignado comprador, exclamó con su voz constipada:

—Vuelvo a decir a su merced, que don Vicente Monserrate no es capaz de engañarle...

—¡Entonces!, vociferó don Julio.

—Sencillamente, arguyó el escribano en esfuerzo por parecer amable; vayamos casa de don Vicente para aclarar este punto... ¡Sí hombre! Se ahorra usted ese engorro de la redhibición.

Las erres vibraron en los peludos oídos del señor Chuao, con una cruel alegoría de dientes descuidados y enormes.

Don Vicente Monserrate era un tozudo catalán llegado hacía años a la villa de Curiepe, portador de una cédula que firmara para él en San Lorenzo del Real, su majestad el rey. Luego de tomar posesión de las tierras descritas en dicho título, se dedicó a fundarlas con arboledas de cacao, merced al trabajo de numerosos esclavos conocedores del cultivo. Aun cuando en dicha cédula se hablaba de sus muchos merecimientos en empresas de la Real Corona, había bastante que decir en la vida de este rico terrateniente, quien como blanco de calidad gozaba de los privilegios usufructuados por su clase, tales como concesiones de gracia del derecho de mesadas, prelacías, dignidades, prebendas y beneficios, que le hacían grato a los ojos de los Factores de la Compañía Guipuzcoana, celosos e implacables en el espionaje contra el «delito de extranjería» (contrabando). Sin embargo —y aquí uno de los muchos capítulos de su vida aventurera— no pudo eludir su comparecencia ante los mismos Factores de la Real Compañía, el día veinte y dos de agosto de

1738, por su amistad y negocio con Sam, el negrero francés, por haber este traído dos negros, esclavo uno y el otro libre, que fueron confiscados de acuerdo con el Contrato del Real Asiento. El francés sufrió pena de cárcel y pérdida además de la mercancía cargada legalmente en las bodegas de su barco. Don Vicente salió ileso del lance y los negros remitidos, el esclavo a los trabajos de fortificación de La Guaira y el libre a los de Puerto Cabello. Pero el tozudo catalán no se amilanaba por tan poco, en tratándose de negocios. Lo esencial estaba en hacer dinero en la forma que fuese, no obstante guardar la cuidada apariencia de dignidad a que su rango lo hacía acreedor. Valíase para ello de terceros: jueces venales y escribanos vergonzantes. Los mismos Tenientes Justicias Mayores de los pueblos de la región, precursores de los jefes civiles criollos, cedían a su influencia.

Se tumbaba el sol tras la línea oscura de las haciendas, cuando el trote de dos bestias rompió el apacible ambiente del pueblo. Los cascos golpeaban la empedrada calle y algunos vecinos asomados a las puertas de sus casas contestaron el saludo de don Julio Chuao, seguido del escribano, jinetes en briosas mulas. Poco después, frente a la casa de don Vicente Monserrate desmontaron, trabajosamente el señor Chuao, mientras su acompañante se apresuraba a tenerle las riendas de la bestia. Pasados al interior, un viejo esclavo les hizo tomar asiento en lustrosos butacones. El de Monserrate no se hizo esperar. Fornido, ya entrado en los sesenta, que asomaban a su pelo plateado y en las tupidas cejas grises, sin aflojar el grueso tabaco de su boca distendida en un amago de sonrisa,

se adelantó en echar sus peludos brazos de gigante a los hombros de don Julio. Instintivamente el flaco escribano llevóse las manos al cuello. Presentía aquellas manazas del catalán cerrándose en la garganta del rico mestizo y en la de él mismo. Monserrate hablaba por cuatro. Tipo pletórico, colorado como un pimentón, siempre con la camisa arrollada para lucir sus brazos al desnudo en constante protesta por el calor de la zona. En su no santa conciencia el escribano odiaba aquel potente brazo derecho de Monserrate; suave en garrapatear ágilmente su nombre al pie de un documento falsario y brutal hasta el ensañamiento para cruzar con el látigo maldito las indefensas espaldas de sus trabajadores. Ahora recordaba el escribano aquella demanda «carpeteada» cobardemente por el juez, intentada por los morenos libres Simón y José María contra el tal, acusándole de malos tratos y prisión con cepo. Dentro de sí sentía, en esta tarde bonachona, la alegría de ver consternada la imperturbable tranquilidad de Monserrate, con sentimiento de sórdida revancha; pero también la angustia de no poder hacer nada, de ser un instrumento servil en manos de aquel hombre, poco menos que un esclavo como aquellos negros, hasta la abyección.

Don Julio había entrado en materia, documento en mano:

—No me explico Vicente... Hay un error en esto...

—Ninguno, mi señor Chuao, barbotó llano y cordialote el catalán; José Hilario, es mi esclavo, donde quiera que vaya... Tienes propiedad legal sobre él...

—Pero bien, ¿dónde está?

—Oye una cosa, amigo mío: este José Hilario, es un tipejo muy curioso. Cuando lo adquirí me dije: ¡Magnífico!... (¡Había que ver su estampa! ¡Qué lámina tiene el condenado!... Pues

bien. Pasó el tiempo, llegó la fiesta de San Juan Bautista y quedé asombrado de la vuelta dada por mi esclavo. Se destacó un bebedor insaciable, cantador de coplas, bailarín consumado... ¡Bah! ¡Qué diablura de baile el del tambor! Desde entonces se mostró pesado en el trabajo. Mucho le aguanté, sí señor. ¿Qué más podía hacer?... Pues ¡Sacristi!, empuñé el rebenque y le di...

Monsserrate acompañó sus palabras con un violento ademán del brazo, el puño cerrado. Los ojos del escribano miraron aquella amenaza hercúlea prensada de músculos, grueso y peludo resorte de maldad. Y en los talludos pabellones de sus orejas, retozaba con helado eco aquel amenazante ¡Sacristi!, de los negreros piratas como Sam, el francés...

—Después de todo eso, continuó Monsserrate, serenándose a duras penas; el miserable huyó... No obstante, todos los años, viene a los bailes de San Juan, trabaja unos días en la hacienda y regresa al monte. ¡Qué le vamos a hacer! Es su capricho... Para mí tengo, padece de esa locura que le da a los negros. Ya volverá definitivamente, no tengas dudas. Es seguro.

El escribano reprimió la risa. El catalán mentía con descaro. En realidad, por causa del negro fugitivo, el número de trabajadores de la hacienda Monsserrate había venido reduciéndose. Con él huían cada año uno o dos hombres.

El señor Chuao había seguido con interés el relato, las manos entrelazadas sobre el abdomen y la cabeza baja. Resollaba grueso. Pensó un instante. La avasallante personalidad del catalán influía en él. No obstante, reaccionó:

—Es interesante lo que me dices, Vicente; pero no puedo aceptar un negocio en tal forma... Lo siento.

Monserate se puso en pie, bruscamente. Dirigió sus verdosos ojos en los que caían las cejas enmarañadas, hacia los brillantes y llenos de fiebre del escribano, interrogándole con tono bajo, silbante:

—Usted, que conoce las leyes, ¿es o no una venta efectuada en debida forma?... ¡Conteste!

El pobre hombre titubeó visiblemente. Sus labios resecos temblaban:

—Es... es una venta efectuada en debida forma, repitió débilmente.

—Entonces, Julio Chuao, ¡haga usted lo que le plazca!

Dicho, dio la espalda y entró a sus habitaciones. El aludido guardó silencio. Tomó su panamá y abandonó aquella casa, especie de antro donde se respiraba podredumbre y perfidia. Sin tomar en cuenta la ruina humana del escribano, en quien hacía muchos años, el último rastro de dignidad había desaparecido, se dirigió directamente a los tribunales, para rescindir la compra.

Apenas pudo conseguir, luego de largos meses en alegatos y fuertes desembolsos de dinero, que Monserate indemnizara el valor del esclavo fugitivo.

Mienten descaradamente quienes escriben, dicen y pregonan que el negro es servil e indolente. Que carece de conciencia de raza y solo sirve para obedecer bajo el látigo del esclavócrata. Mienten descaradamente, quienes niegan el gesto de dignidad, el sentido del honor y la concepción de grandes empresas sociales o ideológicas en el negro. Mienten, una vez más, en forma descarada e ignorantista, quienes sustentan la teoría del conformismo y la inadaptación del negro a la civilización occidental con todas sus complejidades. Llenos están los anales de la historia, de hechos en los cuales se evidencia todo

lo contrario. No vamos a dar el gusto a los escépticos y tratar de hacer una pesada revisión cronológica. Por ahora nos basta, para la finalidad de este trabajo, con decir que en nuestro país, mucho antes del Negro Primero y después del Rey Miguel, en las Causas de Infidencia entre el siglo XVI hasta comienzos del XVIII, figuran los nombres de más de diez mil negros, mulatos, zambos e indios, revelados no solo contra la esclavocracia criolla, sino también, inspirados en la luz de igualdad, fraternidad y libertad irradiada desde Francia, respondieron altiva y dignamente con conciencia organizada y revolucionaria. En 1789, el 24 de diciembre, el rey alertaba a sus gobernadores respecto al manifiesto sedicioso cuyo autor era monsieur Cotein, en París, recomendando «sacudir el yugo de la dominación española». El rey insistía en que se valieran para tal fin de «los Obispos y Prelados eclesiásticos».

José Larito, era un negro de elevada estatura, musculoso y de facciones finas. Aún hablan de él los más cercanos descendientes de los abuelos de color, con admiración y respeto.

Fue traído a la fuerza de la Costa de Oro, en una de las sangrientas batidas del negrero francés Sam. Esposado y esquelético le dejaron tirado en la playa «del Carenero de Curiepe». Había declarado la huelga de hambre, pero una brisa enemiga y negrera decretó el pronto arribo del barco. No pudo quitarse la vida por propia mano, como lo hizo un viejo de Zorea, de casta de príncipes, encajándose un pedazo de lata en la garganta. Sin un gemido cayó el negro sobre los tablones de la sentina, mientras la sangre corría tibia bajo los pies de los otros forzados. José Larito miró el lento serpentear de la sangre roja, y fascinado,

mojó la palma de su mano en ella. Allí se secó, hasta ir cayendo en duros cascaroncillos. Pero ya el sacrificio del viejo zoreano había penetrado hasta su corazón. Por eso, deseó morir y al mismo tiempo sobrevivir a todo aquello. No intentó quitarse la vida por propia mano. Era, además, muy joven.

A pesar del ruin estado físico en que le dejaron sobre la arena, Vicente Monserrate con ojo veterano, le revisó detenidamente. Vió la dentadura perfecta, levantóle los párpados para constatar si tenía «colorado el ojo», signo de guapeza y vigor para trabajos fuertes; la amplitud de las manos y el tórax, en armonía con la estrechez de la cintura. Monserrate quedó conforme y le compró. Nunca se olvidó del grimoso tintinear de la plata acuñada en el bolso del francés, tipo grueso, pelirrojo, con una cicatriz en la barbilla rasurada. Nunca se olvidó, porque sintió correr las lágrimas por sus mejillas hasta el hombro desnudo.

Después, los trabajos en la fundación de la hacienda.

En la tumba del cacao le sucedía muchas veces. Quedarse mirando la tierra húmeda, en silencio, aislado de la gritería y los cantos de los compañeros. Encajaba el machete contra una raíz y se veía la mano.

—La sangre del viejo era tibia, tibia...

Luego empuñaba nuevamente el machete y seguía abriendo las pesadas nueces. La almendra dulce y nacarina llenaba los canastos que venían a llevarse las recogedoras.

Anisabel llegó limpiándose los ojos con la tela del rodillo. José estaba de espaldas, donde el sol daba de menos por un claro de los bucares rojos. Se volvió al sentirla llorar. Anisabel era una india clara, virgen aún, en quien se cebaba la vista de sátiro de Monserrate.

—¿Qué te pasa?

—¡Él!..., contestó ella, simplemente.

Él; él otra vez. Él, siempre... Ahora la había fueiteado. Nunca quiso Anisabel entrar al cuarto del amo. Los ojos de José, se inyectaron en sangre. La agarró por los hombros y le dijo:

—Ven...

Se perdieron en la penumbra de los árboles.

Cuando Simón y José María —los esclavos más viejos de la hacienda— pudieron pagar su «carta de libertad», gracias al producto que les daban sus pequeñas vegas de plátano, cultivadas los domingos y días de guardar, José pensó también en hacer lo mismo. Pero luego que Simón y José María volvieron a la hacienda a trabajar con su salario, como peones de Monserrate y fueron tratados igual a los demás esclavos, hasta darles continuamente de vergajazos en el poste de la secadura, José comprendió que el destino de ellos tenían que labrárselo de otro modo: ¡la fuga!

Esto se le vino en un baile de tambor. De la alegría se emborrachó hasta quedar tirado en una hondonada, sin miedo a las serpientes, olvidado de todo. Cuando despertó, el sol estaba bien alto. Ya habrían encerrado al santo y los esclavos vuelto a las arboledas. Sintió miedo, un poco de miedo, de intentar solo, contra la montaña desconocida y la poderosa venganza de los blancos, la huida sin más equipaje que el calzón, sin más armas que sus brazos. Comenzó a dar pasos hacia la casa de la hacienda. De pronto se detuvo. Si regresaba le caerían a golpes por faltar al trabajo. Mas ahora que Anisabel...

No quería ser, en ninguna forma, lo que Simón y José María, cuando después de la paliza resultaron la diversión del pueblo

con una demanda llevada ante unos jueces de la misma clase del amo... Pero Anisabel estaba aún en la hacienda y... pronto tendría un zambito.

Así estuvo en merodeo por los alrededores, hasta que la noche lo empujó hacia el caney de las mujeres. Se deslizó con sus pies desnudos, sorteando los ovillos oscuros de los perros dormidos en el patio y tocó a Anisabel en un hombro. Le habló al oído y juntos, cogidos de las manos, se hundieron en la sombra de aquella noche liberadora.

Arriba, un lucero fue testigo solitario y azulenco.

Vicente Monserrate no podía explicarse cómo el negro burló al liviano sueño, el finísimo olfato de sus perros de presa. Tenía aquello algo de misterio, de magia desconocida. Armó a unos tantos hombres de su confianza, azuzó a sus canes y rastrearon durante varios días recovecos, hondonadas y cerros inútilmente. De José y Anisabel nada se supo entonces.

Fue al año siguiente, en plena noche de San Juan, cuando retumbaba el tambor mina en la plaza del pueblo y era más intenso el baile, que de pronto en medio de los cantos, resonó la clara voz de José Larito. Nadie supo de dónde venía. Su canto contenía coplas sediciosas, contra la brutalidad de los amos. Cantaba el dolor del esclavo. Pedía al Guaricongo piedad para todos. Y en los pechos de los hombres y en el alma de las mujeres se encendía una llamarada viva. Muchos lloraban de impotencia. Otros maldijeron en alta voz el nombre de algunos hacendados. Vino la milicia y se produjo la desbandada. Al día siguiente faltaron varios esclavos en los caneyes. Los peninsulares indignados, se pusieron al frente de la guardia de la villa y salieron en persecución de los negros. Pocos cayeron apresados. Los demás huyeron con José Larito.

Como si tuviera el don de la ubicuidad, el año siguiente apareció en Tacarigua de Mamporal, en Caucagua, en Panaquire, y escapaba siempre con trabajadores de las haciendas barloventañas.

En 1794, según consta en el Boletín del Archivo General de la Nación, número XVI, página 45, una Real Provisión dirigida al Teniente Justicia Mayor de los valles de Caucagua, ordenaba «aprehender los negros esclavos y libres cimarrones», fechada en Caracas el día 18 de junio de ese año. Folio 334. Es decir, se tomaba una medida anticipada a los días 23, 24 y 25 de ese mes, propicios a la fuga organizada y también a manifestaciones de venganza, como quema de las haciendas y hasta la muerte de los amos.

El caso de José Larito, contiene tal vez algo de leyenda en los fenómenos de licantropía que se le atribuyen. Cuentan que entraba a los pueblos sin que los guardias le vieran. Y al descubrirlo por el timbre claro de su canto y la intención de sus coplas, desaparecía misteriosamente. Creían se transformaba en animales o insectos. Hormiga, pez, araguato, gavilán, comején y hasta en árbol. La imaginación popular le suponía «poderes». A más de sus oraciones y amuletos, se cuenta que la sangre del viejo zoreano suicidado en la sentina del barco negrero, le transmitió una poderosa facultad de magia, contra la que no pudieron las zarpas de la esclavocracia.

La roja sangre del viejo africano, penetrado había hasta el corazón de un hombre que no quiso ser esclavo, con el tibio aliento del sacrificio y la libertad.

HEREQUE¹⁰

*Hasta ahora el pan estaba maldito. ¡Aquellos frutos manchados
por el hereque, blanco y endurecido como la fría cal
con que rellenan las urnas de los muertos!...*

I

Un sino fatal se cumplió sobre los pueblos. Rebaños de hombres, de mujeres, de niños, abandonaban sus hogares, salían locamente a la aventura, impulsados por la necesidad de ganar el pan nuestro de cada día.

Sobre aquel pueblo de calles solitarias, sobre la tierra desnuda y reseca, soplaba una brisa cálida que producía malestar, escalofrío de fiebre, de inconformidad. Los ojos brillaban con el reflejo de los pantanos hociqueados por cerdos alzados; los puños se crispaban tratando inútilmente de apresar una cosa imposible; las líneas de los rostros terrosos alargábanse con agonía sin esperanza. De los pechos escapaban hondos suspiros, sordas imprecaciones de seres que lo han perdido todo.

El sol brillaba por encima de los techos envejecidos, de los sembrados en ruinas; y parecía que desde lo más profundo

10 «Hereque» obtuvo el Premio Tamanaco en el tercer concurso de cuentos nacionales organizado por el semanario Fantoques. Publicado en Fantoques, el viernes 7 de mayo de 1943. [N. del E.]

de la tierra, brotaba la podredumbre maldita que deshacía las raíces de los conucos.

Solo los cacahuales habían resistido aquel malestar de la tierra. Sus rojas mazorcas se apretujaban, ricas en savia, como enormes gemas de acabada orfebrería. Pero tan rico presente de la Naturaleza, permanecía intacto en los árboles, cuya vergüenza se les miraba en las hojas caídas, igual que las orejas de los perros fieles a quienes desprecian los amos.

Nunca la mano del hombre estuvo ociosa. No se olvidaron los hierros de la labranza en cualquier rincón por premeditada negligencia; ni el canasto ni la vara dejaron de sentir la presión ruda de las manos callosas, porque aquellas manos apuñaran ahora los vasitos colmados de aguardiente; ni la tierra se cubría de tupidos rastros, porque los músculos descansaran flojamente ahora sobre cualquier banco, en un quicio carcomido, a lo largo en los crujientes catres. Era la podredumbre de la tierra que avanzaba, filtrándose hasta los huesos de los hombres.

La podredumbre maldita podría hasta el aire...

El cacao no valía ya nada. Cuatro años de verano habían reducido las energías de los hombres, gastadas en diez, en veinte siembras consecutivas y en otras tantas esperadas cosechas que no llegaban nunca. Solo el cacao florecía y cargaba a orillas del río. El único fruto ofrecía su pujante cosecha a los hombres de Pueblo Viejo, y su exuberancia, que desafiaba la ruina del tiempo, era despreciada por ellos: producía dolorosa amargura en el pecho de los hombres; era como la risa de la muerte burlándose de la inútil esperanza de los hombres. Y los hombres la odiaban.

II

Día domingo.

Las calles de Pueblo Viejo, desiguales y llenas siempre de una soledad triste, mostraban un poco de animación. Hacía un día claro y alegre, en contraste con aquella sombría expectación que contraía el rostro de los habitantes.

Bajo un copudo mamón de la plaza, conversaban tres hombres.

—Mire, José del Saú; yo no creo en esas cosas... Pero bien, el padre cura se ha empeñado, y hay algo de convicción, de una profunda verdad en su conciencia. Se lo he leído en los ojos...

El interpelado, un negro pequeño, robusto, metido en su blusa dominguera bien planchada y olorosa a cedro del baúl, hizo una mueca para reír y dejó vislumbrar fugazmente la blancura de sus dientes. Luego adoptó una grave seriedad para mirar con sus ojos grandes y zarcos —ojos extraños en un negro—, la cara del que hablaba, larguirucha, sonriente y de piel clara, en la que se movían unos bigotes canosos y donde abultadas cejas apenas dejaban paso a unos ojillos curiosos e indagadores.

—La rogativa que sacará el cura, no tiene ninguna relación con los fenómenos físicos... Ustedes no entienden eso, pero así les hablo a mis escolares. En ustedes y en ellos existe aún esa clase de fe que mueve las piedras...

—Bueno, maistro —interrumpió el tercer oyente—; na se pierde con probá.

—Así es, compae Tota —confirmó José del Saú, mordiéndose la punta de un tabaco que luego prendió con dos largas chupadas, y, a través del humo azulado, vio encogerse entre sus enjutos hombros al maestro, volver la espalda con aquel típico ademán que siempre tenía para manifestar su contrariedad y

luego, perderse su delgada silueta en la primera esquina, donde lucía el rojo letrero la pulpería del isleño don Roque.

José del Saú lo miró partir y ni siquiera escuchó los comentarios de Tota, que lanzando una gruesa carcajada, exclamaba:

—¡Loco e perinola, ja, ja, ja!

Allí lucía aquel letrero rojo que decía: «La Bonanza»... Tras de un sucio mostrador y aquellas armaduras apiladas de litros empolvados y potes salpicados de moscas, acechaba la gruesa humanidad del isleño, en espera de una oportunidad para explotar las energías de los hombres... Y su hija Violante, allá adentro, que nada sabía del papelón, ni de negocios de haciendas a trueque... Violante, la hija de aquel isleño burdo... ¿Y quién era él, para poner sus ojos en ella?... ¡Si al menos lloviera como antes!... ¡Ah! La rogativa del cura. «Eso traerá lluvias», comentaba la señora Bernarda, la beata, que decían conversaba con un santo renegrido y viejísimo que tenía en un rincón de su cuarto... —Cuando vuelva a llover, haré una buena siembra de maíz y mi conuco me dará muchas cosechas de plátano. ¡El plátano vale mucho ahora! Y tendré dinero, bastante dinero para lograr que Violante... No.

«La rogativa que sacará el cura, no tiene ninguna relación con los fenómenos físicos». ¡Maldita sea!

La pesada mano de Tota sobre un hombro, lo zarandeó: —Bueno, compae, como le venía diciendo... ¿Nos vamos pa el tarantín del Tuerto, o no?

Silencio del otro. Desde lejos llegaban los toques de las desportilladas campanas de la iglesia, llamando a la rogativa.

—¡La p...!, compae Saú; ya me voy a zampá e cabeza casa 'el Tuerto. Mire el mujerío y la cantidá 'e pazguatos que suben a rezá...

—Vaya usted solo, compae Tota. Yo no me quedo.

Tota lo miró con extrañeza. Hizo un gesto con las manos y echó a andar. Unos pasos más allá sonó su risotada nuevamente.

—¡Catequisao 'e bola! De aquí a que termine esa vaina es mucha la caña que yo e rajao. ¡Ja, ja, ja!...

Los ojos de José del Saú, no se apartaban de aquellas puertas oscuras, de aquel letrero rojo que ya no leía, sino que le gritaba en los oídos: ¡La Bonanza!... ¡La Bonanza!...

Una puerta se cerró. Luego otra, y la tercera quedó entornada. Su mirada se clavó allí. En el aire había un revuelto alarido de campanas, un confuso murmullo de risas, de palabras, de trajes almidonados que pasaban rumbeando hacia el templo. De pronto sus ojos se iluminarón... ¡Violante! Alta, blanca, delicada, acababa de salir por la entornada puerta, cubierta su negra cabellera por la mantilla andaluza blanca, haciendo resonar sobre las lajas de la acera sus menudos pasos, bajo el azul traje de seda costosa. Detrás, la gruesa figura del isleño, vestido de negro, luciendo su bastón de dorada empuñadura en la mano gorda taraceada de piedras brillantes, encasquetada aquella empolvada camarita que hacía juego con sus mostachos abundosos y negros. El isleño y su hija... ¡Hijo de perra! A buen seguro que no pedirás que llueva... «El padre cura se ha empeñado, y hay algo de convicción, de una profunda verdad...». «Se lo he leído en los ojos...», «Na se pierde con probá», había dicho Tota, y sin embargo, fue a rascarse al tarantín... ¿Y si lloviera? Al menos era el deseo de todos. ¿Qué importaba entonces el mal deseo de uno solo, de un isleño hipócrita ante el deseo de un pueblo?... Sí existe un Dios... Pero el maestro había dicho... ¡A la porra con el loco del maestro de escuela!

III

Eran cálidos los días de noviembre.

El corazón de los habitantes comenzó a alentarse con aquellos turbios nubarrones que cruzaban el cielo. Y el cielo desgajó su bendición sobre los campos que volvieron a sentir el roce de los linieros y el golpe fecundante de la chícura.

Vinieron ligeros días de sol y la siembra quedó retoñando, arrullada por brisas augurales. La brisa traía su olor a pan y a flores, a comodidad y olvido de tantas necesidades.

José del Saú halló a Tota en el tarantín.

—¿Qué tal, compae Tota? ¿Cómo va el negocio, Tuerto? —El ojo solitario del tarantinero, rojizo y maligno, le hizo un guiño.

—Pura catamita es esto, José... ¿Lluvias?... ¡Me enjuago el ojo con ellas!

—Vayan a ver mi conuco... Hay ya más de mil nenes de plátano sanitos. Todo el mundo trabaja en la finca.

—Esperamos la buena...

—¡Yo no espero un ca... rrizo! —exclamó Tota, medio borracho—; pregúntale al Tuerto...

—Asina es, José. ¿A quién se le ocurre sembrá en noviembre?... Este se está bebiendo lo que le queda, y yo estoy vendiendo lo que escurro de ese barril que está hay... ¿Sabes quiénes se fueron anoche?... Los Monterolas, Manuel Rosendo, Socorro. Se llevaron hasta sus mujeres. ¡Ja, ja, ja!

—Yo no tengo mujé, Tuerto; ni hermanos... Solo me queda esa tía vieja, que enterrará sus güesos aquí...

—¡Qué cará! —terció Tota, con la lengua torpe—: tú aspiras a mucho... Tú eres grandero... ¡Sirve otro pa los tres, Tuerto!

Tota agarró su vaso, lo vació de un golpe y chasqueó un poco, pasándose luego la manga del brazo por la boca...

—¡No hay como Caracas!... Yo solo espero ve en qué para toa esta vaina, pa decíle a mi salao: ¡alza y ráspalo!

El Tuerto levantó su vaso y miró al trasluz del vidrio con un solo ojo, durante un instante. El verdoso licor herido por la claridad solar, hizo destellar su pupila con reflejos siniestros...

—Todos tenemos que dirnos, José, convéncete... Tenemos que dirnos, como se fueron los otros...

Dijo y apuró el palo con envión desesperado.

Oscuros nubarrones se condensaban allá en el horizonte. El corazón del agricultor se encogía dolorido, pero al mismo tiempo alentaba esperanza. Y la lluvia volvió, esta vez menuda, juguetona, como mujer liviana.

—Es un norte pasajero... Mi conuco sigue echando d'arriba, p'arriba... «¿A quién se le ocurre sembrá en noviembre?»... ¡Flojazos! Pa Caracas huyéndole a la tierra, al trabajo... «Tú aspiras a mucho». «¿Tú eres grandero?»... ¡Ja, ja, ja! Ya lo creo que lo era, pero ellos no sabían con quién... La cosa sería así: primero un buen racimo de dominicos expresamente pintoniados para ella... Melones, jojotos... Después cuando comprara la canoa, y el ranchito... Bajaré yo mismo mi plátano por el río... ¡Musiú Valentín, el blanco aquel almacenista del puerto, pálido como una patilla zocata? Sí. Le vendería de contado. ¡Eso sí!... «Pura catamita es esto, José. ¿Lluvias?... ¡Me enjuago el ojo!...» ¡Estúpido! ¡Grosero!

Caminaba hacia la esquina de don Roque... El letrero rojo... Violante, vestida de azul, con sus cabellos tintos como las noches de Pueblo Viejo...

—Buenas tardes, don Roque.

El aludido miró entrar a José del Saú, con frialdad, pero un vivo interés le bailó en los ojos.

—Muy buenas, muchacho. ¿Cómo anda la siembra?

—Don Roque: cuando coseche, no solo le pagaré ese piquito... Tal vez le compre el ranchito aquel suyo, el del Cerro...

—¡No me digas, m' hijo! Ya tú sabes que esta es tu casa...

Gruesos goterones comenzaron a golpear los tejados y la desnuda tierra de las calles. Pronto se desató del cielo la furia pluvial, inacabable...

Llegó la noche y el aguacero era cada vez más recio.

—Muchacho —dijo el isleño—; quédate a comer con nosotros... Este palo de agua pasará pronto...

—Si es su gusto —había dicho José; mas, en su alma, sentía el frío golpe del agua.

Pasaron al interior, atravesando el corredor a oscuras que comunicaba con las habitaciones de la familia. En el camino, el isleño seguía diciendo:

—Y si sucede lo peor, tú sabes que puedo hacer negocio por la hacienda de tu tía...

—Ella no quiere vender.

—¡Bah!... Tu tía es ya una anciana que no vale... De todas maneras, yo puedo esperar...

José del Saú, se deshizo instintivamente del brazo, de aquel brazo gordo y peludo capaz de estrangular y robar, que engarzaba el suyo... ¡Pero Violante!... La emoción de verla tan cerca... De hablarle...

La luz de la lámpara del comedor se le metió en los ojos.

—¡Señora Bartola! —rugió la voz de don Roque—; tráigase un servicio más a la mesa.

—Ajá —contestaron temblorosamente desde la cocina.

—Papá —y la voz de Violante, clara, dulce, salía de un cuarto cuya entornada puerta velaba una fina cortina—; ¿a quién has traído? ¿Al padre o al maestro?

—Un amigo mío, Violante: José, el sobrino de la señora Catana.

Siguió un silencio. Los oídos de José, se llenaron de todos los ruidos de la noche; el rumor interminable de la lluvia; el glú-glú del agua rebosando los cantones...

—Papaíto, espera un momento.

Poco después salió, tomando asiento. Sonrió al saludar a José, y él no pudo reprimir un suspiro.

Comieron calladamente.

Luego del café, don Roque sacó una caja de guácharos. José lanzaba el humo hacia el techo, y del techo renegrido bajaban sus ojos zarcos hasta las pupilas negrísimas, sombreadas de dulces pestañas de Violante.

Ella comenzó a decir:

—Cuéntenos algo, José.

Un absurdo temblor le cogió las manos, se le subió a la garganta. ¿Qué contaría?

—No me acuerdo de nada Violante...

—Una cosa así, que no sea cuento, pero que parezca un cuento...

—Una cosa así... Por ejemplo, ¿lo del chingo Dolores, pescando, con la guabina encantá?

—¡Qué gracia! No existen encantados, bobo. Otra cosa... Por ejemplo, algo de brujerías... ¿Usted cree que existan brujos, José?

Quedó pensativo. ¡Qué gracia! No había encantados. Existían los daños...

De repente, se le vino algo bueno:

la casa vecina, una casa abandonada y solitaria... ¡También se habían ido!... Cortó una rama. «¡No hay como Caracas!»... Y Violante allí mismo, tal vez acostada, con su bata de encajes, como la noche de la lluvia... «Una cosa así, que no sea cuento»... «¿No sería una brujería, José?»... Cortó esa rama también... ¿si estuviera medio vestida?, leyendo descuidadamente en uno de sus bonitos libros... Sí. Medio desnuda, suelto el perfumado pelo, los senos escapados del sostén, palpitante, tibia... Sola en el cuarto...

La cruel picazón del hormiguero le hizo darse un manotón, y el filo del liniero le cogió la muñeca. Lanzó una exclamación y chupó la herida, algo profunda. Tumbó aún la última rama y se tiró al piso, echando abajo el cajón.

El estropicio hizo salir a Violante. Vestía una bata blanca, ceñida, que marcaba sus formas perfectas.

—¡Dios santo! —exclamó al mirar la sangre, cubriéndose el rostro con las manos.

—No es nada, Violante... No sea miedosa.

—¿Pero cómo no, hijo?

Trajo agua, yodo y vendas. Mientras le curaba, él miraba su negro pelo, abierto en dos sobre la frente. Miraba el nacimiento de sus senos pequeños, su cuerpo todo, perfumado, oloroso a hembra... Aquel absurdo temblor le cogió nuevamente las manos, le subió a la garganta...

—Señorita Violante...

—¿Qué?

—Mire... Esto no es nada para lo que me hice en el conuco... Cortaba racimos para bajarlos en mi canoa...

Silencio.

—Mi canoa... La pinté de azul como... ¿qué digo?, le puse el nombre suyo...

—¿Mi nombre?

—Sí, con letras blancas... Con letras blancas, le puse: «Violante»...

Ella no dijo nada. Ni sonrió siquiera. Lo vendó cuidadosamente y al despedirlo, lo miró con aquellas pupilas tan negras como las noches de Pueblo Viejo.

V

Los hombres no podían vender ahora ni el plátano. Los tiraban a los cerdos. Estaban manchados por el hereque, blanco y endurecido como la fría cal con que amortajaban los cadáveres...

—¡Ahora, hasta el pan!... Qué linda estaba la canoa, pintada de azul, con sus letras blancas, cuando ella fue con su padre a verla... Veinte pesos solamente quiso aflojar el tacaño... Ya no podría manejar una palanca... Y ella dijo indignada: ¡Qué horror, papaíto! Le pusieron una B de burro a mi nombre!... ¡Una B de burro!... —Y el mundo le comenzó a dar vueltas...

—Compae Tota, vendí la Biolante...

—¡Eso merece un palo, compaíto!

Tota lo arrastró al tarantín. Bebieron hasta el anochecer. Parpadeaban las estrellas en la noche fresca y silenciosa, cuando llegaron bajo los árboles de la plaza.

—Después de lo que me ha contaó, compae José, voy a decirle algo: esa muchacha es la maldición de este pueblo... Ya nos ha pasao a muchos lo mismo. Es como un cebo que atrae a todos los hombres... Suspira uno; quiere volver a empezar; suda la sangre sobre la sombra... Y termina debiéndole hasta la franela al isleño.

Porque ella es bonita. Blanca como el hereque, ¡esa enfermedad que nos arruinó a todos!... ¡y el taita le bebe la sopa a los güerfanos!

José lanzó un salivazo contra un árbol. Era también un huér-fano. No tenía más que aquella viejecita enferma, agonizante sobre un catre... «Yo puedo esperar...». Ya lo creo; la hacienda... lo que quedaba para enterrar sus pobres huesos...

—¡No hay como Caracas! —dijo Tota, y siguió, con voz más ronca—: Mañana me amanecerá en el camino, compae... ¡Esto aquí se pudre!

José comenzó a dar pasos sin rumbo, calle abajo. Había dejado a Tota maldiciendo, llorando como un niño, y era como oír el lamento, la maldición de todos los hombres... Y ella se había indignado, reído de su ignorancia; de aquella B blanca, como la enfermedad maldita que ahora subía de la tierra hasta su corazón.

Desde el cielo, un lucero le hacía guiños cambiantes. Imaginó el ojo solitario del Tuerto, mirando a través de un cristal inmen-so...

Un perro aulló tristemente en la quietud de la noche.

III. POEMAS

ELEGÍA DEL NIÑO MUERTO (EL MAMPULORIO)

¡Se murió la nochebuena de San Juan!

Como en la vela la llama

se apagó su vida buena...

Era una estrellita blanca

siendo su piel tan morena.

¡Se murió la nochebuena de San Juan!

¡Qué triste está Naciancena

la samburria más alegre y más risueña

mirando su hijito muerto!;

en el cajón, tieso y yerto,

con sus ojitos abiertos

que alumbran la luz de Dios!

En su bembita rosada

hay humedad todavía de la leche que mamó.

Y sus manitas cruzadas

de angelito que pidiera la última bendición...

¡Qué triste está Naciancena porque su hijito murió!
 Velorio de cuatro velas
 como ánimas en pena; muchas flores y un cajón;
 vecinos que desesperan
 porque murió en nochebuena
 cuando repica el tambor...!
 No llores más Naciancena
 ríe que el ángel voló.

Bailemos por las benditas
 ánimas del Purgatorio
 y apaguemos las llamitas
 que arden en las cuatro velas del velorio.
 Bailemos el mampulorio,
 que tu pollito, mi Naciancena, salió a la calle,
 camino al cielo bajo las alas de ángel custodio...

—¡Nadie lo halle!

—¡Nadie lo halle!

que en este mundo no supo nunca lo que es el odio,
 lo que es el hambre, ni la tristeza que da el demonio,
 demonio blanco suelto en la calle,
 que explota al negro y después le paga con un velorio...

No llores más Naciancena;
 ríe, que habrá lluvia y pan,
 siempre en el fogón candela,
 y todas nuestras tristezas se irán...
 Ríe y apaga las velas,
 que en el cielo otra velita un ángel encenderá.
 No llores más, Naciancena,
 que él murió la nochebuena de San Juan.

CANTO PARA MATAR LA CULEBRA

Óyelo: suena a lo lejos...

Se arrastra por la hojarasca,

¡mis ojos no pueden ver!

Es sombra, culebra, sombra,

culebra que salta en sombra.

Óyelo: ¡sambarambulé!

Es grito que rasga el suelo.

Negrito bembón se asusta.

¡Mama: ya viene la túngara!

¡Mama: ya viene la túngara!...

Oye que tiembla el chamizo
reflejado en la laguna.

¡Boroboro morao é!

Mira que tiembla el hechizo,

agua embrujada de luna.

¡Boroboro morao é!

Rana blanca de laguna,

garza blanca, bambú roto,

callan su cóndara, cóndara.

Callan: ¡sambarambulé!

Luna, color de los muertos,
culebra se arrastra en sombra,
rojo y sombra de café.

Un grito que no la nombra
fulge en las aguas que tiemblan,
tiemblan en la carne que siembra
cacao, plátano y café.

Óyelo: suena a lo lejos
como un golpe de tambor...

Óyelo: suena lejano.

Zambo: ¡sambarambulé!

Como la risa del amo
tiene dientes de alfilé.

Pinta zarazas su pinta,
faralao en el pantano
donde murió mi mujé.

Mama: ¡qué enrosca mi pecho!

Zambo: ¡sambarambulé!

Mama: ¡qué muerde mi mano!

Zambo: ¡sambarambulé!

Grito: ¡Señor San Antonio!

Pero el Señor no me ve.

Grito: ¡Señor San Julián!

Pero el Señor ya se fue...

Arico, brujo con hierbas,
 sabio como perendén,
 no me cures, que en la sangre
 culebra vertió su hiel...

La garza abrió su abanico,
 negro bambú, blanco fue,
 pañuelo con que enrollaron
 cuatro heridas de alfilé.

Y por cuatro agujeritos
 -todo cuanto yo gané-
 cuidaba como a mis hijos
 cacao, plátano y café...
 Y por cuatro agujeritos...
 ¡Zambo: sambarambulé!

CHIRIMENA

Acuarela

Cocales, cocales
de verdes preñadas cimeras,
ranchitos dormidos por la brisa buena
y el canto del mar
soñoliento de espuma y arena.
¡Eso es Chirimena!

Barquitos, barquitos
con sus velas blancas de garzas viajeras
que las dulces manos de oscuras sirenas
dejan escapar...

Temblorosos oros la esmeralda rielan
al pulso sonoro del sol.

Entre las selváticas algas roqueñas
pececitos grises y rojos que sueñan
borrachos de yodo, de luz y paisaje.

Y boga que boga las naves pequeñas
con sus remos tensos.

Y anzuelos azules de manos morenas
en el aire trenzan agonías de plata...

¡Eso es Chirimena!

Mujeres, mujeres
hermosas, de ágiles piernas,
entre los peñascos
recogen mariscos y moradas uvas que parecen gemas.

Sobre sus cabezas reposa el canasto
y el peso las hace cimbreñas...
Y en las noches tibias
de luna que calma la marina pena,
el amor desnuda
desmayados cuerpos de ardorosas hembras
que dejan su huella en la arena...

SIÉMBRATE

Aunque nunca vuelva
la lluvia que esperas;
siémbtrate en la tierra
como en una hembra...

Siémbtrate en la tierra profunda
y ligera
que besa tu planta desnuda
y viajera.

Deja que las manos obstruyan
la senda
de ciudades blancas y oscuras
quimeras.

Deja que se hunda
tu planta y se hiera
con la espina oscura
que tu sangre riega.

Y verás la siembra
lucir la frescura
que siempre le dejan
las mejores lluvias.

IV. MISTÉRIO PARA 1.º CICLO DE TEATRO INFANTIL DE LINGUAGEM

Toda la dulzura
de la fruta nueva,
rojiza y jocunda
te dará la tierra.

Y el pan que te llevas
no tendrá amarguras,
no tendrá quejas,
¡todo será hartura!

Siémbrete en la tierra
como en una hembra
¡aunque nunca vuelva
la lluvia que esperas!

IV. MATERIAL PARA UN GLOSARIO DE AFRONEGRISMOS DE VENEZUELA

A

ACHANTARSE Ver *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE).

AHOGOS Base de guiso en la cocina criolla. Recuérdese
(**AHOGAOS**) la influencia africana e indígena en la cocina popular venezolana.

ALCASADA Pertenece a la dulcería criolla. Manjar de maíz, dulce y coco. También se llama *pelota*. En Brasil, según Gilberto Freyre, el mismo manjar popular –con idéntica elaboración– se denomina *acaca* atribuyendo su origen a la repostería criolla de los negros bahianos.

ALFONDOQUE Melaza de papelón. Ver DRAE.

AMBILAR Seguramente de ambil, brea. Ver DRAE. Aplícase en Venezuela por embromar, perjudicar, etc.

ANGOLETA Díptero hematófago corriente en Venezuela.
¿Algo que ver con Angola?

ORINA ANGURRIA Mal de orina. Ver DRAE. Su fonética se presta a observación en la desinencia NGU. Ver *Gramática de la lengua mandinga*.

ANJÁ (Interjección). Por está bien, convenido, perfectamente, etc. Lo mismo por «¿qué le parece?», cuando va seguida de admiración.

APA Denominación de lugar geográfico. Tapa es una tribu sudanesa representada entre los esclavos del Brasil, según Arthur Ramos.

ARAI Apellido de algunos negros oriundos de Cariaco y La Sabana. ¿Tendrá que ver con los dahomeyanos ararás? Recuérdese que para 1721 ya Olavarriaga en su informe a la Guipuzcoana, calculaba en 20 000 el número de negros fugados, alzados o internados en los cumbes, sitio inaccesible de la montaña.

ARAIRA Denominación de un pueblo en el distrito Zamora del estado Miranda.

ARAMINA Denominación de lugar. Varios caseríos de los distritos Acevedo y Brión en el estado Miranda. ¿Algo relacionado con los ararás y minas yorubas?

ARARA Árbol maderable de Guayana.

AREPA Pan de maíz. El Dr. Julio C. Salas en su tratado [*Los indios caribes: estudio sobre el origen del mito de la antropofagia: etnografía americana*] inserta la voz caribe *erepe*, que quiere decir «maíz».

ARICAGUÁ O PALMA DE LECHE *Jessenia repanda*. Palmera alta de los bosques bajos y húmedos del Táchira y del Zulia. Los corozos machacados y mezclados con agua dan una leche blanca de sabor muy agradable y refrescante.

ARRENQUÍN Personaje principal en los juegos de salón, velorios, onomásticos, bautizos, etc., que impone las penas y condiciones de estos autos populares domésticos. Según Ellis, en Nigeria los narradores se llaman *Arokin*.

ARRIERO Y ARRIERITA El primero guiador de recuas, sardina de ríos el segundo. Los arrieros son un pueblo africano.

ARRISTRANCO Arreo para bestias de carga.

ÁTATA *Esenbeckia atata* Pittier. Árbol de corteza algo rugosa, como tuberculosa. Su madera presenta una textura y un color uniformes en su albura y corazón; es pálida, compacta, pesada, de grano fino y color amarillo de ante. El árbol crece en Carabobo, «prospera en el

Litoral y es de buen porte: madera finísima, dura y pesada, y una de las más propias para obras de embutidos y ebanistería de lujo». Adolfo Ernst [erudito positivista venezolano, fundador de la Biblioteca Nacional]

B

BAMBA Moneda de plata de 2 ½ pesetas. Cinco reales.

BACIÉ Despectivo, «ni por casualidad», «ni por pienso», etc.

BALIJÚ Pez de las costas orientales de Venezuela, caracterizado por la desproporción de su mandíbula inferior.

BANANO O PLÁTANO Informa Cristóbal de Acosta que en Malabar se conocía la planta con el nombre de *palan* y en Guinea con el de *bananas*. «Árbol conocido de los portugueses desde épocas remotas».

BANCARI MEME TRAQUI Expresión que pone en boca de un personaje, en una de sus comparsas musicales «Los negritos», mi padre Juan Pablo Sojo, para el año de 1920. *Mitraq*, en árabe, es maraca o matraco. En la comparsa referida, se decía a la Negra —otro personaje— para que ejecutara con más violencia sus movimientos de

cadera. «Maraca» en Venezuela quiere decir también «mover la cintura».

BERENGUE Corruptela de «Merengue», y en realidad una réplica al clásico dulce de huevos y azúcar, confeccionado esta vez con plátano maduro y coco.

BERENJENA Fruto comestible de una solanácea. Se aplica por «lío», «brollo», etc.

BICHORONGA Cosa insignificante, despreciable, aplicada también a personas.

BIMBA Juan Bimba, definición del pueblo venezolano. *Bimbinha*, en portugués, es labio grueso.

BIRIBIRE Órgano sexual del caimán. Barlovento.

BIRONGO Definición de lugar. Caserío de ese nombre en el estado Miranda. Palabra de origen yoruba según cita de don Fernando Ortiz: «compuesta de las voces *bi*, *iron*, *go*, esto es: *bi*, causa de un sufrimiento, *iron*: persona enferma, disgustada, abatida, y *go*: esconder, ocultar. Birongo sería en este caso: causa oculta del sufrimiento de una persona enferma o abatida». En Cuba llaman *bilongo* al daño causado por embrujamiento. Cierta pez del río Portuguesa.

BODOQUE Por bojote, paquete, lío.

BOROBORO Especie de nenúfar acuático. *Boro* es pene en congolés.

BOSUA O BOSUO Árbol de nuestra flora. ¿Referencia o sugerencia de «Bosal»?

BREQUE Nombre de lugar geográfico.

BUNGO Nombre de lugar en Río Grande (río Tuy). También es nombre aplicado a la masa para la pesca en los ríos. *Bungo* en lengua mandinga es «casa» o «cámara».

BURRUNDANGA Menjurje, rebullicio, desorden, guisote.

C

CACHAMBA En el juego de *chapas* quiere decir «a la par», iguales en puntuación. En dialectos bantús *casamba* o *cachamba* es «amigos». Ver Glosario [de *afronegrismos...*] de Fernando Ortiz.

CACHIMBO Pipa de fumar. Se llama así también al revólver.

CAFUNGA Dulcería criolla. Bollo de cambur y coco en Barlovento.

CALALÚ Plato a base de yerbas y granos muy común en la región oriental de Venezuela. En diversas regiones de las Antillas, principalmente en Haití, es un plato popular. Palabra de origen africano.

CALIGÜEBA Ataque epiléptico o mal de San Vito.

CALUNGO Perro lampiño, chino. Voz importada de Colombia y probablemente de origen africano.

CALVARITO Nombre de lugar en el estado Miranda. En Cuba este nombre toponímico se escribe «Calbarito», del inglés *calbary*, o sea «negros del Calabar».

CAMBULLÓN Nombre de un aire popular venezolano.

CANFINFIA Paliza, desorden, trifulca.

CARABALÍ Negro del Calabar. Definición de lugar en Venezuela.

CARABALLEDA Nombre de lugar. Hay un pueblo del Calabar llamado Alleda.

CARAMA, Cornamenta del venado. Acumulación de
CARAMERA leños y yerbajos en los ríos.

CARÁNGANO Piojo. También nombre de un instrumento musical en Barlovento construido con una palma de coco. *Apuntes para la investigación del negro en Venezuela*, Juan Liscano, en *Acta venezolana*, t. I, N.º 4.

CARANGULÍ Negritos carangulí, en la comparsa ya citada.

CARAPA Y Nombres de lugares.

CARAPITA

CARIACO Nombre de lugar. Cariaco es un pueblo del Calabar.

CARUNGA Nombre del diablo. *Carunga* o *calunga* es nombre de una deidad africana de los loan-gos, según lista de divinidades anotadas por el padre Ch. Sacleux.

CASIMBA Hoyo o cavidad hecho a la orilla del mar o de los ríos. Jagüey.

CATAMITA Añagaza, señuelo, mentira, falsedad.

CERESERE Nepe, cosa menuda, pulverizada. Menudencia.

CHÁCHARA, Conversación sin sentido. Conversador vacuo.
CHACHARERO

CHÁCHARO Cerdo de monte. Nombre que se le daba en Venezuela a la guardia privada de Juan Vicente Gómez.

CHAMBETA Navaja curva.

CHAMUCHINA Parvada de niños, rapaces. También es despectivo, por «baja estofa».

CHAMPURRIO Coctel popular a base de aguardiente y dulce.

CHANGO Ver MACHANGO, persona fea.

CHANGUANGA Apodo común en Barlovento.

CHANGUANGÓ *Dracontium polyphyllum*. Araseos. Planta herbácea de rizoma comestible en Guayana.

CHANGÜE Escarabajo grande con cuernos.

CHARRABASQUIÑA Ira incontrolada, ataque de rabia.

CHICHI Nombre usado para acariciar niños pequeños.

CHIGÜICHIGÜE Pequeña gaviota de río.

CHIMBANGLE Tambor de la costa en el estado Zulia.

CHIMBANGUELE Baile popular de Coro en honor de San Benito, mencionado en la Ley de Policía provincial. También ha existido en el Zulía.

CHIMBÍ Brujería. En Barlovento gallo embrujado con Chimbí.

CHIMBO Se dice de las monedas desgastadas, lisas.

CHIMICHIMITO Baile folclórico del estado Nueva Esparta. Según algunos musicólogos criollos quiere decir «niños» o «pequeñitos».

CHIMIRITO Variedad de maíz de mazorca de grano muy chico. Bajo Llano.

CHINGA Nariz ñata o platirrina.

CHINGAR En Mérida significa colgar algún objeto de los hombros y conducirlo así. *Xingar* en Brasil significa insultar de palabra y viene del verbo *cu- vit- xinga*, de la lengua cunda.

CHIUQUICHUQUE Planta de fibra en Venezuela. ¿Vendrá de *xixi-xixi*?, de los bantús, «tizón con candela». Dicha planta se usa aquí como febrífuga en cocimiento. Sabañones de los pies producidos por el cieno.

CHIRIMENA Nombre de un pueblo costeño en el estado Miranda.

CHOCHÓ Pajarillo insectívoro venezolano.

CHOCHO BELESÉ Nombre que se le da en el estado Trujillo a los caporales de fiesta en el culto a San Benito Negro. *Chocho* es viejo, y significa también «vigilante» o «director» en lenguas bantús. Ver *Glosario* de Fernando Ortiz.

CIRIMBOMBA Borrachera de gran fuste.

CÓCORA Superstición, repugnancia, aprensión. *Cocori* es gusano o «bicho» en algunos dialectos bantús. Ver *Glosario* de Fernando Ortiz.

CUCAMBÉ Escondite, patraña.

CUMBE Ver **CUMBO**.

CUMBO Nombre de lugar en el estado Miranda. *Cumbo* o *cungo*, del idioma mandinga, quiere decir «lugar apartado», «heredad», etc. Ver **ARAI**.

CUNDANGA Nombre que figura en una copla popular: «Saca la pata, Cundanga». Ver *Glosario* de Fernando Ortiz.

CUNDARA, Onomatopeya del croar de la rana.

CUNDARA

CUNDANGUÁ

CUNENE Pequeño, enano. Nombre de un pez. Nombre de región africana.

CURBATA Nombre de un tambor venezolano. *Kuk*, en mandinga es «cerro», «monte»; bata se llama en Cuba a un tambor.

D

DAÑO Brujería.

DENJE Por desde.

E

EREQUE O Enfermedad del banano producida por hongos.

HEREQUE

ESCACHALANDRÁ Desordenada, extravagante.

ESGUAÑANGAR Destrozar, desgarrar, aporrear.

ESMANGURRILLAR Decaimiento, sopolcio, debilitamiento del cuerpo.

ESTRASIIAO Debilitado, agotado.

F

FATERNA Travesura.

FULÍA O FOLÍA Canto a la Cruz de Mayo.

FUÑIR Castigar, hacer mal, etc.

FURRO O FURRUCO Parecido a la zampoña española. [Instrumento de percusión por frotación, usado en la gaita zuliana y en los aguinaldos navideños venezolanos]

G

GAGO O GAGA Tartamudo.

GANGA Nombre de lugar en el estado Miranda. *Ganga* es «libertad» en dialectos del Congo. Ver *Glosario* de Fernando Ortiz.

GAÑANGO Nombre de lugar en el estado Carabobo.

GOFIO Dulce criollo a base de harinas.

GOLFIAO Dulce popular de harina de trigo y queso.

GONGOROCHO Insecto, gusano. En otras partes se llama coco-roche.

GUÁ Interjección.

GUABINA Pez de ríos.

GUACAPO Según Aristides Rojas, del quechua *huarapu*. Parece, con todo, vocablo introducido por los negros africanos.

GUACHARACA Ave canora.

GUÁCHARO Cueva de este nombre y conocido pájaro en el estado Anzoátegui¹¹.

GUACHI, GUACHE Especie de zorro.

GUACHICONGA Baile popular generalmente hablando, baile de cóndilo de cascabel gordo.

GUACO Raíz medicinal.

GUAMACHO Arbusto.

GUANÁBANA Fruta muy popular.

GUANARE Pequeña gaviota del mar y los ríos.

GUANTA Nombre de lugar en el estado Anzoátegui.

11 En la actualidad estas cuevas se ubican entre los estados Monagas y Sucre en el oriente del país. [N. del E.]

GUARANDINGA Rebullicio, brollo, etc.

GUARANDOL Telo inglesa. Además nombre de un auto popular del oriente venezolano.

GUARAPITA Bebida alcohólica.

GUARAPO Bebida o refresco.

GUARATARA Piedra cuarzosa.

GUARATARO Grama.

GUARICONGO Nombre que se le da a San Juan Bautista en Barlovento. En el llano se dice Baricongo. Guari es gallina de Guinea. Ver *Glosario* de Fernando Ortiz. Apodo que en los Llanos orientales se dio a los federalistas durante la Guerra Larga: «Los federales no nos dejan vivir con sus persecuciones, como lo hacían con todos los que no somos *guaricongos* en nuestra pobre tierra», Celestino Peraza, *Leyendas del Caroní*¹². Lazo disimulado que se tiende al ganado montaraz para cogerlo enlazado. Alto Llano.

GUARITOTO Euforbiácea, llamada también «pringamosa» o «pingamosa».

12 Editado en Caracas por la Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Nacional de Venezuela, 1946.

GUARO Loro. Nombre de un traste de res.

GUARUTENGO Cantador de corridos, coplas, en el estado Falcón.

GUASA Chanza, también aire de baile popular. Así mismo nombre del mero.

GUASINUCO Mero.

GUATANERO Individuo que cobra las piezas de la pesca.

GUATEGUÁN Residuo de colmenas o miel sin elaborar.

GÜEREGÜERE Nombre de un arbusto.

GÜETEPEREQUE Coleóptero.

GÜIGÜE Nombre de un lugar en Venezuela.

GUIRISAPA Lo mismo que GUARANDINGA.

O GRISAPA

I

IMBAQUE Tinaja en Trujillo. Forma antigua: emboque.

J

JAÑIJAÑI Lo que se pudre o deshace.

JEJÉN Díptero.

JOBO Terebintácea.

JUAIUA Bambú o guasgua.

JUIÚ Asunto no claro.

JURACO Agujero o tronera.

JURUMINGA Pasaje del baile del tamunangue en Lara y Yaracuy.

L

LAMBIDO Entrometido.

LAMBUSIO Glotón.

LEMBE Golpe.

LONGORONGO Título de una comparsa de mi padre, Juan Pablo Sojo, 1918.

LUANGO Lengua estropajosa.

M

MABITA Pava, mala pata, mala sombra, *jettatura*.
Consúltese en el *Glosario* de Fernando Ortiz
la voz mabinga.

MACAGUA Serpiente venenosa.

MACAMBO Desgarbado, estevado, contrahecho.

MACHANGO *Cebus apella margaritae*. Mono bastante común en Venezuela. Su cara es de un color aplomado, el lomo y los costados pardos, las piernas, pies y cola más oscuros, y el pelo largo. Es pernicioso para las siembras. Sinónimo: mono maicero.

MACOLLA Cepa de plátano.

MACUNA Mujer gruesa.

MACUNDALES Equipaje.

MACUTO Mara o carriel de fibras del campesino.

MAFULUNGO Inepto, torpe, basto, ordinario.

MAIQUETÍA Ver **MACUTO**, en cuya composición hay las voces *maki-ti*. En el informe de don Joseph de Olavarriaga¹³ (1721), el cual puede consultarse en la Biblioteca Nacional, aparece esta población vecina de La Guaira y Macuto, como maquiti.

13 El autor se refiere a Olavarriaga, Pedro José de. *La instrucción general y particular del Estado presente de la provincial de Venezuela en los años 1720-1721*. Caracas: Cadafe, 1981. [N. del E.]

- MAJUMA** Apodo.
- MALEMBAI** Nombre de una hacienda en los Andes. Puede venir de malembe, malembo, que significa «despacito», «suave», etc.
- MALEMBE** Nombre de un baile de tambor en Barlovento.
- MAMPORAL** Nombre de lugar.
- MAMPUESTO** Tiro sobre seguro en cacería.
- MANDINGA** Nombre del diablo.
- MANGANZÓN** Sujeto desbaratado, abandonado, informal.
- MANGUAREO** Inercia en el trabajo, incumplimiento, retraso.
- MAPLETO O** Tonto.
- MAMPLETO**
- MAPOLA** Cachada, golpe dado a un trompo en juegos de niños, con el espolón del otro.
- MAPUEYAR** Ablandar o hacer el fruto.
- O AMAPUEYAR**
- MARASMA** Nombre de lugar.
- MARRUÑECO** Sujeto esquelético, flaco, raquítico.

MARTIGUAR Madurar.

MATACÁN Venado.

MATIGUÁ Nombre de una comparsa de mi padre.

MATYURE Roñoso, económico, mezquino.

MAYÈN Mabita.

MELCOCHA Dulcería popular fabricada de papelón.

MERECURE Nombre de lugar.

MINA Nombre de un tambor en Venezuela. Nombre de un pueblo yoruba.

MOCHOROCO Nombre de un pez de los ríos.

MOJIMBO Mujer caderuda, *esteatopígica*.

MOLONDRÓN Lío, atado, bojote.

MONDONGO Plato criollo.

MUCHINGA Nombre de un barrio guaireño.

MUCHULUNGO O Tonto, inepto.

MAFULUNGO

N

NANÁ Abuela: usado en Lara.

Ñ

ÑAME Tubérculo alimenticio originario de África. Traído por los negros.

ÑANGARAGATO Véase **CHANGARAGATO**. [Especie de saltamontes, que puede llegar a medir unos diez centímetros, de colores verde y rojo muy vistosos]

ÑARAGATO O Arbusto venezolano.

ÑARANGATO

ÑARAURÍ. Árbol indeterminado.

ÑATO, ÑATA Narices aplastadas.

ÑAURE Árbol. Leño muy compacto y nudoso. Por extensión es llamado así todo garrote o palo grueso propio para reñir.

ÑE Locución negativa.

ÑECO Manco.

ÑENGUERE Especie de alcaraván de hábitos nocturnos. Deja oír su reiterado grito al aproximarse

un caminante. Abunda en Lara, Portuguesa y otros lugares del Bajo Llano.

ÑINGA Pedacito, retazo.

ÑO Y ÑA Corruptela de don y doña.

ÑOCO Manco de algún dedo. Se usa en Maracaibo.

ÑOLA Meconio, alhone, excremento.

ÑONGO, ÑONGA Malgenioso.

ÑONGUÉ *Datura tatula*. Solanáceas.

O

LOLÉ Grito en coro de los bailadores de tambor.

P

PALOTIAO Dulce casero en Barlovento, a base de cacao y plátano.

PAPAO Pubis.

PATANEMO Nombre de lugar en el estado Carabobo.

PATANGA Un cualquiera.

PATARUCO, Una variedad de ave de corral.

PATARUCA

PERENDENGUE O El diablo o guilindajo en la primera acepción.
PERRENDENGUE Con el nombre de *perrendenga* hay una parte del baile del tamunangue.

PICHAGUA Cuchara fabricada con el fruto de la calabaza o totuma.

PICHAQUE Sitio encenagado. Bebida popular en Anzoátegui. Mayas maduras, mascadas y mezcladas con agua.

PICHE Cosa fermentada o descompuesta.

PICHERO Leche fermentada.

PICHIRRE Roñoso, económico, mezquino.

PINGA *Membrum virilis*.

PINGAMOSA Pringamosa.

PIÑONATE Dulce popular en el oriente venezolano.

POPÓ O PUPÚ En su primera acepción es referencia genérica a clase alta, diversamente se aplica en su segunda forma; aunque esta última se aplica más al acto de la defecación en los niños.

PITRAQUE Preparación de suero de leche con dulce, el cual se agita constantemente en un recipiente cerrado.

PURUNGA, Mujer gordita o niño. Propiamente tratamiento
PURUNGO a los niños.

Q

QUÉQUERE Centavo de Barlovento.

QUICHIMBA Tambor en Barlovento.

QUIGUA Cierta variedad de molusco en Venezuela.

QUILIMBOMBO Apodo, casi siempre a un chico barrigudo, en Barlovento.

QUILOMBO Quiebras, eriales, andurriales.

QUIMBA Especie de alpargata.

QUIRINDONGO Apodo en el estado Carabobo.

QUIRIQUIRIÑO Tratamiento afectuoso en Barlovento.

QUIZANDA Frutilla silvestre en Barlovento.

R

RASCA Embriaguez.

RECONCÓN, Rencor profundo.

RECONCONIA

REQUENETO Hombre rechoncho.

RULE Papelón.

S

SALANGUNGUÉ O Expresión en coro en la danza de los tambores
SALAMBUBÉ en la costa guaireña.

SALAO Mujer buena, o mujer, específicamente, en Barlovento.

SALENGO Enorme, grueso.

SAMBARAMBULÉ O Baile folclórico de la culebra. Bachiller y
SARAMBULÉ Morales, Cuba, cree que viene del malinqué *sángala muleque*, «la serpiente se murió». En Barlovento se practica esta danza con el nombre de sarambulé.

SAMBITO Cierta planta de la familia Colombia. En diversas partes de Venezuela se le tiene como mágica; se la guarda en las casas, incensándola

con resinas aromáticas se le prende velas y se riega con agua bendita. Pertenece a la brujería.

SANCOCHO Salcocho, cocido.

SARAPOSARAPO Frutilla de un arbusto rastrero.

SARARÚ Adjetivo que se aplica al color salpicado de pintas menudas en las aves, a semejanza de la pintada o gallina de Guinea. Una especie de paloma pequeña de un color parecido lleva ese nombre en Portuguesa.

SERENDENGUE O Con el primer nombre, baile popular en
SIRINDONGO Barcelona. Con el segundo, baile que menciona Ramón de la Plaza. Sirindongo equivale en Maracaibo a mentecato.

SIGUATO Uno de los nombres del mero.

SIGÜI Sirviente o segundón incondicional.

SINGAR Acto sexual. También se usa como «embromar», «castigar», etc.

SOCATO, SOCATA Fruto maduro parcialmente, reseco o hueco.

SOQUISOQUI Onomatopeya de lo que está flojo o desajustado.

SOROCHO Fruto no bien maduro o no bien asado.

SOSOPO Cariñosamente por sopa, hablándole a los niños en Barlovento.

SUELDA Planta medicinal.

CON SUELDA

T

TAGUARA Pulpería o bodega.

TAGUAZA Nombre de una quebrada en el estado Miranda.

TAMUNANGUE Baile popular en los estados Lara y Yaracuy.

TAMUNANGO Baile de uso en Coro en honor de San Antonio.

TARITARI Insecto de quemante picadura.

TATA O TAITA Padre o abuelo.

TATACUÁ La voz, usada en Mérida, debe provenir de algún dialecto local, y significa, al parecer, «abuela de las culebras».

TATURO Chichón.

TEN CON TEN Estate quieto, en «balanza», etc.

TEQUETEQUE Animalito de patas menudas.

TEQUICHE Manjar de maíz.

TERETERE Fritanga de las vísceras de res.

TITÍ Nombre de un cambur pequeño. Nombre de un mono.

TITIARO Nombre del mismo cambur.

TOLOLÉ Expresión en coro en el baile de tambor en Barlovento.

TONONÓ Nombre de lugar.

TOPOCHO Banano.

TOTABATÍA Repentinamente.

TUCUTUCO Trapiche de mano, construido de madera, muy usado en el campo.

TUITUÍ Nombre de una pequeña gaviota de río. «Tuituí playero».

TULITULI Negro tulituli, expresión despectiva en Barlovento.

TULUNGA Mujer esteatopígica, condición por la cual

se acumulan grandes cantidades de grasa en las nalgas.

TÚNGANO Túnica o ropa interior femenina.

TUÑECO O Manco.

TUNTUÑECO

TUQUITUQUI Onomatopeya de golpes repetidos.

U

UNANGOLÁ Expresión contenida en un cuento popular barloventeño.

UNGUÁ Exclamación.

Y

YAGUAPA Nombre de lugar en el estado Miranda.

YALI YALI O Baile. Toque acostumbrado en las cárceles
YARI YARI para apalear a los presos. Tristeza o enfermedad.

Z

ZORROCLOCO Cierta variedad de la parcha.

ZUMBA QUE ZUMBA Aire musical del oriente venezolano.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

I. MATERIAL CONSULTADO EN «ALGUNAS SUPERVIVENCIAS NEGRO CULTURALES EN VENEZUELA»

BUCCINO, RAÚL A. Y BENVENUTO, LUIS C. *La música en Iberoamérica*. Buenos Aires: Distribuidores Ferrari Hnos., 1940.

HUMBOLDT, A. VON Y BONPLAND, A. *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1956.

LODARES DE, BALTASAR. *Los franciscanos capuchinos en Venezuela: documentos referentes a las misiones franciscanas en esta república*. Caracas: Empresa Gutenberg, 1931. Tomo I.

NINA RODRIGUES, RAIMUNDO. *Os africanos no Brasil*. São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1932.

ORTIZ, FERNANDO. *Glosario de afronegrismos, los negros brujos, los negros esclavos*. La Habana, Revista Archivos del Folklore, 1924.

RAMOS, ARTHUR. *Introdução á Antropologia Brasileira: as culturas negras do Novo Mundo, A aculturação negra do Brasil*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1937.

RATZEL, FEDERICO. *Las razas humanas*. Barcelona: Ed. Montaner y Simón, 1889. 2 tomos.

SOJO, JUAN PABLO (padre del autor). *Los negros*. Colección de autos populares de Curiepe, s/f.

SOJO, JUAN PABLO. *Temas y apuntes afrovenezolanos*. Caracas: Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, N.º 43, Tipografía La Nación, 1943.

II. MATERIAL CONSULTADO EN «UN MARIDO COMPRADO POR SU PESO EN ORO»

ARANA, JOSÉ DE. *Barlovento*. Caracas: Tipografía La Nación, 1945.
BOLETÍN DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. *Reales Órdenes*,
número XVI, p. 45.

DEPONS, FRANÇOIS. *Viaje a la parte oriental de Tierra firme en la América Meridional*. Caracas: Banco Central de Venezuela, 1960.

LIPSCHUTZ, ALEJANDRO. *El indoamericanismo y el problema racial en las américas*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1944.

SOJO, JUAN PABLO. *Temas y apuntes afrovenezolanos*. Caracas: Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, N.º 43, Tipografía La Nación, 1943.

III. MATERIAL CONSULTADO PARA ESTA COMPILACIÓN

«HEREQUE» de Juan Pablo Sojo en: *Cuentos negristas*. Selección, prólogo y bibliografía de Salvador Bueno. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, N.º 179, 2003, pp. 432-441.

LHAYA, PEDRO. *Juan Pablo Sojo, pasión y asiento de su tierra*. Caracas: Inciba. Biblioteca Popular Venezolana, 1969.

«SELECCIÓN DE ALGUNOS TRABAJOS LITERARIOS, LINGÜÍSTICOS Y DE INVESTIGACIÓN FOLKLÓRICA REALIZADOS POR JUAN PABLO SOJO», de Juan Liscano en: *El estado Miranda, su tierra y sus hombres*. Caracas: Ediciones del Banco Miranda, 1959, pp. 210-375.

JUAN PABLO SOJO

Nació el 23 de diciembre de 1908 en la Villa de San José de Curiepe, una región que, después de haber constituido el cumbre más recio de Barlovento, y de haber representado la fuente del cincuenta por ciento del cacao venezolano exportable, era un punto detenido social y económicamente que, enfrentado a sí mismo, reconcentraba sus tradiciones. La única escuela de primaria fue una fundada por su padre, de quien llevó no solo el nombre sino la pasión folclorista que lo condujo en el compromiso de rescatar los valores culturales de ese pueblo, que aún menospreciado se mantenía en la oscuridad. Tambores, brujería, palabras; en 1924 inicia disciplinadamente los estudios afronegristas, y para 1928 había escrito ya varios cuentos, poemas, piezas musicales, la obra teatral «Un guapo de 1800» y su novela *Nochebuena negra* que, gracias a la colaboración de Jacinto Fombona Pachano, fuera publicada en 1943.

En 1930, antes de salir de su pueblo natal, empieza a publicar sus artículos en *El Universal*, los que luego —en 1938— recopilaría y publicaría en el cuaderno «Tierras del Estado Miranda. Sobre la ruta de los cacahuales». La sistematización de los estudios

folclóricos que cumple de manera autodidacta y que profundiza al contacto con Juan Liscano, lo convierten en Jefe de la Sección del Folclore Literario del Servicio de Investigaciones Folclóricas Nacionales, dependiente del Ministerio de Educación y dirigido por Liscano. De 1943 a 1948 –año de su muerte–, redacta sus «Temas y apuntes afrovenezolanos»; escribe la pieza teatral «El árbol que anda»; gana con «Hereque» el Premio Tamanaco en el tercer concurso de cuentos nacionales de Fantoques; prepara «Los abuelos de color», vasto ensayo que había publicado en trozos, y que, representando el punto cumbre de una obra y vida breves, sitúa a este creador del término afrovenezolano entre los primeros difusores y esclarecedores de esa parte de la cultura nacional.

ÍNDICE

<i>PRESENTACIÓN PARA ESTUDIANTES Y DOCENTES</i>	7
<i>EN LA MUERTE DE JUAN PABLO SOJO, POR JUAN LISCANO</i>	9
I. ENSAYOS SOBRE LA AFROVENEZOLANIDAD	
ALGUNAS SUPERVIVENCIAS NEGRO CULTURALES EN VENEZUELA	15
PRIMEROS RASGOS SUPERVIVIENTES	18
APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LAS SUPERVIVENCIAS	20
COLORES RITUALES	21
NOTICIAS SOBRE LOS GEGÉS EN VENEZUELA	22
ALGUNAS PROCEDENCIAS DE NEGROS EN VENEZUELA	24
DATOS PARA INVESTIGAR LAS DEIDADES YORUBAS EN VENEZUELA	26
EL CANTO Y LA DANZA EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS SUPERVIVENCIAS	28
BIOGRAFÍA DE LA FIESTA DE SAN JUAN EN VENEZUELA	31
ADOPCIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA	32
EL ESPAÑOL Y EL CRIOLLO HACENDADOS	33
NOCHEBUENA SANJUANERA VENEZOLANA	34
EL BAILE	36
TAMBORES Y COSTUMBRES	39
PANTOMIMAS Y REPRESENTACIONES	41
BARLOVENTO, UNA INVITACIÓN A LA NOVELA	43
DE LOS TRES, UNO	45
EL MATACÁN	47
EL ÁNIMA SOLA	48
EL ENCANTAO	50
EL ÁRBOL QUE CAMINA	51
LAS SERPIENTES «PUESTAS»	53
LAS HAMACAS	54
COMPLEJOS CINEGÉTICOS DE CUENTOS DE ANIMALES Y SU ORIGEN AFRICANO	57

II. RELATOS

ALLÁ EN LAS CUMBRES

I	65
II	71
III	74
IV	76
V	79
VI	80

UN MARIDO COMPRADO POR SU PESO EN ORO	85
---------------------------------------	----

JOSÉ LARITO: NEGRO QUE NO QUISO SER ESCLAVO	99
---	----

HEREQUE

I	111
II	113
III	116
IV	120
V	123

III. POEMAS

ELEGÍA DEL NIÑO MUERTO (EL MAMPULORIO)	125
--	-----

CANTO PARA MATAR LA CULEBRA	127
-----------------------------	-----

CHIRIMENA	130
-----------	-----

SIÉMBRATE	132
-----------	-----

IV. MATERIAL PARA UN GLOSARIO DE AFRONEGRISMOS DE VENEZUELA	135
---	-----

BIBLIOGRAFÍA GENERAL	165
----------------------	-----

NOTA BIOGRÁFICA SOBRE EL AUTOR	167
--------------------------------	-----

Memoria afrovenezolana
se terminó de imprimir
en noviembre de 2016 en los talleres
de la Imprenta de la Cultura
en Guarenas, estado Miranda, Venezuela.



Necesitamos abreviar en la fuente de nuestros orígenes nacionales. Es lo que hace fuertes a los pueblos; lo que verdaderamente hace pueblos. Estos breviaros quieren traernos a la memoria destellos de esos orígenes. Quieren contribuir a su remembranza viva, vida antigua de lo que somos y vamos siendo. Han sido pensados como una biblioteca breve, manuable, sintética, sobre esos grandes temas de la venezolanidad: memorias, tradiciones, etnias, saberes, cantos, cuentos. Cada uno de ellos es el resumen de un libro más grande y complejo, que puede ser buscado por el lector o lectora para profundizar su conocimiento o su goce. La biblioteca está dirigida especialmente a las y los estudiantes y docentes de nuestra educación básica y media, y quisiera convertirse en un instrumento bibliográfico que complemente su formación venezolana, en materia de sus más profundas raíces.

Esta primera serie de los *Breviaros de la Venezolanidad* ha sido preparada especialmente como apoyo didáctico para la MISIÓN ROBINSON II PRODUCTIVA 2016.



DISTRIBUCIÓN GRATUITA